

Traducción
Rosa Martínez Alfaro

Mia Couto

La confesión de la leona



Lectulandia

La confesión de la leona desvela el misterioso mundo de Kulumani, una aldea aislada en Mozambique cuyas creencias y tradiciones se ven amenazadas cuando unas leonas empiezan a cazar a las lugareñas. Mariamar, hermana de la víctima del último de esos ataques, ve cómo su vida se tambalea ante la llegada de Arcángel Baleiro, «el último cazador», contratado por los ancianos de la aldea para matar a las leonas. Encerrada en casa por su padre, Mariamar revive dolorosos recuerdos de abusos pasados y reza para que Arcángel la rescate. Los hombres de Kulumani se sienten cada vez más amenazados por la presencia del forastero y por las fuerzas de la modernidad que ponen en riesgo su cultura ancestral, y sospechan que las leonas no son sino espíritus conjurados por la brujería de sus propias mujeres.

Lectulandia

Mia Couto

La confesión de la leona

ePub r1.0

Titivillus 28.07.16

Título original: *A confissão da leoa*
Mia Couto, 2012
Traducción: Rosa Martínez-Alfaro

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Explicación inicial

En 2008, la empresa en la que trabajo envió a quince técnicos medioambientales para actuar sobre el terreno durante la apertura de unas líneas de prospección sísmica en Cabo Delgado, en el norte de Mozambique. En el mismo momento y en la misma región empezaron a producirse ataques de leones a personas. En pocas semanas, el número de ataques fatales superó la decena, y aumentó a veinte en aproximadamente cuatro meses.

Nuestros jóvenes compañeros trabajaban en el campo, dormían en tiendas de campaña y circulaban a pie entre las aldeas. Eran una presa fácil para los felinos. Había que enviar con urgencia a cazadores que los protegieran. Dicha urgencia se sumaba, por supuesto, a la necesidad de proteger asimismo a los campesinos de la región. Sugerimos a la compañía petrolífera que se encargara de contrarrestar la amenaza de inmediato: que acabase con los leones devoradores de personas. Se contrató a dos expertos cazadores que se desplazaron de Maputo a Palma, población en la que se concentraban los ataques. Allí se reclutó a otros cazadores locales para que se unieran a la operación. El número de víctimas mortales, mientras tanto, había aumentado a veintiséis.

Los cazadores padecieron dos meses de frustración y terror, durante los que acudieron a llamadas de socorro diarias, hasta que consiguieron matar a los leones asesinos. Con todo, esas no fueron las únicas dificultades a las que se enfrentaron. Permanentemente se les sugería que los verdaderos culpables eran habitantes del mundo invisible, donde las escopetas y las balas pierden toda su eficacia. Poco a poco, los cazadores comprendieron que los misterios a los que se enfrentaban no eran más que los síntomas de unos conflictos sociales que superaban ampliamente su capacidad de respuesta.

Viví esta situación muy de cerca. Las frecuentes visitas que realicé al escenario de este drama me sugirieron la historia que relato aquí, inspirada en hechos y personajes reales.

Hasta que los leones inventen sus propias historias, los cazadores serán siempre los héroes de los relatos de caza.

Proverbio africano

Versión de Mariamar (1)

La noticia

Dichoso el león que el hombre comerá y el león en humano se convertirá;
maldito el hombre que el león comerá y el león en humano se convertirá.

Evangelio según Tomás

Dios fue mujer. Antes de exiliarse lejos de su creación y cuando todavía no se llamaba Nungu, el actual Señor del Universo se parecía a todas las madres de este mundo. En aquel tiempo, hablábamos la misma lengua de los mares, de la tierra y de los cielos. Mi abuelo dice que ese reinado murió hace mucho. Pero en nosotros, en alguna parte, subsisten recuerdos de aquella época lejana. Sobreviven ilusiones y certezas que en Kulumani, nuestra aldea, se transmiten de generación en generación. Todos sabemos, por ejemplo, que el cielo aún no está acabado. Son las mujeres las que, desde hace milenios, van tejiendo ese velo infinito. Cuando sus vientres se redondean, se añade un pedazo de cielo. Por el contrario, cuando pierden un hijo, esa porción del firmamento vuelve a menguar.

Quizás por esa razón mi madre, Hanifa Assulua, no haya dejado de contemplar las nubes durante el entierro de su hija mayor. Mi hermana, Silência, ha sido la última víctima de los leones que desde hace unas semanas atormentan a nuestra población.

Como ha muerto desfigurada, lo que queda de su cuerpo se ha colocado sobre el lado izquierdo, con la cabeza vuelta hacia el este y los pies hacia el sur. Durante la ceremonia, mi madre parecía bailar: una y otra vez se inclinaba sobre un cántaro hecho con sus propias manos. Roció con agua la tierra de alrededor y, después, la allanó con los pies, con el mismo balanceo de quien siembra.

Al volver del funeral, en los ojos de mi pobre madre había demasiado cielo. El camino a casa era de apenas unos pasos: el cementerio familiar está en las cercanías de la aldea.

Hanifa hizo una parada breve en el río Lideia para darse un baño purificador mientras yo, más atrás, borraba las huellas que conducían a la sepultura.

—Sacudíos los pies, al polvo le gusta viajar.

En el suelo sagrado de nuestro cementerio figuraba una nueva cruz que demostraba que, entre musulmanes y paganos, éramos distintos. Hoy lo sé: si ponemos una lápida sobre los muertos no es por respeto, es por miedo. Nos da miedo que regresen. Ese miedo, con el tiempo, crece más que la nostalgia.

Todos los familiares respetaron el mandato: el sendero que se tomó a la vuelta fue muy diferente del de la ida. Aun así, una imagen pegajosa no se me iba de la cabeza: el cuerpo de Silência en volandas, envuelto en sábanas blancas que ondeaban como alas rotas.

En el umbral de la puerta, mi madre miró la casa como si la culpase: tan viva, tan antigua, tan eterna. Nuestra casa era diferente a las demás chozas. Estaba hecha de

cemento, con tejado de zinc, y equipada con habitaciones, salón y cocina interior. El suelo estaba cubierto de alfombras y de las ventanas colgaban unas cortinas polvorientas. Nosotros también éramos diferentes de los demás habitantes de Kulumani. Sobre todo era distinta mi madre, Hanifa Assulua, asimilada^[1] e hija de asimilados. Al volver del funeral me di cuenta de lo hermosa que era: incluso con el pelo rapado, en obediencia al luto, su cara vencía a la tristeza. Se quedó un rato mirándome fijamente como si evaluase lo mucho que me apreciaba. Pensé que en aquella mirada había ternura maternal, pero no era así. Otro sentimiento dibujó sus palabras:

—Nunca tendrás que sufrir las tristezas de una madre.

—Por favor, mamá, que acabo de perder a una hermana —le dije.

—Nunca perderás una hija. Así lo ha querido Dios.

Y se dio media vuelta. Se descalzó, franqueó la puerta y se metió en la cama. Es verdad que se puede enterrar a una hija. Ella ya lo había hecho antes, pero de esa despedida no se regresa nunca. Nadie requiere más atención de una madre que un hijo muerto.

Entonces, mi padre pidió a las plañideras que se fuesen de nuestro patio. Entró en la penumbra de la casa y se inclinó sobre su mujer para preguntarle:

—¿Por qué te has rapado la cabeza? ¿Acaso no somos cristianos?

Hanifa se encogió de hombros. En aquel momento, ella no era nada. Las plañideras habían dejado de lamentarse y ella no sabía lidiar con un silencio tan grande.

—¿Y ahora qué hacemos, *ntwangu*?

Como todas las mujeres de Kulumani, llamaba al marido *ntwangu*. El hombre se llamaba Genito Serafim Mpepe.

Sin embargo, por respeto, la mujer nunca se dirigía a él por su nombre. Es cierto que éramos asimilados, pero pertenecíamos demasiado a Kulumani. Todo nuestro presente estaba hecho de pasado. En aquel momento, acurrucándose a su lado, su marido le habló con una suavidad a la que ella no estaba acostumbrada, cada palabra cual nube reparando los cielos.

—¿Que qué hacemos ahora? Bueno, ahora..., ahora vivir, mujer.

—Yo ya no sé vivir, *ntwangu*.

—Nadie sabe, pero eso es lo que nuestra hija nos pide: que vivamos.

—No me hables de lo que nuestra hija pide. Tú nunca la has escuchado.

—¡Ahora no! Ahora no, mujer.

—No has entendido mi pregunta: ¿qué hacemos con la parte de nuestra hija que no hemos enterrado?

—No quiero hablar de eso. Vamos a dormir.

Hanifa se incorporó apoyándose en un codo. Tenía los mismos ojos abiertos de par en par que un ahogado.

—Pero nuestra Silência...

—¡Chitón, mujer! ¿Te has olvidado de que ya no podemos pronunciar nunca más el nombre de nuestra hija?

—Necesito saber qué partes del cuerpo hemos enterrado.

—Te he dicho que te calles.

La voz de mi padre temblaba como una hoja: luchaba contra sus propios demonios. El saco ensangrentado con los restos de su hija todavía le goteaba en la memoria. Y de nuevo le asaltó aquel recuerdo insepulto: el mismo tropel de voces y prodigios que lo había despertado la madrugada anterior. Genito Mpepe atravesó el patio adivinando la tragedia. Momentos antes había oído a los leones rondando la casa. De repente, rugidos, gritos y lamentos se disiparon en el vacío, el mundo saltó en pedazos: ya no le quedaba nada dentro. Para olvidar tanto no hay que haber vivido nunca.

—¿El corazón? —volvió a preguntar Hanifa.

—¿Otra vez? ¿No te he dicho que te calles?

—¿Hemos enterrado el corazón? Sabes perfectamente lo que se hace con el corazón...

Mi padre respiró hondo y se quedó mirando la vieja ropa tendida dentro de casa. No se sintió diferente de aquella indumentaria suspendida en el vacío sin forma y sin alma. Recuperó la voz, ahora tranquila:

—Lo que tienes que pensar es que para un hijo no hay tumba.

—No quiero escucharte, me voy.

—¿Que te vas?

—Me voy a buscar lo que queda de nuestra hija por la sabana...

—No te vayas. De esta casa no sales.

—A mí no me lo impide nadie.

Saldría de casa, sí, caminaría por donde ya no hay caminos que la gente tome, sus pies sangrarían, sus ojos arderían al sol, pero buscaría lo que quedara de Silência, su niña eterna. El marido la amenazó cerrándole el paso:

—Te amarraré con una cuerda como a los animales.

—Sí, átame. Ya hace mucho que soy un animal. Hace mucho que duermes con un bicho en la cama...

Fue lo último que dijo: Hanifa enroscó los brazos en las piernas, en silencio, como si quisiera rendirse al sueño.

—¿Vas a dormir en el suelo? —inquirió Genito.

Hanifa se tendió en tierra con la cabeza apoyada directamente en el suelo. Su intención era escuchar las entrañas del mundo. Las mujeres de Kulumani saben secretos. Saben, por ejemplo, que en un determinado momento dentro del vientre materno los bebés cambian de posición. En todo el mundo ruedan sobre sí mismos, obedeciendo a una única y telúrica voz. Con los muertos pasa lo mismo: en la misma noche —y solo esa noche— reciben la orden de darse la vuelta en el vientre de la tierra. Entonces, emergen luces hasta la superficie de las tumbas, como un revoloteo

de polvo plateado. Quien duerme con el oído pegado al suelo escucha esas circunvoluciones de los difuntos. Por esa razón, que Genito ignoraba, Hanifa rechazó almohada y cama. Tendida en el suelo escuchaba la tierra. Su hija no tardaría en dejarse oír. Quién sabe si incluso las gemelas, Uminha e Igualita, las antiguas difuntas, le traerían recados del otro mundo.

Su marido no se acostó, sabía que le esperaba una larga noche. El recuerdo del cuerpo lacerado de su hija le había espantado el sueño. El rugido del león resonaba en su interior desgarrando las horas. Se quedó un rato en el porche escudriñando la oscuridad. A lo mejor aquella quietud le daba descanso. Pero el silencio es un huevo al revés: la cáscara es de los demás y quien se quiebra somos nosotros.

Una duda lo angustiaba: ¿cómo habría sucedido la tragedia? ¿Su hija habría salido en plena noche? Y si así hubiera sido, ¿tenía la intención de acabar con su vida? ¿O, por el contrario, el león habría invadido el espacio doméstico a la manera de un ladrón más que de una fiera?

De repente, el mundo entero se hizo añicos: unos pasos furtivos rasgaron la quietud de la sabana. El corazón de Genito no le cabía en el pecho. Estaba pasando lo que siempre pasaba, que los leones venían a comerse las sobras del día anterior.

Inesperadamente, como poseído, el hombre arrancó a berrear corriendo en círculos:

—¡Sé que estáis ahí, hijos del demonio! ¡Asomad, *vantumi va vanu*, os quiero ver salir de la maleza!

Desde la ventana lo vi delirando agitado, vociferando contra los *vantumi va vanu*, los hombres leones. Luego cayó desplomado de golpe, como si le hubiesen partido las rodillas. Irguió la cabeza lentamente y vio que unas oscuras alas de murciélago lo abrazaban. No se oía ruido alguno, ni una hoja ni un ala crepitaba por encima de su cabeza. Genito Mpepe era rastreador, conocía las señales imperceptibles de la sabana. Muchas veces me había dicho: solo los humanos saben lo que es el silencio. Para el resto de los animales, el mundo nunca está callado y hasta el crecer de la hierba y los pétalos al abrirse hacen un ruido enorme. En el campo, los animales viven de oído. Era lo que mi padre, en aquel momento, envidiaba: ser un animal. Y, lejos de los humanos, regresar a su cubil, dormir sin pena ni culpa.

—¡Sé que estáis ahí!

Esta vez sus palabras ya no estaban cargadas de rabia. Solo una ronquera marchitaba su voz. Repitiendo improperios, entró en casa para refugiarse en la habitación. Su mujer seguía acurrucada, tendida en el suelo, tal como la había dejado. Al acomodarle la manta, Hanifa Assulua, amodorrada, estrechó con vehemencia el cuerpo de su marido y exclamó:

—¡Vamos a hacer el amor!

—¿Ahora?

—Sí. ¡Ahora!

—Estás desatada, Hanifa. No sabes lo que dices.

—¿Me rechazas, *ntwangu*? ¿No quieres hacerlo ahora mismo conmigo?

—Sabes que no podemos. Estamos de luto, vamos a mancillar el nombre de la aldea.

—Eso es lo que quiero: mancillar el nombre de la aldea, mancillar el mundo.

—Hanifa, escúchame bien: el tiempo pasará, lo olvidaremos. La gente se olvida hasta de que está viva.

—Hace mucho que yo no vivo. Ahora, ya he dejado de ser una persona.

Mi padre la miró como si no la conociera. Su mujer nunca le había hablado así. Además, ella casi no hablaba. Siempre había sido contenida, reservada en sombras. Después de morir las gemelas, había dejado de pronunciar palabra. Tanto era así que su marido le preguntaba de vez en cuando:

—¿Hanifa Assulua, estás viva?

Sin embargo, lo escaso no era el habla. Para ella, la vida se había convertido en un idioma extranjero. Una vez más, su esposa se preparaba para aquella ausencia, pensó Genito, sin darse cuenta de que, en la oscuridad, Hanifa se estaba desvistiendo. Ya desnuda, lo abrazó por detrás y Genito Mpepe sucumbió ante semejante apretón de serpiente. Parecía haberse rendido cuando, de sopetón, se apartó de su mujer y a paso ligero salió al patio exterior. Y enseguida desapareció en la oscuridad.

En la concavidad de la habitación, mi madre se entregó a osadas caricias, como si su marido realmente estuviese presente. Esta vez mandaba ella, galopaba en su propia grupa, bailaba sobre el fuego. Sudaba y gemía:

—¡No pares, Genito! ¡No pares!

Entonces notó el olor a sudor, ácido e intenso como el de las fieras. Después oyó el rugido. En ese instante, a mi madre se le ocurrió que no tenía encima a su marido, sino a un animal salvaje sediento de sangre. Durante el acto amoroso, Genito Mpepe se había convertido en una fiera que la devoraba literalmente. Disuelta en la avidez del otro, se mantuvo paralizada a merced de su apetito felino.

Estoy loca, pensó, mientras cerraba los ojos e inspiraba profundamente. Con todo, cuando sintió que una garra le laceraba el cuello, Hanifa gritó a pleno pulmón, tan alto que por un instante no supo si era de dolor o de placer. Mi padre acudió sin sospechar lo que pasaba. Hanifa cruzó la puerta en sentido inverso y Genito fue incapaz de evitar que ella, en su carrera desquiciada, desembocase en el patio.

Si hubiese sido dueña de su voluntad, nuestra madre habría huido lejos en una desbandada sin fin, pero Kulumani era un lugar cerrado, ceñido por la geografía y atrofiado por el miedo. Una vez más, Hanifa Assulua se estancó en la entrada del patio, junto al seto de plantas espinosas que nos protegían del campo. Se llevó las manos a la cabeza y las bajó por la cara como si se quitase una tela de araña:

—¡He matado este sitio! ¡He matado a Kulumani!

He aquí lo que diría la gente: que la mujer de Genito Serafim Mpepe no había dejado que la tierra se enfriase. Sexo en día de luto, cuando la aldea todavía estaba caliente: no había peor contaminación. Al hacer el amor aquel día —y más aún, al

haberlo hecho consigo misma—, Hanifa Assulua había ofendido a todos nuestros antepasados.

De nuevo en el lecho, mi pobre madre se echó la noche a cuestras, bogando entre el sueño y la vigilia. Ya de madrugada oyó los pasos somnolientos de Genito Mpepe.

—¿Te has levantado temprano, *ntwangu*?

Todas las mañanas, nuestra madre se anticipaba al sol: recogía leña, iba a buscar agua, encendía el fuego, preparaba la comida, trabajaba en la huerta, daba vida al barro, todo lo hacía sola. Ahora, sin razón aparente, ¿su marido se disponía a compartir con ella el peso de la realidad?

—Tengo una noticia —anunció, grave, Genito Mpepe.

—¿Una noticia? Ya sabes, *ntwangu*, que en Kulumani las noticias son como el ulular del mochuelo.

—Va a venir gente. Forasteros.

—¿Gente? ¿Gente de verdad?

—Vienen de la capital.

Mi madre se quedó callada, sin salir de su asombro. Su marido se lo estaba inventando. Hacía siglos que allí no llegaban ni noticias ni extraños...

—¿Desde cuándo conoces la noticia?

—Desde hace unos días.

—Sabes que es pecado.

—¿El qué?

—Es peligroso saber noticias, es pecado propagar novedades. ¿Crees que Dios nos perdonará?

Sin esperar respuesta, Hanifa sacudió los brazos como si espantase fantasmas, enredándose en el follaje que la rodeaba. Se llevó la mano al hombro y confirmó que le goteaba sangre.

—¿Qué es esto, *ntwangu*? ¿Quién me ha arañado?

—Nadie. Las espinas, han sido las espinas de la acacia. Tengo que podar ese árbol.

—No ha sido el árbol. Alguien me ha arañado. Mírame el hombro: son rasguños, alguien me ha arañado.

Y discutieron, aunque ambos tuvieran razón. En la aldea, hasta las plantas tienen garras. En Kulumani, todo lo vivo está entrenado para morder. Las aves devoran el cielo, las ramas desgarran las nubes, la lluvia muerde la tierra, los muertos usan los dientes para vengarse del destino. Los ojos de Hanifa, desorbitados, escudriñaron el bosque. Un miedo de gacela se reflejó en su rostro.

—Hay alguien en la oscuridad, *ntwangu*.

—Tranquilízate, mujer.

—Alguien nos está escuchando. Vamos adentro.

Las primeras luces del día empezaban a despertar: pronto se podría circular por la casa sin ayuda de candil. Encima del armario, el *xipefo*, el quinqué de petróleo,

todavía centelleaba. De repente Hanifa volvió a sentir la dulce ilusión de tener una luna en la cocina. Ya que no le cupo el sol, al menos le quedaba un techo iluminado por la luna. Se armó de confianza y pensó en desafiar a su marido proclamando alto y fuerte: «Ya no quiero que ningún pariente tuyo venga por aquí. Hoy se apresuran a darme el pésame. Mañana, cuando me quede viuda, se darán más prisa en robármelo todo».

Pero no dijo nada. Ya se consideraba viuda. Solo faltaba que Genito Mpepe se convenciese de su propia ausencia.

—*Ntwangu*: ¿los que van a venir son personas de verdad?

—Sí, lo son.

—¿Estás seguro?

—Personas acreditadas, personas de nacimiento. Con ellas viene un cazador.

El cubo que Hanifa llevaba en la mano izquierda se cayó, el agua se derramó por el patio. La escoba en su mano era ahora una espada que ahuyentaba demonios.

—¿Un cazador? —inquirió entre susurros.

—Es él. El mismo en el que estás pensando: el cazador mulato.

En un primer momento la mujer permaneció inmóvil. De pronto, la determinación se apoderó de ella: se ajustó las chanclas en los pies, se cubrió la cabeza con un pañuelo y proclamó la despedida.

—¿Adónde vas, mujer?

—No sé, voy a hacer lo que tú no has hecho nunca. Voy a la carretera, voy a emboscarme, voy a matar a ese cazador. Ese hombre no puede llegar a Kulumani.

—No seas loca, mujer. Lo necesitamos, necesitamos que mate a esos malditos leones.

—¿Es que no lo entiendes, *ntwangu*? Ese hombre viene a quitarme a Mariamar, viene a llevarse a la ciudad a la última hija que me queda.

—¿Prefieres que a Mariamar la maten los leones?

La mujer no respondió. «Preferir» no era un verbo hecho para ella. Quien nunca ha aprendido a querer ¿cómo puede preferir?

—Si no me dejas irme ahora, *ntwangu*, te juro que me escaparé.

El hombre la agarró de las muñecas y la empujó contra el viejo armario tirando la lamparilla. Hanifa vio su pequeña luna deshacerse en llamas azuladas esparcidas por el suelo de la cocina.

—Tengo que impedir que llegue ese mulato —suspiró, vencida.

Entonces decidí intervenir en defensa de mi madre. Al verme salir de la penumbra, las furias se multiplicaron en mi padre, que levantó el brazo dispuesto a imponer su reinado.

—¿Me va a pegar, padre?

Me miró fijamente, perplejo: siempre que la rabia se apodera de mí, mis ojos se aclaran, se vuelven incandescentes. Genito Mpepe agachó la cabeza, incapaz de mirarme a la cara.

—¿Sabe quién ha llamado al cazador? —pregunté.

—Todo el mundo lo sabe: han sido los del proyecto, esos de la empresa —respondió mi padre.

—Mentira. Quien ha llamado al cazador han sido los leones. ¿Y sabe quién ha llamado a los leones?

—No voy a responderte.

—He sido yo. Yo he llamado a los leones.

—Voy a decirte una cosa, escúchame bien —declaró, enfadado, mi padre—. No me mires mientras hablo. ¿Acaso me has perdido el respeto?

Bajé la mirada, como hacen las mujeres de Kulumani, y volví a ser hija mientras Genito recuperaba la autoridad que, por momentos, se le había escapado.

—Te quiero aquí encerrada cuando llegue ese cazador. ¿Me has oído?

—Sí.

—Mientras esa gente esté en Kulumani, no asomará ni la nariz fuera de casa.

El silencio se volvió a instalar en la habitación. Mi madre y yo nos sentamos en el suelo como si fuese el último lugar del mundo. Le toqué el hombro esbozando un gesto de consuelo. Ella se apartó. En un instante se había recompuesto la ley del universo: nosotras, mujeres, en el suelo; mi padre entrando y saliendo de la cocina, haciendo patente que la casa le pertenecía. De nuevo nos regíamos por esas leyes que ni Dios enseña ni el Hombre explica. De pronto, Genito Mpepe se detuvo en medio del patio, abrió los brazos y proclamó:

—Tengo la solución: dejamos que ese mulato entre, dejamos que mate a los leones, y luego no le dejamos salir.

—¿Va a matarlo? —pregunté con miedo.

—¿Acaso soy de esos que matan personas? La que va a matarlo eres tú.

—¿Yo?

—Quienes lo van a matar son los leones que has llamado tú.

Diario del cazador (1)

El anuncio

Solo hay una manera de escapar de un lugar: salir de nosotros mismos. Solo hay una manera de salir de nosotros mismos: amar a alguien.

Fragmento robado de los cuadernos del escritor

Son las dos de la mañana y el sueño no me llega. En unas horas anunciarán el resultado del concurso. Entonces sabré si he sido seleccionado para dar caza a los leones de Kulumani. Nunca pensé que dicha elección me perturbase tanto. ¡Cuánto necesito dormir! No busco descanso. Lo que quiero, sobre todo, es ausentarme de mí. Dormir para no existir.

Ya es casi de día y todavía me peleo con las sábanas. No tengo más dolencia que un insomnio intercalado con sueños breves y sobresaltados. A fin de cuentas, duermo como los animales que persigo por oficio: la vigilia entrecortada de quien sabe que demasiada ausencia puede resultar fatal.

Para llamar al sueño acudo al mismo recurso que empleaba mi madre para que nos durmiéramos. Recuerdo su historieta preferida, una leyenda de su tierra natal. Así era como la contaba:

Antiguamente solo existía la noche. Y Dios pastoreaba las estrellas en el cielo. Cuando las alimentaba mucho, engordaban y su barriga rebosaba de luz. En aquel tiempo, todas las estrellas comían, todas lucían con la misma alegría. Los días no habían nacido aún, y por eso el Tiempo caminaba a la pata coja. ¡Y todo era tan lento en el infinito firmamento! Hasta que en el rebaño del pastor nació una estrella que ambicionaba ser más grande que todas las demás. Esa estrella se llamaba Sol y pronto se apoderó de los pastos celestiales, expulsando lejos a las otras estrellas que empezaban a languidecer. Por primera vez hubo estrellas penando y, muy disminuidas, la oscuridad se las tragó. El Sol cada vez ostentaba más grandeza, orgulloso de sus dominios y de su nombre, tan masculino. Entonces, se autoproclamó jefe de todos los astros, asumiendo la arrogancia de ser el centro del universo. No tardó en pregonar que él había creado a Dios. Lo que sucedió en realidad es que, con un Sol tan soberano e inmenso, había nacido el Día. La Noche solo se atrevía a acercarse cuando el Sol, ya cansado, se acostaba. Con el Día, los hombres se olvidaron de los tiempos infinitos en los que todas las estrellas brillaban con la misma felicidad; olvidaron la lección de que la Noche siempre había sido reina sin haber tenido nunca que reinar.

Esta era la leyenda. Cuarenta años más tarde, ese arrullo materno no surte efecto. No tardaré en saber si volveré a la sabana, donde los hombres han olvidado todas las lecciones. Será mi última cacería. Y, de nuevo, resuena en mí la primera de todas las voces: «¡Y todo era tan lento en el infinito firmamento!».

Por la mañana temprano, mal dormido, me preparo para ir a la sede del periódico, a dos manzanas de mi casa. Antes de salir, sin embargo, saco del armario mi vieja escopeta. Me la pongo sobre las piernas y mis manos la palpan con el cariño de un violinista. Mi nombre está grabado en la culata: Arcángel Baleiro - cazador. Mi anciano padre debe de sentirse orgulloso de que la vieja tradición familiar de los *baleiros*, los baleadores, se haya perpetuado en mí. Esa tradición ha sido la que ha conformado nuestro nombre: somos los de las balas, los Baleiro.

Soy cazador, sé lo que es perseguir a una presa. Sin embargo, toda mi vida el perseguido he sido yo. Un tiro de escopeta me persigue desde la infancia. Hace cuarenta años, ese disparo me arrancó definitivamente del sueño. Era pequeño y dormía con esa capacidad que solo tienen los niños. La detonación desgarró la noche y el mundo. No sé cómo, en aquel momento, recorrí el largo pasillo: mis piecillos arrastrándose por el suelo. Encontré a mi padre en el salón con el pecho destrozado y agitando los brazos entre un mar de sangre, como si nadase hacia una orilla que solo él veía. En medio de aquel desmoronamiento del mundo, mi hermano Rolando permanecía sentado en su habitación con el arma posada en el regazo.

—No me toques —me ordenó con una extraña tranquilidad—. No me toques nunca más. Te quemarás.

Así se quedó, inmóvil, hasta que familiares y vecinos invadieron la casa con su estupor y sus gritos. Desde la ventana vi cómo la policía se llevaba a mi hermano. No había duda: había disparado a nuestro padre, el reputado cazador Henrique Baleiro. Un accidente que nuestra madre ya había anunciado: «Las armas de fuego en una casa son causa de tragedia».

Así hablaba Martina Baleiro. El día que mi padre murió, nuestra madre ya no se encontraba allí para confirmar su premonición. Había muerto unas semanas antes. Una rara enfermedad la consumió en un santiamén. Con solo diez años —y en el espacio de un mes—, me quedé huérfano de padre y madre. Y separaron de mí, para siempre, a mi hermano Rolando. Como era adolescente, se libró de una investigación policial. Estaba limpiando el arma, como hacía habitualmente siguiendo instrucciones

paternas. Así que se decidió su ingreso en un hospital psiquiátrico. Dicen que nunca más habló, que nunca más fue persona. Rolando era la bondad personificada: su alma sucumbió, devorada por la mala conciencia. En el cielo nocturno de la leyenda de nuestra madre, mi hermano se unía a las estrellas engullidas por la oscuridad.

Mi padre era un hombre que llenaba el mundo, cuando ponía el pie en casa sentíamos el balanceo de su peso como si, de repente, estuviésemos en un pequeño barco. Lo que él hacía era más que un oficio: nuestro padre, el reputado Henrique Baleiro, era un cazador muy solicitado, y sus ausencias llenaban la casa de suspiros y misterios. Alto y austero, era un hombre poco dado a la palabra. Si hubiese crecido solo con él, a lo mejor no habría aprendido a hablar. Mi madre aligeraba ese lado esquivo de nuestro padre: él era un emigrante de las montañas de Manica, donde había crecido entre quebradas y peñascos. De él escuchábamos la repetida añoranza: «Allí donde nací, hay más tierra que cielo».

Henrique Baleiro, quizás porque era de otra tribu, eligió a una mulata como esposa. En aquella época no era usual que un negro se casase con alguien de otra raza. El matrimonio lo volvió más solitario todavía, apartado por los negros y excluido por los mulatos y los blancos. En realidad, solo comprendí a mi viejo cuando yo mismo me convertí en cazador. Mi padre extrañaba al propio mundo.

La recepcionista del periódico es una mujer gorda, de voz y gestos cansinos. Parece que haya nacido así, sentada, con el trasero a modo de astro a porfía con la tierra.

—Vengo a saber el resultado del concurso.

Sacudo el recorte del anuncio delante de la ventanilla. La voz aflautada de la recepcionista parece hecha para colarse por las grietas del cristal roto:

—¿Es usted el cazador en persona?

—Soy el último cazador. Y esta es mi última cacería.

La empleada mira al techo como un astrónomo contempla el cielo a mediodía. Abre un sobre ante mis ojos mientras vuelvo a hablar, eufórico, con la seguridad de retrasar el momento de la revelación:

—No sé por qué han publicado el anuncio. Ya no hay cazadores. Hay quienes van por ahí pegando tiros, pero no son cazadores. Son asesinos, todos. El único cazador que queda soy yo.

—¿Arcángel Baleiro? ¿Ese es su nombre?

Soy el único que queda, repito sin responder a la pregunta. Y prosigo mi discurso delirante. Muy pronto, afirmo, no quedarán animales, porque esos falsos cazadores no perdonan ni a crías ni a hembras preñadas, no respetan los periodos de veda, invaden los parques y las reservas. La gente poderosa les proporciona armas y de todo; para esos asesinos todo se resume en la trilogía sagrada: arma, dinero, poder.

—Todo es carne, todo es *nhama* —suspiro, desanimado.

Entonces regreso a los ojos mortecinos de la mujer gorda, que aguarda el final de mi alegato.

—¿Es usted Arcángel Baleiro? Pues podrá cazar a voluntad, ha ganado el concurso.

—¿Puedo entrar en su despacho? Quiero darle un beso.

Con una ligereza inesperada, la mujer se yergue sobre el mostrador de un brinco y me espera con los ojos cerrados, como si mi beso fuese el único premio de toda su vida.

Me alejo del periódico apresuradamente, deslizándome entre una multitud de vendedores ambulantes. Voy a visitar a mi hermano Rolando al Hospital Psiquiátrico de Infulene. Está ingresado desde el accidente en el que nuestro padre perdió la vida. Hace un año que no voy a visitarlo. Ahora, anhelo darle la noticia del concurso. Rolando merece ser el primero en saberlo. A decir verdad, no tengo a nadie más con quien compartir alegrías.

El trayecto en autobús es largo. El hospital está mucho más allá de los suburbios de madera y zinc. Con la cabeza apoyada en la ventanilla, veo pasar la muchedumbre que se aglomera en las calles y las aceras. ¿Hay suelo para tanta gente? Y escucho el lamento nostálgico de mi viejo: «Allí donde nací, hay más tierra que cielo». Cierro los ojos y, por un momento, imagino que vengo de otro lugar, hecho de tierra y de cielo.

A veces me pregunto si yo no debería estar también internado. La novia de mi hermano, que se llama Luzilia y es enfermera, está convencida de mi locura. A lo mejor he enloquecido, no lo voy a discutir, pero pregunto: ¿puede tener juicio alguien que ya no tiene vida? A decir verdad, ha sido ella, la tal Luzilia, la que me ha alejado de mi propia alma. Por su culpa escribo este diario, con la vana esperanza de que un día esa mujer lea mis confusos manuscritos. Y no es la primera vez que adorno la letra para Luzilia. Ya antes le había escrito unas breves pero fatales líneas. Lo que escribí entonces fue una invitación. Lo que garabateo ahora es una despedida. Un falso adiós, como todo en el cazador, es una ilusión inventada. Donde en los otros hay recuerdos, en mí solo hay mentiras y espejismos.

Luzilia tiene razón: mi locura empezó el día en que un disparo desgarró mi sueño y descubrí a mi padre, en el salón, nadando en su propia sangre. Antes de quedarme huérfano, todo estaba intacto en mí: la casa, el tiempo, el cielo donde me decían que estaba mi madre guardando las estrellas. Sin embargo, de repente, miré la Vida y me dio miedo: era tan infinita y yo tan pequeño y estaba tan solo. Súbitamente, pisé la tierra y me encogí: qué insignificantes eran mis pies. Ya no existía sino pasado: la muerte era una laguna más oscura y más lenta que el firmamento. Mi madre estaba en la otra orilla escribiendo cartas y mi padre nadaba sin llegar a atravesar jamás aquel lago infinito.

En el viejo hospital no ha cambiado nada. Luzilia sale a mi encuentro en la gran sala de espera. Sigue estando guapa, con la mirada seductora y el mismo tic en la lengua que le humedece los labios. Luzilia ha sido enfermera en este hospital, nada en este lugar le resulta extraño.

—Has estado fuera mucho tiempo...

—He estado por ahí, ocupado —miento.

—Tu hermano y yo nos hemos casado.

Finjo alegrarme. Luzilia habla y su voz se me va haciendo distante. Me explica que a Rolando le dieron el alta la víspera de la boda y que intentaron vivir en su casa, pero que no pudo ser. Rolando no sabía existir más que en la enfermedad. Y lo volvieron a hospitalizar.

Al poco dejo de escuchar a mi recientísima pariente. Quizás no sepa ser cuñado de quien querría tener como amante. Me distancio del presente, retrocedo a los acontecimientos de hace un año. En este mismo recinto fue donde confesé a Luzilia la gran pasión que alimentaba por ella. Era una tarde vacía, de esas que se arrastran como una enfermedad contagiosa. Sin mirarla a la cara, respiré hondo y me declaré a la amedrentada Luzilia. Como no dijo nada, proseguí:

—Hay una cosa que debo decirte, Luzilia: siempre que vengo aquí, a este hospital, es a ti a quien vengo a visitar.

—No es verdad. ¿Y tu hermano?

—Vengo por ti.

Fue entonces cuando le entregué la carta. Sus pequeños dedos se mantuvieron inmóviles, retrasando la lectura. La mano sopesaba. Después, la leyó a media voz:

Desde que te quiero, el mundo entero te pertenece. Por eso nunca he llegado a darte nada, solo te lo he devuelto. No espero retribución. No obstante, este mensaje pide una respuesta. A la antigua: si me quieres, si me correspondes, dobla la esquina de esta carta y devuélvemela mañana.

Al día siguiente Luzilia no mencionó el asunto. No trajo la carta, no hubo palabras. No podía imaginar cuánto me dolía aquella indiferencia. Debería haberme contenido, pero fui incapaz:

—¿No has doblado la carta?

Ella negó con la cabeza. Disimulé el dolor del rechazo. ¡Cuánto espacio hay en nosotros para enterrar nuestras pequeñas muertes! Recorrimos los pasillos, uno al lado del otro, con un silencio tan frío como el propio establecimiento. En la salida, Luzilia me pidió:

—No dejes de venir al hospital, por favor. Tu hermano no tiene a nadie más.

—Debes deshacerte de la carta.

—Eso es lo que haré.

—Ha sido una enorme tontería haberte confesado mis sentimientos. No tenía que haberlo hecho. Ahora, devuélveme la carta.

—Es mía. ¿No soy yo la dueña de todo?

Un año después, Luzilia camina por delante de mí confirmando su estatus de dueña de mi alma, propietaria del mundo.

Mi hermano Rolando está sentado en el balcón de la enfermería mirando, como siempre, sus propias manos inmóviles. Y es como si el tiempo no hubiese pasado: allí está él, la misma rendición ante el destino.

—Mañana me voy a la sabana —anuncio.

Nada se altera en él, sigue mirándose las manos como si estuviesen muertas.

—Será mi última cacería —añado.

En ese instante, todo su cuerpo se agita en un abrupto frenesí. Súbitamente, mi hermano emerge de su largo letargo. Con la desesperación de un ahogado, se sujeta del brazo de Luzilia para acercarse a mí. Parece que hable, pero no pronuncia palabra alguna, tan solo emite una especie de suspiro ansioso, como si engullera el aire en porciones más grandes que el pecho. Su mujer entiende lo que quiere decir, asiente con la cabeza. Se comprenden. Después, él regresa a su vieja silla hundiéndose en sí

mismo. Sin nada más que decir, Luzilia me acompaña hasta el portón de salida. Soy yo el que rompe el embarazoso silencio.

—¿Qué ha dicho Rolando?

—Me ha pedido que te acompañe a esa cacería.

—¡No es verdad!

Con la mirada gacha, Luzilia hace un gesto vago, como si todo aquello fuese una pesadilla.

—¿Sabe algo? —pregunto.

—¿Algo de qué?

—De lo que siento por ti.

—Hace mucho que lo sabe. Rolando leyó tu carta. La encontré en mi maleta.

—¿Cómo es posible?

—Nunca la tiré.

Rolando lo sospechaba: mi última cacería iba a ser un adiós a la vida. Aunque volviese a la ciudad sano y salvo, nunca más regresaría a mí mismo. La locura no era una simple enfermedad, sino una condena familiar. Y solo la caza me salvaba de aquel destino enfermizo.

Ese fue el miedo que Rolando le confesó a Luzilia. Por desesperación, mi hermano me ofrecía una razón para que siguiese apegado a la vida. Esa razón era la única mujer que él había amado. Me di media vuelta, apresurándome a abandonar aquel lugar, cuando Luzilia me detuvo:

—¿Arcángel? ¿No quieres saber lo que me apetece hacer?

—No. Ahora ya no importa. Simplemente no quiero que vengas. Tu lugar está aquí, al lado de Rolando. ¿Acaso no es eso lo que elegiste?

Versión de Mariamar (2)
El regreso del río

El verdadero nombre de la mujer es «Sí».

Alguien pide: «No vayas». Y ella dice: «Me quedo».

Alguien ordena: «No hables». Y ella permanece callada.

Alguien manda: «No hagas». Y ella responde: «Renuncio».

Proverbio de Senegal

La noche anterior, en nuestra casa, se dictó la orden: las mujeres permanecerían enclaustradas, lejos de los que iban a llegar. Una vez más nos excluían, nos apartaban, nos borraban.

A la mañana siguiente, me adelanté a las tareas domésticas. Quise ahorrarle a mi madre que, desde muy temprano, se prostrara a la entrada del patio. En un momento determinado fui a desahogarme a su lado, decidida a compartir con ella el peso de quien siente el alma. Al principio me ignoró. Después refunfuñó entre dientes:

—Esta aldea ha matado a tu hermana. Me ha matado a mí. Ahora, ya no matará a nadie más.

—Por favor, madre. Acabamos de enterrar a una de nosotras.

—Todas nosotras, las mujeres, hace mucho que estamos enterradas. Tu padre me enterró; a tu abuela, a tu bisabuela, a todas las sepultaron vivas.

Hanifa Assulua tenía razón: quizás yo, sin saberlo, ya estuviera enterrada. De tanto desconocer el amor, estaba sepultada. Nuestra aldea era un cementerio vivo que solo visitaban sus propios habitantes. Miré el conjunto de casas que se extendía por el valle. Las casas descoloridas, tristonas, como arrepentidas de haber emergido del suelo. Pobre Kulumani, que nunca había deseado ser aldea. Pobre de mí, que nunca había deseado ser nada.

Una y otra vez, mi madre había suplicado que nos marchásemos a la ciudad.

—Marido, te lo pido por lo más sagrado: vámonos.

—Si quieres irte, vete tú.

—Encargaremos a alguien que se ocupe de las tumbas.

—Es justo lo contrario, mujer: si nos vamos, las tumbas dejarán de ocuparse de nosotros.

Me sacudí los recuerdos. ¿De qué servían, ahora, aquellos pesares antiguos? Si estuviésemos apegados al pasado, ¿cómo podría Silência, recién fallecida, llorar en nuestros ojos?

—Madre, padre se queja de que ayer desafió los mandamientos del luto. ¿Es verdad que ha ofendido a los espíritus?

—Voy a darte un consejo, hija mía: cuando hagas el amor, hazlo en el río, dentro

del agua, como los peces.

—¡Por el amor de Dios! ¡Esas no son palabras de una madre!

—Pues yo te las digo: hacer el amor en el agua es mejor que en la cama.

—¿Cómo lo sabe?

—He visto a la vecina.

—¿A la vecina? No puede ser, está completamente viuda.

Sonrió con malicia y confesó: escondida en la orilla, espiaba a la vecina bañándose sola. Las manos de aquella mujer se convertían, poco a poco, en las manos de otras criaturas y sembraban por su cuerpo escalofríos que nunca antes había sentido.

—La vecina me ha enseñado una venganza contra los hombres...

¿Entendía yo lo que aquella confesión escondía? La vecina solo hacía el amor con los muertos. Eso era lo que Hanifa me estaba diciendo. Generaciones y generaciones de difuntos habían desfilado por los brazos de nuestra vecina. Gente de lejos, gente de raza, gente que nunca fue gente: todos habían ardido en su líquido lecho. De todos esos amores, uno a uno escogidos por ella, aquella mujer no obtenía más que ventajas: ninguna enfermedad, ninguna traición, ningún riesgo de embarazo. Lo que quedaba eran simples recuerdos, sin cenizas ni simientes. Únicamente lejos de los vivos las mujeres de Kulumani encuentran amores correspondidos: eso era lo que mi madre me enseñaba.

—La orden de tu padre no se discute. A partir de hoy no saldrás de casa.

Que aquella reclusión fuese la voluntad de mi padre no me sorprendía en absoluto. Lo que me parecía raro era el entusiasmo con que mi madre apoyaba ahora la decisión de su marido.

—¡Así es, Mariamar, te quedarás aquí bien encerrada!

Después pensé que quizás aquel empeño por alejarme de quien llegaba no era tan desconcertante. Mi madre no conocía el amor. La vecina tenía una ventaja: en el lecho del río había amado y la habían amado. Como contrapartida, a Hanifa Assulua le daba miedo la carretera, el viaje, la ciudad. Lo que le preocupaba no era mi partida, sino el despecho de que nadie quisiese llevársela a ella. Otras madres, en otros sitios, hubieran deseado que sus hijas floreciesen por el mundo. Mi familia, sin embargo, se había contagiado de la mezquindad que dominaba la aldea.

Quien viniese de fuera, como los que estaban a punto de llegar, podría pensar que los habitantes de la aldea eran puros y buenos. Mentira podrida. Los de Kulumani son hospitalarios con quien viene de lejos y es extraño. Entre ellos, por el contrario, reina la envidia y la maledicencia. Por eso nuestro abuelo siempre nos recordaba: «No necesitamos enemigos. Nos basta con nosotros mismos para derrotarnos».

Cuanto más vacía es la vida, más habitada está por quienes ya se han ido: los exiliados, los locos, los difuntos. En Kulumani, todos idolatramos a nuestros muertos, todos guardamos en ellos las raíces de los sueños. Para mí, el muerto más importante es Adjiru Kapitamoro. En realidad, es el hermano mayor de mi madre. En nuestra tierra llamamos «abuelo» a todos los tíos maternos. Adjiru es, además, el único abuelo que he conocido. En casa lo llamamos *anakulu*, «nuestro más antiguo». Nadie ha sabido nunca su edad, ni siquiera él mismo tenía idea de cuándo había nacido. La verdad es que se consideraba tan perenne que se atribuía a sí mismo la autoría del río que atraviesa la aldea.

—Este río, el Lundi Lideia, lo hice yo —defendía con altivez.

La lista de sus fabulosas producciones era larga: más allá del río, el abuelo había creado peñascos, abismos y lluvias. Todo gracias a las poderosas *mintela*, las pociones y los amuletos de los hechiceros. Aun así, él renegaba de esa trascendental condición:

—No soy hechicero, tan solo viejo.

Durante la época colonial, su padre, el venerado Muarimi, ejerció funciones de capitán-mor o capitán mayor. Cobraba impuestos y resolvía los conflictos locales en favor de los colonos. Ese cargo le costó a mi bisabuelo acusaciones, envidias y enemistades duraderas. Aun así, nuestra familia se ganó el nombre que ahora ostenta: los Kapitamoros. En una tierra sin bandera, nosotros ondeábamos esa insignia prestada como si fuese un derecho natural y milenario.

En contra de la tradición familiar, el abuelo Adjiru se entregó a una ocupación distinta: la caza. Eso era él, por vocación y juramento: un cazador. «El arma es mi alma», decía. Por accidente mató a un hombre durante el cerco a un leopardo, cerca de Quionga. Para purificarse de aquella sangre tenía que frotarse con cenizas de árboles. Pero rechazó el ritual: para él, un asimilado, aquello era una humillación insoportable. Se le prohibió cazar, y se limitó a actuar como rastreador. Aceptó aquella degradación con la dignidad de un rey. Hasta el día de su muerte no perdió su porte noble. Aunque solo ejerciera trabajos a ras de tierra, su sombra se siguió derramando por todo Kulumani. Y ahora que la aldea se estremecía ante la amenaza de los leones, todos echaban de menos su protección divina.

Mi padre, Genito Serafim Mpepe, también podría haber sido cazador de pleno derecho. Sin embargo, prefirió ser rastreador, solidarizándose con su mentor fallecido. Degradado uno, degradado el otro. A fin de cuentas, la ambición de Genito era seguir los pasos del cazador destronado. No obstante, el estatus del abuelo era inalcanzable. Adjiru había sido más que un *mweniekaya*, el cabeza de familia. Su autoridad se había propagado por toda la vecindad. Era un mando silencioso, sin proclamación, de esos que ejercen su grandeza sin necesidad de palabras. Pero yo, Mariamar, fui para él una persona especial. Nuestro «más antiguo» había reservado para mí el presagio más enigmático:

—Tú, Mariamar, has venido del río. Y todavía has de sorprender a todos: un día

irás a donde va el río —vaticinó.

Soy mujer, mi destino nunca podría ser el viaje. Sin embargo, Adjiru Kapitamoro tenía razón, pues solo han pasado dos días desde el entierro de Silência y voy de viaje en canoa, río abajo. Huyo de la orden de encierro de mi carcelero congénito, Genito Mpepe. Para escapar de Kulumani no hay carretera, no hay sabana. En la carretera está mi padre. En la sabana están los leones asesinos. Cualquier salida es una emboscada. El único camino que me queda es el río. A este hilo de agua se lo bautizó como Lideia, que es el nombre de las tórtolas que nos visitan en la estación de lluvias. Hubiera pasado perfectamente por un riachuelo anónimo, pero temíamos que se extinguiera para siempre en caso de permanecer innominado. Dicen que quien le puso el nombre fue mi abuelo Adjiru Kapitamoro. Y nosotros hacíamos como que nos lo creíamos.

Así pues, ahora avanzamos los dos: el río Lideia con su nombre de ave, y yo, Mariamar, con nombre de agua. Viajo contra el destino, pero a favor de la corriente. La canoa simula obediencia todo el tiempo. Quien la guía no son mis brazos, son fuerzas que prefiero ignorar. Noviembre es el mes de los rezos para que la lluvia caiga. Y yo rezo por una tierra donde me pueda acostar como la lluvia, sin peso y sin cuerpo.

Dicen que este río, más allá, atraviesa la ciudad. Lo dudo. A este río, mi río, que ni siquiera habla portugués, a este río repleto de peces que solo saben sus nombres en maconde, no creo que lo dejen entrar en la ciudad. A mí también me prohibirán el paso si un día llamo a la puerta de la capital.

«Obedece a todo menos al amor», me decía Silência, mi pobre hermana. Son razones de amor las que me hacen abandonar Kulumani, alejándome de mí, de los temores presentes, de las pesadillas futuras. Lo que me lleva a desobedecer no son tanto las ganas de romper amarras. El mayor motivo es otro: cometo esta locura por la llegada anunciada de los visitantes. A causa de uno de ellos, en definitiva: Arcángel Baleiro, el cazador. Ese hombre me cazó hace tiempo. Desde entonces nunca más he tenido descanso. Huir de un amor es la manera más perfecta de obedecerlo. Cuanto más dueña de mí misma, más esclava de ese amor. No hay río en

este mundo que me libre de esa trampa.

Arcángel Baleiro me sucedió hace dieciséis años. Yo también tenía dieciséis años cuando se cruzó conmigo. No era más que una niña, pero mis ojos habían envejecido más que mi cuerpo. La única mira que me quedaba era estar lejos de Kulumani. Los domingos por la tarde asaltaba el gallinero de la Misión Católica para vender las gallinas a la orilla de la carretera. Mi intención era reunir dinero para escapar a la ciudad. Sin embargo, la carretera estaba casi desierta, había muy pocos viajeros. La guerra había acabado aquel mismo año, 1992, pero todavía existía un garrote vil invisible que asfixiaba la aldea.

Nunca he entendido por qué se aglomeraban tantos vendedores junto a la carretera muerta. Quizás fuese una especie de plegaria, una forma de arrodillarnos ante el destino. O quizás era porque furtivos camiones de madereros asomaban por allí de vez en cuando. Aquellos negocios eran propiedad de gente poderosa a quien llamábamos los «dueños de la tierra». Pasase quien pasase, yo levantaba las gallinas al aire y sus alas se agitaban en un vuelo breve y ciego. Nunca se detuvo nadie, nunca compró nadie. Con un cacareo estúpido, las aves de corral pendían de nuevo de mi mano como si su atrevido intento por ser pájaro unos instantes les pesase.

En una ocasión, el policía Maliqueto Próprio —el único agente del orden de Kulumani— se acercó a mí, todo investido de importancia, y me abordó para averiguar la procedencia de la mercancía. Señaló las gallinas como si fuesen la prueba del crimen. Que las había robado, me recriminó. Y que lo acompañase, me ordenó.

—¿A la comisaría? —pregunté temblando.

—Sabes perfectamente que en Kulumani no hay comisaría. Yo tengo mis propios calabozos.

Los abusos de Maliqueto eran de sobra conocidos. En ese momento, su mirada turbia no hacía sino confirmar sus malévolas intenciones. Se me nubló la vista, me flaquearon las piernas. El cañón de la escopeta apoyado en mi espalda no me permitía ninguna demora.

—Por favor, no me haga daño.

Entonces apareció Arcángel Baleiro como un caballero surgido de la nada. Se detuvo delante de mí montado en una motocicleta, como un emperador soberbio y soberano del mundo. El policía se encaró con el intruso, midiéndolo de la cabeza a los pies. Tras un silencio estudiado, decidió retirarse. No sé si el cazador se dio cuenta de lo oportuna que había sido su aparición, pero sonreía cuando me preguntó:

—¿Me puedo llevar una gallina?

Era a mí a quien yo quería que se llevase. El hombre clavó en mí su mirada con

una sorpresa aparente. De repente, sentí el peso de la vergüenza: nunca antes me habían mirado. Era como si mi cuerpo, en aquel momento, acabase de nacer en mí.

—Esos ojos —suspiró él—. ¡Ay, esos ojos!

Bajé la cara y me vi suspendida como un ave sin vuelo y sin voz.

—Ese cuerpo te sienta muy bien —murmuró el visitante.

Sus palabras me desnudaban el cuerpo y el alma. Para escapar de aquel aturdimiento, me fui a una sombra junto al río. El hombre me siguió, empujando la moto.

—¿Quieres venir a Palma conmigo?

—¿A la ciudad? No puedo.

—Te llevo y te traigo en moto. Tomamos un atajo junto al río, nadie nos verá.

—Ya le he dicho que no puedo.

—Veremos la televisión, ¿no quieres?

Lentamente miré el paisaje a mi alrededor. ¡Qué grande! ¡Qué infinitamente grande era el mundo! El universo era inmenso y el visitante esperaba una respuesta. ¡Se me pasaron tantas cosas por la cabeza! Se me ocurrió, por ejemplo, pedirle al cazador que, puesto que tenía una moto, ayudase a mi madre a cargar agua. Que ayudase a las mujeres de Kulumani a buscar leña, a recoger barro, a transportar las cosechas de la huerta. Y, sobre todo, que a mí no me pidiese nada.

En silencio, recorrí con la mirada las aguas del Lideia. Cansado de esperar, Arcángel me preguntó el nombre del río. Había venido a cazar a un feroz cocodrilo que estaba sembrando el terror. No podía hacerlo si no sabía cómo se llamaba el río.

Suspiré. El visitante no quería saber mi nombre, parecía que solo le interesaba el paisaje.

—Su nombre completo es Lundi Lideia —respondí displicente—. Pero lo llamamos simplemente Lideia.

—¿Qué significa?

—Lideia es el nombre que le damos a una especie de tórtola.

—¿Una tórtola? —preguntó Arcángel.

Después se echó a reír, encontrándole la gracia a algo que a mí se me escapaba.

—Muy adecuado, hay ríos que nos hacen volar.

Así habló el cazador. Nos despedimos mirando el río, ese mismo río que ahora me sirve de camino para alejarme de Kulumani, escapar de la familia y salir de mi propia vida.

Cuando, todavía de madrugada, me lancé a este viaje, mi propósito era avisar al cazador de la emboscada que se preparaba contra él. Mi plan era sencillo: saltaría de la canoa junto al puente, correría hasta la carretera y allí esperaría a los visitantes.

Hace dieciséis años Arcángel me salvó de la amenaza del policía abusón. Esta vez sería yo la que lo salvara a él. Y ya me veía en medio de la carretera, ondeando los brazos como banderas incansables. ¡Quién sabe si el cazador me abrazaría y me auparía al cielo en un impresionante vuelo!

Sin embargo, a medida que descendo por el río otro sentimiento se apodera de mí. No voy al encuentro del cazador. Más bien estoy huyendo de él. ¿Por qué motivo escapo del único ser que me habrá amado? No sé responder. Mi madre tiene por costumbre decir que el agua redondea las piedras como la mujer moldea el alma de los hombres. Podría haber sido así conmigo. Pero no. No ha habido ni amor, ni hombre, ni alma. Lo que ha sucedido es que, con el tiempo, he dejado de estar a la expectativa. Y quien deja de estar a la expectativa es porque ya ha dejado de vivir. Y por eso es por lo que huyo: tengo miedo de ser devorada. No por la ansiedad que habita en mí. Devorada por el vacío de no amar. Devorada por el deseo de ser amada.

La canoa llega, por fin, a un remanso de fondo límpido. Ese remanso se tiene por un lugar sagrado y solo los hechiceros se aventuran a llegar. En la aldea se dice que es ahí donde el agua hace su nido. Los ancianos llaman a este sitio *lyali wakati*, el «huevo del tiempo». Esta tranquilidad digna del paraíso debería sosegar me, pero no, porque advierto que la canoa se ha estancado y que por más que me esfuerce no salgo del mismo punto. No hay corriente, no hay remolinos. Con todo, la piragua se ha paralizado en el lecho del Lideia. Sin duda se cumple la vieja regla: toda tierra pequeña tiene brazos grandes. Por mucho que queramos irnos, nunca salimos de ella. «Maldita tierra tan sin cielo que hay que desenterrar hasta las nubes», así refunfuñaba el abuelo Adjiru. Y así maldigo ahora mi tierra natal.

Un temblor me estremece, el corazón se me sale por la boca cuando, de pie en el fondo oscilante de la canoa, adivino una presencia oculta en la orilla. Aun siendo mujer, he heredado el instinto cazador que circula por nuestra familia. Reconozco las sombras que se mueven entre las sombras, conozco los olores y las señales que nadie más conoce. Y ahora estoy segura: ¡hay un animal en la orilla! Hay un animal huidizo que se desliza entre el follaje de la ribera.

Y, de pronto, allí está ella: ¡la leona! Viene a beber a esta dulce orilla del río. Me contempla sin miedo ni alboroto. Como si me esperara desde hace mucho tiempo, yergue la cabeza y clava profundamente en mí su mirada inquisidora. En su porte no se aprecia tensión. Se diría que me reconoce. Más que eso: la leona me saluda con respeto de hermana. Nos entretenemos en esa contemplación mutua y, poco a poco, un sentimiento religioso de armonía se instala en mí.

Una vez saciada la sed, la leona se despereza como si quisiera que otro cuerpo saliese de su cuerpo. Después, se retira despacio, moviendo la cola como un péndulo

peludo, cada paso una caricia sobre la superficie de la tierra. Sonríe con una vanidad irreprimible. Todos creen que son los leones machos los que amenazan la aldea. No es así. Es esta leona, delicada y femenina como una bailarina, majestuosa y sublime como una diosa, es esta leona la que ha sembrado tanto terror por toda la vecindad. Hombres poderosos, guerreros provistos de sofisticadas armas: todos se han postrado, esclavos del miedo, vencidos por su propia impotencia.

Una vez más, la leona vuelve a clavar en mí su mirada; después ronda en círculos antes de desaparecer. De repente, algo que nunca llegaré a describir me roba el discernimiento y un grito irrumpe de mi pecho:

—¡Hermana! ¡Hermana mía!

Mis puños se sujetan con fuerza, con desesperación, a los remos y empujan la canoa hasta la orilla:

—¡Silência! ¡Uminha! ¡Igualita!

Los nombres de mis hermanas fallecidas reverberan en ese escenario de brumas. Me estremezco de la cabeza a los pies: acabo de desafiar los preceptos sagrados de no mentar el nombre de los muertos. Atraídos por la llamada, los difuntos pueden reaparecer en el mundo. Quizás fuese esa mi pretensión secreta. Un ímpetu desesperado hace que vuelva a desobedecer:

—¡Soy yo, hermana, soy Mariamar!

Me convenzo entonces de lo absurdo de mi condición: yo, que nunca había levantado la voz, gritaba ahora a alguien que no me podía escuchar. Los que me acusan tienen razón: estoy loca, he perdido el control de mí misma. Y estallo en sollozos, como si quisiera recuperar todo lo que no lloré cuando nací. Adjiru tenía razón: la tristeza no es llorar. La tristeza es no tener para quien llorar.

—No me dejéis, por favor, llevadme con vosotras.

La llamada resuena por el bosque y, en un segundo, me parece que otras voces claman por Silência. Pero la vegetación se cierra, espesa e inmóvil. En el lugar donde la leona acaba de beber hay ahora una mancha roja que rápidamente se extiende por la superficie del agua. De pronto, todo el río se tiñe de rojo y navego en sangre. La misma sangre que siempre que he soñado con dar a luz se escapaba entre mis muslos, esa misma sangre que fluye por la corriente. Adjiru Kapitamoró, mi abuelo, tenía razón: este río nació de sus manos, tal y como yo nací de su afecto. Y entonces, comprendo: más que la tierra, mi prisión era el abuelo Adjiru. Era él quien había inmovilizado la canoa y me había hecho presa en el remanso sagrado del río Lideia.

—Por favor, abuelo —imploro—. Déjame navegar río abajo.

Me acurruco en el vientre de la piragua, me acuesto para buscar el sueño de los que aún no han nacido. Inesperadamente, otra canoa atraviesa el silencio y, para mi sobresalto, se aproxima como un cocodrilo furtivo. Solo puede ser Adjiru que viene a rescatarme. Con un nudo en la garganta, lo llamo:

—¿Abuelo?

Las embarcaciones están ahora juntas y una silueta se levanta por encima de mí

para atar una cuerda al travesaño de apoyo de los remos. El intruso está a contraluz, no veo sino su silueta oscura. No quiero perder un instante, señalo la orilla y anuncio:

—¡Estaba allí! La leona estaba allí. Vamos, abuelo, todavía debe de andar cerca.

—Siéntate, Mariamar.

Me asusto: no es Adjiru. Quien está allí es Maliqueto Próprio, el solitario verdugo de la aldea. Sin pronunciar palabra, me lleva a rastras a Kulumani. A mitad de camino suelta los remos y me encara fijamente hasta que la embarcación, abandonada a su suerte, vuelve a bajar por el río a merced de la corriente.

—Me debes algo, Mariamar. ¿No te acuerdas? Este es un buen lugar para cobrarme la deuda.

Se va liberando de la ropa mientras se me acerca, rastrero y baboso. Extrañamente, no me da miedo. Para mi sorpresa, avanzo sobre Maliqueto toda yerta, gritando, escupiendo y arañándolo. Entre el temor y la sorpresa, el policía recula y comprueba, horrorizado, los profundos rasguños que le he causado en los brazos.

—¡Hija de puta! ¿Querías matarme?

Se cubre los hombros con la camisa para esconder las heridas y retoma apresuradamente el viaje de vuelta a Kulumani. Mientras rema, va repitiendo en sordina:

—Está loca, esta mujer está completamente loca.

En la orilla nos esperan Florindo Makwala, el administrador, y mi padre, Genito Mpepe. Tomo la delantera, la tensión me enturbia la voz:

—¡La he visto, la he visto! ¡Era la leona, padre! Y era verdadera. No era fabricada.

—Mentira. No vale la pena que vengas con historias porque te voy a castigar.

—La he visto, padre. En el remanso del río, una leona. Estoy completamente segura.

Para contradecirme, Maliqueto argumenta que no había nada que ver. Y en caso de que la hubiera visto, ¿cómo podía estar segura de que era una hembra? Los leones machos en esta región son pequeños y casi no tienen melena.

El jefe de la administración avanza con cautela para no mojarse los pies y, manteniendo una cuidadosa distancia, ordena a mi padre:

—No quiero que esta muchacha entre en contacto con la delegación.

—Se quedará en casa, no se preocupe, camarada administrador. La ataré en el patio.

—La quiero lejos de los visitantes. Y a ti, Maliqueto, ¿qué te ha pasado? ¿Estás sangrando?

—Me he hecho daño con las cuerdas, jefe. Y, ahora, si me lo permite, ¿puedo decir algo, jefe?

—Habla.

—La cabeza de su hija, camarada Mpepe, ya no funcionaba, pero ahora hasta da miedo. ¿Cómo se aventura ella sola a visitar aquel lugar sagrado?

—Tiene razón, Maliqueto. ¿Acaso no sabe lo que le hicieron a Tandi, que salió a pasear por donde no debía?

Los tres hombres se ocupan de las maniobras de atraque de las embarcaciones. Sentada en la orilla, me doy cuenta de cuánto se parece una canoa a un ataúd. El mismo vientre panzudo, el mismo itinerario fuera del tiempo. El río no me ha llevado a mi destino, pero el viaje me ha conducido a quien estaba apartada de mí: la leona, mi esperada hermana.

Diario del cazador (2)

El viaje

Mi red para cazar mariposas está suspendida, solo espero que la mariposa me incite con sus idas y venidas, con sus vacilaciones. Qué feliz sería si me pudiera disolver en luz y aire, con la única intención de acercarme y ser capaz de dominarla. Entre la presa y yo, ahora, la vieja ley de la caza se instala: cuanto más intento, con todo mi ser, obedecer al animal, más me convierto, en cuerpo y alma, en mariposa. Cuanto más cerca estoy de cumplir el deseo del cazador, más forma de existencia humana adquiere la mariposa. Al final, es como si la captura fuese el precio que tengo que pagar por recuperar mi existencia humana. [...] Al regreso de la caza, el espíritu de la criatura condenada se apodera del cazador.

Traducción libre de un fragmento de
La caza de la mariposa, de Walter Benjamin

Nunca me han gustado los aeropuertos. Tan llenos de gente, tan sin nadie. Prefiero las estaciones de tren, donde hay tiempo para las lágrimas y para agitar pañuelos. Los trenes arrancan lentos, suspirando, arrepentidos de partir. En cambio el avión tiene prisas inhumanas. Y la leyenda de mi madre pierde su sentido cuando contemplo los aviones que se lanzan por los aires. En definitiva, no todo es tan lento en el infinito firmamento. Estoy en el aeropuerto de Maputo con la certeza de no estar en lugar alguno. Alguien que habla en inglés me devuelve a la realidad.

—Este es el escritor. Será tu compañero de viaje.

El escritor es un hombre blanco, bajo, con barba y gafas. Es un intelectual famoso, varias personas lo paran para pedirle autógrafos. Se incorpora para estrecharme la mano:

—Soy Gustavo. Gustavo Regalo.

Parece regocijarse con su propio nombre. Espera que lo reconozca. Sin embargo, finjo que me resulta completamente desconocido.

—Voy a hacer un reportaje de la cacería, me ha contratado la misma empresa que a usted.

—Estoy seguro de que le gustará. Y a los leones les gustará saber que su muerte merece un reportaje.

—Es la primera vez que voy a participar en una cacería. Debo decirle, no se ofenda, que estoy en contra.

—¿En contra de qué?

—En contra de las cacerías, y más tratándose de leones.

—El problema, querido escritor, es que usted nunca ha visto un león.

—¿Cómo que nunca he visto un león?

—Ha visto leones en los safaris fotográficos, pero no sabe lo que es un león. En realidad, el león solo se muestra en el territorio en el que es dueño y señor. Venga conmigo a pie por la sabana y sabrá lo que es un león.

Cuatro horas de avión sentado al lado del escritor han sido suficientes para medir el abismo que nos separa. Con sus aires de intelectual, su bloc de notas en ristre, su incapacidad para callarse: en suma, el escritor me irrita. Por el modo en que me mira,

percibo que lo mismo sucede a la inversa. Hay algo en él que me recuerda a Rolando y a la forma en que mi hermano me clavaba la mirada. Como si me acusase.

Una pluma pesa; un ave también pesa. La más ligera es la que sabe volar. Así rezaba el proverbio de doña Martina, mi difunta madre. A mí, ambas ligerezas me pesan, y mis sueños nunca se convierten en vuelos nocturnos. Un estado de alerta me hace entrar y salir del sueño como un borracho, ir y venir como un náufrago. Una herencia de aquella noche fatídica en la que Rolando disparó a mi padre. El insomnio me trae recuerdos que no quiero; dormir lava recuerdos que querría conservar. El sueño es mi enfermedad, mi locura.

Durante el viaje me vence la somnolencia. Finjo que duermo para después simular que me despierta una hoja de papel al ser arrancada. Con una sonrisa tímida, Gustavo se disculpa:

—Voy a escribirle una carta a mi novia. Como antiguamente. Una carta falsa, solo para distraerme, para entretener la añoranza que siento por ella.

¿Una carta falsa? ¿Habría alguna que no lo sea? Y me vienen a la memoria las cartas de amor que mi padre le dictaba a mi madre. Era un ritual, en las postrimerías de la tarde, cuando se oía el croar de las ranas en las lagunas de alrededor. Nosotros éramos negros y mulatos rebajados a la categoría de negros. Nos correspondía la periferia del barrio, donde se acumulaban lluvias y enfermedades. Martina Baleiro, mi madre, se acicalaba para sus redacciones. Aquel era el único momento en que recibía palabras bonitas de parte de su marido. Solo entonces se mostraba manso, casi sumiso, como si le pidiera perdón. Inmóvil e inclinada sobre la hoja de papel, mi madre parecía un lienzo envejecido. A su lado, Rolando garabateaba infinitos deberes. En aquel momento, parecía mayor que nuestra madre. Todavía hoy resuena en mí la voz de mi padre deletreando un dictado:

—Mi querido Henrique, mi querido marido, el único amor de mi vida... ¿Estás escribiendo, Martina?

Y expedía largas misivas, siempre iguales, trabándose con las palabras como si estuviese embriagado. ¡Qué relación tan difícil la de mi padre con las palabras! He heredado esa mala relación con la escritura, al contrario que Rolando, para quien las letras eran un juego de niños. Quizá sea por eso por lo que la fluidez con la que mi compañero de viaje bosqueja copiosas líneas me enerva. O, quién sabe, a lo mejor lo que me perturba es no tener a nadie a quien escribir una carta de amor.

El escritor ha terminado su carta imaginaria, dobla el papel juiciosamente para introducirlo en un sobre. Abre la cremallera del maletín y lo dispone entre otros cuantos sobres. Puede que la carta sea inventada, pero la escenificación es convincente. Y, de nuevo, me asalta el recuerdo. Lejos de nosotros, Henrique Baleiro cumplía con el resto de su ritual: invariablemente, metía la carta en un sobre que humedecía con los labios y que después guardaba en la maleta de viaje. Se llevaba aquellas cartas a sus largas cacerías. También se llevaba una fotografía desenfocada de Martina.

—Esta así, desenfocada, para que los demás la vean, pero para que no la miren demasiado.

¡Un celoso, el viejo Henrique! Los celos fueron, además, motivo de sangre y luto.

Por la ventanilla del avión veo la última luz disolverse entre las nubes. Me acuerdo de la fábula de mi madre, que condenaba la petulancia del Sol, y la manera en que yo mismo, quizás por culpa de la leyenda, siento que me despierto siempre que empieza a oscurecer. No soy ni del día ni de la noche. Volvía a casa cuando se ponía el sol, exhausto por mis juegos infinitos en aquellos patios que se abrían como una extensa sabana donde me imaginaba cazando. Rolando me miraba, celoso de mi intimidad con el mundo. Rolando era hogareño. Yo era de la calle.

—Mamá, por favor, no me mandes ya a bañarme. Déjame que me quede así, sucio, un poquito más.

El sudor y el polvo prolongaban en mí la embriaguez de las cacerías que me inventaba en los patios. Como mi padre estaba casi siempre ausente, Martina Baleiro podía autorizármelo, ejerciendo con mano libre y soberana su complacencia maternal. Lo que para nosotros era un alivio, para ella parecía ser una penosa nostalgia. En aquellos largos periodos de soledad, mi madre seguía cumpliendo con el ritual de la redacción de las cartas encomendadas: se emperifollaba con su vestido más elegante —en realidad era el único vestido que tenía— y fingía escuchar los dictados del ausente Henrique Baleiro. Representaba la escena con tal devoción que nosotros podíamos oír la voz cansina de nuestro padre resonando por los pasillos de la casa.

—¿Por qué vamos tan deprisa?

El escritor no responde. Desde que el avión aterrizó en Pemba, hemos iniciado un penoso viaje por carretera hasta el distrito de Palma. Nos esperan nueve horas de pistas de arena en pésimo estado.

En el vehículo todoterreno van cuatro ocupantes: delante, el escritor Gustavo y yo; en el asiento trasero, Florindo Makwala, el administrador del distrito, y su rolliza esposa, doña Naftalinda. La primera dama, como el administrador insiste en llamarla, merece el nombre que lleva: pesa tanto que el coche se inclina peligrosamente del lado en el que se ha sentado.

Gustavo es quien conduce. He preferido quedarme libre para vigilar la maleza que flanquea el camino. Desde hace dos horas el paisaje no es más que un monótono desfile de árboles esqueléticos, huidizos y sin hojas.

—¿Para qué semejante velocidad? —vuelvo a preguntar.

A fin de cuentas, la pregunta es una orden. Es necesario que Gustavo entienda quién manda en esta expedición. Él y yo somos dos polos opuestos. El escritor es blanco y bajo. Yo soy mulato y alto. El escritor habla por los codos y mira a la gente directamente a los ojos. A mí, en cambio, los ojos humanos me roban el alma: cuanto más humana es la mirada más me convierto en animal.

—¿Aún falta mucho? —pregunta Gustavo, con una voz tan apagada que no lo oye nadie.

Por fin, el hombre acaba cediendo: el coche aminora la velocidad ante mi sonrisa de desdén no disimulada. Echo un vistazo al asiento trasero:

—Doña Naftalinda, ¿está durmiendo?

Su silencio hace coro al paisaje que nos rodea: parece que el mundo no se haya estrenado todavía. La calma es aún más solemne dentro del vehículo. Conozco ese silencio y el modo en que, los días de calor, se adentra en nosotros. Las simples ganas de hablar empiezan a pesarnos. Después, ya no nos acordamos de lo que queríamos decir. Enseguida, hasta la misma respiración es un derroche de energía.

—Arcángel tiene razón, vaya más despacio —protesta doña Naftalinda—. La carretera es malísima, aquí detrás vamos dando botes.

El tono de voz de Naftalinda concuerda con su estatus: tiene la dulzura propia de quien está tan segura de lo que quiere que no necesita mandar. Recorro el paisaje con la mirada como el fuego que lame la hierba. Donde el escritor ve árboles, yo veo refugios hechos de sombras. En una de esas sombras deben de reposar los afamados leones, devoradores de personas y de sueños.

Absorto como estaba inspeccionando las sombras, no reparo en el animado monólogo que acaba de entablarse en el asiento de atrás. El administrador perora sobre marcas, modelos, países y años de fabricación de sus vehículos preferidos. Y

cuánta falta le hacía un automóvil como este que la empresa que nos había contratado había puesto a nuestra disposición.

—¿Aún falta mucho? —pregunto solo por desviar el rumbo de la conversación.

El administrador repite lo que ya ha dicho una decena de veces: que no falta casi nada. Y que «prácticamente» ya llegamos. El escritor pregunta:

—Qué raro, no se ve gente. ¿Aquí no vive nadie?

—Ya la verá. A la gente. Hay muchísima.

Florindo Makwala saca pecho, ofendido. ¿Acaso estaba insinuando el visitante que solo gobernaba piedras y polvo?

—¡Pare, pare el coche! —ordeno ya con la puerta abierta y medio cuerpo fuera del vehículo. Justo después, de puntillas, voy a escudriñar unos arbustos al borde de la carretera. Unos buitres vuelan en círculos en lo alto. Puede que un esqueleto se esté pudriendo por esos parajes. Falsa alarma. Hago señas para que los demás salgan del coche.

—Vamos a hacer un descanso.

A doña Naftalinda hay que bajarla. La suspensión del jeep gime, dolorida. El administrador, aterrado, ruega:

—Ayúdenla a bajar. No dejen que se caiga, por el amor de Dios, no dejen que se caiga.

—Y tú, marido, no te atrevas a tocarme. No te olvides de que está prohibido.

Varios brazos se yerguen para apoyar la operación de descarga de la primera dama. Dudo, no sé dónde poner las manos. Temo que mis brazos se pierdan entre pulpas y grasas. Ante mí, un inmenso trasero oscurece el día, como un eclipse de sol.

—Si lo llego a saber, hubiera traído una grúa —me cuchichea el escritor.

Ya en el suelo, Naftalinda le susurra algo a su marido. Avergonzado, el administrador murmura entre dientes:

—Mi esposa necesita ir al campo.

—Pues que vaya —respondo, seco.

—Tiene miedo.

—Acompáñela.

—Prefiere que sea usted el que la proteja.

—En esas cosas, como en otras, es mejor que sea el marido.

—No es que tenga miedo —declara Naftalinda con aires de emperatriz—, pero he oído decir que los leones solo matan mujeres. No sé si yo, en tanto que primera dama, también estoy incluida en el menú de las fieras.

—Puede estar segura de que sí —comenta el escritor.

—Allí es un lugar seguro —le garantizo, señalando unas rocas un poco más

adelante—. Vaya, doña Naftalinda, que nosotros la vigilaremos desde aquí.

Para distraernos durante la embarazosa espera, el escritor simula interesarse por mi escopeta y confiesa:

—Hubo un tiempo en que soñaba con empuñar un arma, quería ser guerrillero. En aquella época decíamos que la libertad nacería de un fusil.

—¿Y llegó a pasar?

—¿La libertad?

—No. Pregunto si llegó a ser guerrillero.

—Más o menos.

—El más o menos no existe cuando se trata de armas y de libertad. ¿Alguna vez ha visto matar a alguien?

—Nunca. ¿Y usted? ¿Ha matado a alguien o fueron todo animales?

Inmediatamente me asalta el recuerdo de mi padre nadando en sangre, una sangre no solo suya, sino de todos los Baleiro. Una entonación grave ensombrece mi voz. Aquellos a quienes matamos, por más ajenos y enemigos que sean, se convierten en nuestros parientes para siempre. Nunca más se van, están más presentes que los vivos.

De nuevo con nosotros, doña Naftalinda sonrío, divertida por la manera en que el escritor se sacude el polvo, como si se estuviese autoflagelando.

—¿Ha visto la ventaja que tiene un león? Un león nunca se ensucia —afirma doña Naftalinda.

—Solo me apetece darme un baño. Tengo más polvo que ropa —refunfuña Gustavo, sacudiéndose con energía.

—Es mejor quedarse así —le aconsejo con sarcasmo—. Es mejor quedarse así para que su cuerpo empiece a acostumbrarse a la tierra. Acostumbrarse a ser de la tierra, a ser de esta tierra.

—Soy de esta tierra.

—Eso solo puede confirmarlo la tierra.

Doy media vuelta y me alejo mientras oigo, a mis espaldas, la rabia susurrada por el escritor:

—¡Arrogante de mierda!

De vuelta en el coche, el administrador se apresura a inspeccionar la carga: una decena de cabritos comprimidos en el maletero. Los animales parecen tranquilos, con

esa estúpida bonhomía de los rumiantes.

—¿No sería mejor atarlos? —pregunta doña Naftalinda.

Los caprinos han permanecido de pie durante todo el viaje con una profesionalidad de bailarines. Florindo comenta con orgullo: el cabrito está hecho para ir en coche, mantiene el equilibrio incluso en los abismos, donde ni siquiera hay suelo. Después, el administrador abre los brazos con un gesto de simpatía:

—No se olvide, camarada cazador: uno de estos animales será el cebo para el león. Elija el que quiera.

—Aquí hay un malentendido, estimado administrador. Mejor dicho, varios malentendidos. Primero, yo no soy su camarada. Y después, más importante aún, yo no cazo con cebo. Soy un cazador, no un pescador.

—Bueno, como quiera, aunque la verdad es solo una: ya sea pescando, ya sea cazando, usted tiene que eliminar a esos leones. Eso forma parte de mis objetivos políticos.

Los devoradores de hombres son para él un asunto político.

—Mis superiores —recuerda con énfasis— me han dado instrucciones bien claras: el pueblo vota, los animales no. Hay que eliminar rápidamente el motivo de queja de la comunidad —y retoma la orden sumaria—: Tiene que matarlos.

—No voy a matarlos, de eso puede estar seguro —respondo.

—¿Cómo dice?

—Soy un cazador. Yo no mato, yo cazo.

—¿Y no es lo mismo?

—A lo mejor para usted sí. Para mí es completamente diferente. Y déjeme que le diga una cosa antes de que llegemos a la aldea. No me ha contratado la administración. Únicamente le debo obediencia a quien me paga.

Reanudamos el viaje y, en un abrir y cerrar de ojos, una nube de polvo vuelve a desordenar la quietud milenaria de la sabana. El administrador comprende que debe retroceder en su enfrentamiento conmigo. La presencia del escritor de renombre es una oportunidad soberana para sacar lustre a su imagen. Displícite, afirma como si pensase en voz alta:

—Matar o cazar, lo que importa es que la gente pueda volver a sus actividades diarias. Para luchar contra la pobreza absoluta.

El hombre ya no habla. Discursea. Y anuncia que la expedición, dirigida por su partido, salvará a la gente de la condena de la miseria. Utiliza el gran verbo: salvar. Por el espejo retrovisor veo el revoloteo del polvo y me invade una dulce somnolencia: ¡cuánto me gustaría ser salvado! Dejarme zozobrar, como un ahogado, en los brazos de un salvador. Rectifico, de una salvadora, Luzilia.

—Cuando vaya a cazar, iré con usted, camarada Arcángel —declara el administrador.

—En la caza nadie va con nadie —respondo—. En la caza solo hay dos criaturas: el que mata y el que muere.

—Necesito que mi pueblo me vea, que me vea trayendo el trofeo de vuelta a la aldea.

Por fin, se atisban casas.

—Enseguida —dice Naftalinda al escritor—, la gente empezará a salir a la carretera en tropel.

—Quien vive en estas casas no es gente —rectifica el administrador.

—¿No vive gente? —pregunta Gustavo—. Entonces ¿quién vive?

—Ahora quien vive aquí es el miedo —responde.

Nueve horas después de haber salido de Pemba, la capital de la provincia, nuestra comitiva llega a la aldea. El administrador tenía razón. No es que en Kulumani viva el miedo: el terror está dibujado en la muchedumbre que nos rodea.

—No detenga el vehículo en medio de la carretera —ordena Makwala.

Sonrío. La carretera es tan estrecha que no tiene «medio». Y tampoco tiene arceles: todo en torno ha adquirido el color del polvo. Yo mismo estoy tan cubierto de polvo que mi cuerpo parece no tener parte de dentro ni parte de fuera. Me sacudo, mis manos son nubes que parecen haber emigrado del cuerpo. Un acceso de tos me estremece el pecho. Una entidad nebulosa empieza a apoderarse de mí.

Sin que nos demos cuenta, una marea humana nos rodea. La esposa del administrador explica, susurrándome al oído: han movilizad a campesinos de otras aldeas para darnos la bienvenida. Contraviniendo todas las medidas de seguridad, estos aldeanos se marcharán de noche, indefensos, de vuelta a sus casas. Pero parece inevitable: la fuerza de un jefe se mide por el tamaño de la ceremonia de recepción. Y Florindo Makwala no quería perder la oportunidad de impresionarnos. Echarse flores no se le escapa de las manos y anima a Gustavo Regalo:

—¿Lo ve, querido escritor? El pueblo nos quiere. A mí y a mi partido. Escriba eso, sáquele fotos a todo.

En medio de la multitud alguien me agarra del brazo. Le correspondo con un apretón de manos precipitado. Entonces me percató de que se trata de un hombre ciego. Ha sido su gesto desnortado el que ha dado conmigo y ha hecho que me detuviera. Viste un uniforme militar de camuflaje que contrasta con sus pies descalzos.

—¡Han llegado! —exclama el ciego como si cumpliésemos un destino. Y después sentencia—: Han venido para dejar su sangre en Kulumani.

En un momento, cediendo a un extraño impulso, empiezo a hacer señas a la muchedumbre. Recuerdo otras ocasiones en las que me recibieron como a un salvador. Esta gente, sin embargo, me mira de soslayo. La mano pegajosa del ciego vuelve a sujetarme el brazo:

—¿Ha traído una escopeta? ¿Para qué? Estos leones no se matan con balas.

El vigor con que me persigue me hace dudar de la autenticidad de su ceguera. Esa sospecha se agrava cuando me agarra con la desesperación de un ahogado y me pregunta:

—¿Puede verme?

—¿Por qué me lo pregunta?

—A nosotros, los de Kulumani, nadie nos ve, solo los *muwavi*, los hechiceros, nos prestan atención.

El administrador me ayuda a liberarme del ciego impertinente. Me empuja hacia la parte delantera del coche, donde los faros despliegan un halo de luz, y me dice en secreto:

—Hemos llegado de noche. Algunos piensan que somos *vashilo*.

—¿Quién?

—*Vashilo*, los de la noche. Somos los únicos que a estas horas andan visitando las aldeas.

Después, el administrador ordena en voz alta:

—¡Dejadnos pasar! Hemos venido a salvaros, traemos a quien va a matar a los leones.

El ciego hace una venia y vuelve a apoyarse en mi brazo para rematar:

—No hay morir, no hay matar. Todos venís a morir a nuestra casa.

Miro alrededor. Hace dos noches que aquí ha muerto una joven. Antes de ella, otras veinte han sido devoradas por las fieras. No lejos, en medio de los matorrales, aún podrían encontrarse las huellas de la sangre, restos indelebles de crímenes indecibles. Pienso en el dolor y en el miedo de esas personas. Pienso en el desamparo de esta aldea, tan lejos del mundo y de Dios. Kulumani era más huérfana que yo.

Es de noche, ya no hay sombras en el mundo.

Versión de Mariamar (3)

Un recuerdo ilegible

Todas las mañanas la gacela se despierta sabiendo que tiene que correr más veloz que el león o morirá. Todas las mañanas el león se despierta sabiendo que debe correr más rápido que la gacela o morirá de hambre. No importa si eres un león o una gacela: cuando el sol despunta lo mejor es empezar a correr.

Proverbio africano

Anoche, cuando los forasteros llegaron a Kulumani, no hice alusión a ir a ver su recepción ante la administración. Podría haberme escapado un rato de mi clausura, pero ni siquiera hice eso. Durante años, lo que me ha hecho vivir ha sido el sueño de volver a ver a Arcángel Baleiro. Ahora él estaba allí, a pocos pasos, y yo me mantenía ajena y distante, espionando a la multitud que se arremolinaba alrededor de la comitiva. Parecían buitres. Se alimentaban de restos. Restos de nosotros mismos. Y eso fue lo que le dije a mi madre: «Parecen buitres». Y las aves de rapiña, como dice la sabiduría local, no se quedan ciegas ni aun después de muertas.

La voz autoritaria de Hanifa Assulua me devolvió a la realidad:

—¡No te duermas en los laureles, Mariamar, y ve a degollar una gallina!

Se está preparando una comilona en honor a los visitantes. Nosotras, las mujeres, permaneceremos en la sombra. Lavamos, barremos, cocinamos, pero ninguna de nosotras se sentará a la mesa. Mi madre y yo sabemos lo que tenemos que hacer casi sin intercambiar palabras. A mí me toca atrapar, matar y desplumar una gallina de nuestro gallinero. Mientras la persigo en una ruidosa carrera, oigo a mis espaldas los pasos de alguien que se une a la cacería. Interrumpo el correteo y contengo la respiración, barriendo el suelo con la mirada en una búsqueda ansiosa. No veo a nadie, una exhalación de angustia me brota del pecho:

—¿Eres tú, hermana?

Por fin, acepto que estoy sola, sentada en la escalera que cuelga del palo del gallinero donde las gallinas pernoctan a salvo de los pequeños predadores.

En alguna parte, muy cerca, está alojado Arcángel Baleiro. Y yo, en la soledad del patio de mi casa, desplumo la gallina que sostengo entre las rodillas. Las plumas vuelan acunadas por la brisa errante. De pronto veo a Silência a contraluz recogiendo con las manos las plumas flotantes. Forma un cuenco con las palmas de las manos para que no se le escape ninguna entre los dedos y me ofrece ese ovillo suave. Recojo su donativo y escucho su voz familiar:

—Mira, hermana, este es mi corazón. Los leones no se lo han llevado. Tú sabes a quién entregárselo.

Me doy cuenta de que la sangre me escurre por los brazos, las piernas y la *capulana*, esa tela estampada con la que tradicionalmente las mujeres nos envolvemos el cuerpo. Será la sangre de la gallina, eso es lo que parece, pero un mareo me nubla la vista. De mi pecho brota una rabia descontrolada, un volcán en erupción. Y la voz materna emerge de la casa:

—Entonces, Mariamar, ¿todavía no has matado a la gallina? ¿O estás, como siempre, perdiendo el tiempo?

Quiero responder pero las palabras no me llegan. He perdido el habla de repente, solo un murmullo ronco me agita el pecho. Me incorporo asustada, me recorro con ambas manos la garganta, la boca, la cara. Grito pidiendo socorro, pero de mí no sale más que un bramido cavernoso. Y entonces brota la esperada sensación: una aspereza como de arena en el cielo de la boca, como si me hubiesen injertado una lengua de gato. Hanifa Assulua aparece en la puerta, en jarras, reclamando la tarea:

—¿Otra vez esos ataques, Mariamar?

La aparición de nuestra madre espanta a Silência. La oigo alejarse acelerando el paso mientras un cacareo lastimero me confirma que también las aves han notado su presencia. No se han percatado de que una de ellas yacía muerta en mi regazo, pero conocen el movimiento esquivo de la visitante difunta. Si es verdad que estoy loca, entonces comparto mi locura con las gallinas.

Mi madre se acerca, intrigada. Lentamente, sus manos ascienden por su rostro como en busca de ayuda. Se detiene a dos pasos de mí, estupefacta:

—¿Qué has hecho con la gallina? Hija mía, ¿no has utilizado el cuchillo?

Despeinada, Hanifa se da media vuelta para refugiarse en la casa. Miro la gallina despedazada, esparcida por el suelo. Veo, entonces, un buitre que se posa a mis pies.

En ese momento me viene a la memoria el siguiente episodio: cuando los curas, en plena guerra, se marcharon de Kulumani, nadie más se ocupó de la granja de gallinas de la misión. Las gallinas fueron abandonadas en los corrales, que se desmoronaban a pedazos. Poco a poco, las aves se iban haciendo salvajes, escarbaban con ahínco por los eriales y solo regresaban por la noche. Los gallineros se vinieron abajo y las viejas tablas desaparecieron devoradas por las termitas. Aquello era un aviso: la frontera entre el orden y el caos se estaba borrando. La sabana primitiva venía para rescatar lo que le había sido robado.

Y sucedió así: los buitres devoraron, una a una, a las gallinas. Las aves rapaces ocuparon el espacio que antes había estado reservado a las aves domésticas, y se familiarizaron con él de tal modo que dejaron de temer nuestra presencia. Media docena de buitres acabó por obedecer a la llamada de mi abuelo Adjiru, que, como recompensa, les lanzaba trozos de grasa.

Una vez, en nuestra casa, la cena se anunciaba fastuosa.

—Hoy hay pollo, ¿qué celebramos? —preguntó Silência.

El tamaño del asado generó nuestra desconfianza. Solo yo tuve el valor de dudarle:

—¿Vamos a comer buitre?

—¿Y si lo fuese? —respondió mi padre—. ¿Nunca has oído decir que los cazadores comemos ojos de buitre para tener una vista más precisa?

Nunca supe lo que comí. La verdad, sin embargo, es que a partir de aquel banquete nunca más disfruté de la tranquilidad de un sueño profundo. Las pesadillas me arrancaban de la cama y me despertaba con un ansia inusitada, una avidez que me robaba el ser. La manera en que el hambre se apoderaba de mí no era humana. A decir verdad, no es que sintiera hambre: yo misma era hambre de la cabeza a los pies, y una saliva viscosa me escurría por la barbilla.

—¿Ya es de madrugada y todavía sigues comiendo los restos de la cena? ¿Qué hambre es esa? —se extrañaba mi abuelo, siempre madrugador.

Me llevaron a Palma para hacerme unas pruebas en el hospital.

—Puede ser diabetes —conjeturó el enfermero.

Sospecha infundada. Ninguna prueba reveló dolencia alguna y regresé a Kulumani sin remedio para mis misteriosos ataques.

El abuelo siguió cruzándose conmigo en el porche de madrugada mientras yo picoteaba unos restos de *nchemba*, rebuscando huesos de pollo entre la harina de mandioca. Adjiru aprovechaba la oscuridad para ejercer su otra actividad: la de escultor de máscaras. Obedeciendo a los preceptos ancestrales, esa tarea era clandestina, nadie podía sospechar que las máscaras surgían de sus manos. Esas esculturas retrataban invariablemente a mujeres: las diosas que fuimos no querían ser olvidadas. Las manos de los hombres decían lo que sus bocas no se atrevían a pronunciar.

—¿Puedo hacer una máscara? —le pregunté.

La máscara, dijo mi abuelo, no es únicamente lo que cubre el rostro de quien baila. El bailarín, la coreografía, la música que agita su cuerpo: todo eso es la máscara.

—Entonces, cuando la termine, ¿la podré usar?

—Esto no es una máscara. Es un *ntela*, un amuleto, llámalo como quieras.

—¡Por el amor de Dios, abuelo! ¿Usted cree en eso?

—No importa lo que yo crea. Lo que importa es lo que piensan los muertos. Sin esto —e hizo rodar la madera entre sus manos—, sin esto los antepasados se mantienen lejos de Kulumani. Y tú lejos del mundo.

—Perdone, abuelo, pero usted, un asimilado de nacimiento, debería mantenerse apartado de esas creencias...

Una sonrisa imprecisa y bondadosa era su respuesta. Después, me reprendía. Que no tirara los restos de comida al patio.

—Eso atrae a los animales...

Quizás fuese lo que yo quería: convocar a los animales junto a la casa, reinstalar el desorden de la selva, convertir los gallineros en buitreras.

Con el tiempo, los accesos nocturnos se agravaron: las sábanas amanecían desgarradas, los objetos desparramados por el suelo de la habitación.

—Esto ya no es hambre, estoy enferma. Abuelo, ¿qué me pasa? —preguntaba, hecha un valle de lágrimas.

La razón de aquel mal era un secreto, me respondió una vez Adjiru. Un secreto guardado tan profundamente que hasta él mismo había acabado olvidándolo.

—No lo entiendo, abuelo. Me da miedo.

Estaba enferma, sí. No obstante, aquella dolencia era lo único que me protegía de mi pasado.

—Tú no eres el problema, querida nieta. El problema está en esta casa, en esta aldea. Kulumani ya no es un sitio, es una enfermedad.

Kulumani y yo estábamos enfermos. Y cuando, dieciséis años atrás, me enamoré del cazador, aquella pasión no fue más que una súplica. Lo único que hacía era pedir socorro, en silencio rogaba que me salvase de aquella enfermedad. Como antes la escritura me había salvado de la locura. Los libros me entregaban voces como si fuesen sombras en pleno desierto.

Después de que Arcángel se marchara, hace ya tantos años, se me pasó por la cabeza escribirle. Le habría escrito cartas infinitas obedeciendo a ese deseo tan profundo. No lo hice. Nadie amaba las palabras más que yo, pero al mismo tiempo la escritura me daba miedo, me daba miedo ser otra y, después, ya no caber en mí. Igual que mi abuelo, que esculpía madera a escondidas, yo cumplía una misión secreta. La palabra dibujada en el papel era mi máscara, mi amuleto, mi poción mágica.

Hoy estoy convencida de lo bien que hice en guardar aquellas misivas para mí. En realidad, Arcángel Baleiro habría sospechado si hubiera recibido cartas escritas por mí. En Kulumani mucha gente admira mi habilidad para escribir. En una tierra en que la mayoría es analfabeta, causa extrañeza que sea justamente una mujer la que domine la escritura. Piensan que aprendí en la misión, con los curas portugueses. Mi escuela, de hecho, había nacido antes: aprendí a leer con los animales. Las primeras

historias que escuché hablaban de fieras salvajes. Las fábulas me han enseñado, durante toda mi vida, a distinguir lo verdadero de lo falso, a discernir el bien del mal. En una palabra, fueron los animales los que empezaron a hacerme humana.

Ese aprendizaje se llevó a cabo sin plan pero con premeditación. Mi abuelo y mi padre traían de la caza la carne que comíamos y las pieles que vendíamos. Mi abuelo, sin embargo, acarreaaba algo más. De la sabana traía pequeños trofeos que me regalaba: uñas, pezuñas, plumas. Dejaba los despojos encima de una mesa a la entrada de la casa. Debajo de cada uno de aquellos ornamentos, en una vieja hoja de papel, Adjiru Kapitamoró escribía una letra. Una «a» para la pluma de águila, una «c» para una pezuña de cabrito, una «m» para *munda*, que es el nombre que se le da a la flecha en la lengua de nuestra tierra. Y el alfabeto desfilaba ante mis ojos. Cada letra era un color nuevo con el que yo observaba el mundo.

Un día, en la hoja de papel descansaba una garra de león. Agachado a mi lado, mi abuelo enroscó la lengua en el paladar y, como si fuera un látigo pequeño, hizo estallar una sonora «L». Su mano enorme condujo la mía y dibujé la letra en el papel. Al final, sonreí victoriosa. Acababa de enfrentarme por primera vez a un león. Y allí, caligrafiada en el papel, la fiera se arrodillaba a mis pies.

—Cuidado, querida nieta. Escribir es una vanidad peligrosa. Asusta a los demás...

En un mundo de hombres y de cazadores, la palabra fue mi primera arma.

Encaramada al guayabo del patio, espío la plaza de la aldea. Nunca había visto la *shitala* tan llena. Ya han comido, han bebido, el vocerío ha aumentado. No puedo ver a los invitados que están al otro lado del porche. Me recoloco en el tronco mullido, aspiro el perfume de las guayabas maduras para entretener la espera. Y entonces veo a Arcángel, que sale a la plaza para airearse. No ha cambiado mucho: está más gordo, pero conserva el mismo porte de príncipe. Se me dispara el corazón. En lo alto del árbol tengo la impresión de estar encima del mundo y del tiempo.

De repente veo a Naftalinda, que atraviesa la plaza con paso firme. ¿Qué hace ella en ese lugar prohibido a las mujeres? La conozco desde pequeña, compartí con ella la soledad de la iglesia de la misión. Unos dicen que el peso la ha vuelto loca. Yo tengo fe en su demencia. Solo las pequeñas locuras pueden salvarnos de la gran locura.

La visión de la plaza llena de gente me hace retroceder en el tiempo. Me acuerdo de las veces en que el abuelo Adjiru venía a buscarme para dar un paseo por la aldea.

Me tomaba de la mano y me llevaba a la *shitala*, el «recinto de los ancianos». Mi simple presencia en aquel lugar era una herejía que solo él se permitía autorizar. Los hombres preguntaban al abuelo Adjiru por sus aventuras de caza. Al principio, dudaba. A veces, me empujaba al centro del recinto y proclamaba:

—Serás tú, Mariamar, la que cuente las historias.

—Pero si soy una niña. Nunca he cazado, nunca iré de caza...

—Todos hemos cazado ya, todos hemos sido cazados —argumentaba él.

Estaba haciendo tiempo para convertirse en el centro del mundo, puesto que a continuación se levantaba, portentoso, sin edad, y su palabra vanidosa serpenteaba por aquel espacio. En un momento determinado, Adjiru dejaba de hablar, suspiraba, y buscaba un blanco con los ojos, como sugiriendo lo largo y tendido de aquella narración. Se sentaba, completamente empapado en sudor. No obstante, lo que buscaba no era un apoyo. Era un trono, porque, en adelante, Adjiru Kapitamoro reinaría. En realidad no se acordaba de la cacería: volvía a cazar. En aquel recinto, en aquel preciso instante, ante la mirada de estupefacción de los que lo escuchaban, mi abuelo emboscaba a la presa. Y la asamblea, en silencio y en suspense, temía ahuyentar, no los recuerdos del cazador, sino a los animales que perseguía.

—Cuenta otra historia, Adjiru. Cuenta aquella vez que...

Como reprobación, mi abuelo alzaba el brazo. Rechazaba la invitación: en el relato del cazador no existe el «érase una vez». Porque todo nace allí mismo, en el momento exacto en el que se escucha su voz. Contar una historia es echar sombras a la lumbre. En ese preciso instante, todo lo que la palabra revela lo consume el silencio. Solo quien reza entregando por completo el alma sabe lo que significa ese arder y esa caída de la palabra en los abismos.

Una noche, con el relato ya adelantado y la ronda de bebidas muy avanzada, Genito Mpepe interrumpió la narración con la voz trabada:

—¡Eh, tú, Adjiru! ¡Qué bien mientes!

Fue como un jarro de agua fría. La mirada atónita de Adjiru era la de la herida aún por abrir. Resentido, el dedo en ristre, profirió:

—Tú, Genito, acabas de romper el tenedor en la boca.

Mi abuelo se fue de la *shitala* destrozado y se disolvió en la noche. Fui la única que lo acompañó. Me senté a su lado en la oscuridad y esperé a que hablase. Por fin, después de una larga pausa llena de suspiros, Adjiru se lamentó:

—¿Por qué? ¿Por qué Genito me ha hecho eso?

—Mi padre está borracho.

—Es un ingrato. Todos son unos ingratos. Lo que ellos llaman mentiras, yo lo llamo dádivas.

Su mirada se perdió en el infinito. Por Adjiru pasaron mil pensamientos, mil recuerdos. Poco a poco fue venciendo la rabia.

—Mariamar, ¿sabes qué? Lo más triste es que puede que Genito esté borracho, pero tiene razón. En todas las glorias de mis relatos hay mucho ruido y pocas nueces.

Admitió que hay que desconfiar del cazador. No porque el cazador sea mentiroso, sino porque la caza contiene la misma verdad de la danza: cuerpos que huyen de su propia realidad. Así lo entendía Adjiru.

En el fondo, me explicó, la carrera del cazador está hecha de fracasos y olvidos. Por más afinada que sea su puntería, todo hombre que caza es un perdedor. Para cada victoria, mil derrotas. Por eso el cazador es un inventor de proezas: porque él mismo se desacredita, más temeroso de su fragilidad que de la presa más feroz.

—Ojalá fuese un mentiroso, porque lo cierto es que no soy nada. Nunca he hecho nada.

—Abuelo, no diga eso. Ha cazado mucho.

—¿Quieres que te diga una cosa, querida nieta? En la caza trabaja más la presa que el predador.

No era una queja. En realidad, a lo que aspiraba era a no tener ninguna obligación. La felicidad, solía decir, consiste en no hacer nada: ser feliz es simplemente dejar que Dios suceda. Y se quedó en silencio, las manos moviéndose, nerviosas, sobre las rodillas. Después se incorporó súbitamente, determinado, como si lo acabase de visitar un alma nueva. A paso firme, se encaminó otra vez hacia la *shitala*, se encaramó a una silla, sacó pecho y encaró a la multitud.

—¿Queréis historias? Pues voy a contaros una. Vuestra historia.

—Ya está, ya va a empezar —mascullaron algunos.

—¿Os habéis olvidado de que fuisteis esclavos? —siguió diciendo Adjiru.

—Estamos jodidos —comentaron otros.

—¿Os habéis olvidado de que nos llevaron más allá del mar? Ninguno de nosotros ha vuelto. ¿Os habéis olvidado de mi padre, Muarimi Kapitamoro? Se lo llevaron a Santo Tomé, ¿no os acordáis?

—Nos vamos de aquí —dijeron a coro los hombres.

Y dirigiéndose a mí, añadieron:

—Vente con nosotros, que ahora las palabras van a empezar a llover.

Se fueron retirando uno a uno hasta que debajo del porche solo quedé yo, mirando fijamente, con el corazón en un puño, la silla bamboleante sobre la que mi abuelo proseguía su fervorosa alocución. Casi sin voz, intenté incluso traerlo de vuelta al mundo. Sin embargo, en aquel momento yo era invisible para él. Un profeta apasionado se había apoderado de mi viejo pariente.

—Los esclavos no dejan recuerdos, ¿sabéis por qué? Porque no tienen tumba. Un día de estos, nadie más tendrá tumba en Kulumani. Y nunca más habrá memoria de que aquí hubo gente...

—Abuelo, vamos a casa...

—Ahora ya no hace falta que nos metan en barcos. Santo Tomé está aquí, en Kulumani. Aquí vivimos todos juntos, esclavos y dueños de esclavos, los pobres y los dueños de la pobreza.

En aquel momento, en el porche ya vacío, contemplé a mi abuelo como si fuese un niño, más solitario y desamparado que yo. Me acerqué a la silla que le servía de púlpito y levanté el brazo bien alto para tocar su mano.

—Vamos, abuelo. Vamos a casa.

Del brazo, tomamos la vereda a la orilla del río.

Diario del cazador (3)

Una carta larga e inacabada

El hombre ve el rocío; la mujer ve la lluvia.

Proverbio de Kulumani

Aquella misma noche, haciendo gala de la hospitalidad más grande, nos acomodaron en el edificio de la administración. Nos sugirieron que apartásemos las pilas de carpetas de archivos y usásemos unos sofás raídos que se pudrían allí. Así improvisaríamos mesas y camas.

Derrochando simpatía, el administrador se despidió, con una sonrisa de oreja a oreja, ya en el umbral de la puerta:

—Mañana vendrá una mujer de la aldea para hacer la limpieza y preparar la comida.

—Debería venir Tandi, nuestra sirvienta —corrige la primera dama—. Lo que pasa es que se ha ido...

—Está indispueta —interrumpe Florindo apresuradamente.

—¿Cómo que está indispueta? ¿Qué palabra es esa, marido? ¿Indispueta?

Makwala empuja a su esposa con firme amabilidad hacia el patio. Fuera, siguen discutiendo. Poco a poco las voces se desvanecen. Parece que se hayan alejado, pero los pasos nerviosos de Naftalinda confirman que regresa, empeñada en dejarnos con su última palabra:

—Solo para que quede claro: indispueta quiere decir atacada, casi muerta. Y no por los leones. En Kulumani, la mayor amenaza no son las fieras del campo. Tengan cuidado, queridos amigos, mucho cuidado.

La mujer vuelve a marcharse y pienso en el milagro de la existencia de una puerta para tanto cuerpo. Paso los dedos por el tablero del escritorio y sonrío: escribiré este diario entre polvo del tiempo y pilas de letra muerta. Este manuscrito no es más que una carta larga e inacabada para Luzilia.

Despierto al escritor con una vehemencia inútil. Hacía poco que el hombre se había dormido, seguro que emergía de un pozo profundo.

—Necesito tu ayuda. Sígueme en coche para alumbrarme el camino...

—¿Qué pasa?

—Esta gente ha sembrado los caminos de trampas.

—¿Y qué?

—Soy un cazador, no me valgo de trampas.

Yo voy a pie, el adormilado escritor conduce el vehículo, despacio, siguiendo mis pasos. Aquí y allá recojo las trampas y las lanzo a la parte trasera del jeep. Más adelante me topo con una construcción hecha de troncos que sobrepasa la altura de un hombre, con un tejado de paja en lo alto.

—Parece una casa —advierde el escritor.

—Es un *utegu*, una trampa para atrapar leones.

Paso una cuerda entre los troncos y la ato al vehículo mientras ordeno a Gustavo que dé marcha atrás para derribar el techo y la empalizada.

—¡Venga, con fuerza, pisa el pedal!

El esfuerzo del motor y mis gritos impacientes hacen que me remonte a la época de mi infancia. Me acuerdo de una vez en que mi padre decidió que lo acompañara a la sabana. Mi madre se oponía enérgicamente: además de los peligros de la caza, estábamos en plena guerra. Discutieron a la puerta de casa; era de madrugada y los gritos de mi madre alertaron a la vecindad. El viejo Baleiro decidió poner fin a la disputa: me empujó dentro del jeep y se encerró conmigo en la cabina. El vehículo dio marcha atrás con tanta precipitación que, de repente, una acometida impetuosa me lanzó contra el cristal delantero, que se hizo añicos. La sangre me escurría caliente por la cara. Recuerdo cómo, llorando en silencio, mi madre me llevó en brazos. Luego, con los brazos teñidos de mi sangre, proclamó con una misteriosa serenidad al depositarme en la cama:

—Para que lo sepas, marido: este niño nunca será cazador.

Una vez retiradas las trampas, regreso a casa y, a la luz de una lámpara de petróleo, abro mi bloc de notas. Reviso, displicente, los detalles del día.

—Así que ¿eres zurdo? —me pregunta el escritor, acercándose.

—Sí, pero para disparar soy diestro.

Con la mano izquierda, le explico con una inspiración súbita, se toma a los niños en brazos. No puede ser la mano que mata.

—¡Qué raro! —reacciona Gustavo—. En la mayoría de las culturas la mano izquierda es la maldita. ¿A qué tribu has ido a buscar ese precepto?

—A la tribu de mi casa, a la tribu de los Baleiro. Hoy, de esa tribu solo quedo yo.

—¿Y qué estás escribiendo, si no es indiscreción?

—Escribo esta historia.

—¿Qué historia?

—La historia de la cacería. Voy a publicar un libro.

Gustavo no disimula una sonrisa nerviosa. La revelación ha sido como un puñetazo en el estómago. Las preguntas se suceden sin interrupción: ¿un libro?... ¿qué editorial lo publicaría?... ¿qué género adoptaría, la novela, el testimonio? No le

dejo terminar la retahíla de dudas e interrogaciones. Para tranquilizarlo le digo:

—Creo que no lo conseguiré.

—¿Y por qué no serías capaz?

—Escribir no es como cazar. Hace falta mucho más valor. Abrir el corazón así, exponerme sin arma, sin defensa...

Gustavo comprende la ironía de mis palabras. Entonces, intenta atacarme en mi propio territorio.

—Ya te he dicho que odio la caza.

—Entonces ¿por qué has venido?

—En este caso no hay otra alternativa para proteger vidas humanas.

—¿Sabes qué te digo? Miedo.

—¿Cómo?

—Que tienes miedo.

—¿Yo?

—Tienes miedo de ti mismo. Tienes miedo de que te cace el animal que vive en ti.

Gustavo da media vuelta, pero yo no desisto: por mucho que viviese en un mundo urbano y moderno, la sabana primitiva seguía estando viva en su interior. Una parte de su alma sería siempre bravía, llena de monstruos indomables.

—Ven conmigo al campo y ya verás: eres un salvaje, querido escritor.

—Llámame lo que quieras, pero no creo que disparar a animales indefensos tenga nada de heroico. No hay gloria en un enfrentamiento tan desigual.

En silencio, saco de una bolsa una garra y un diente de león y lo deposito encima de la mesa.

—¿Qué crees que es esto?

—Partes de un león.

—¿Cómo que partes? Son armas. Estas son las escopetas del león. Como puedes ver, este bicho está más equipado que yo. Así que, ¿quién es el cazador? ¿Él o yo?

—Esta conversación no nos lleva a ninguna parte.

—Déjame decirte que, como reportero, has empezado muy mal.

—Y ¿por qué?

—No has entendido la razón por la que he destrozado todas las trampas.

—Pues tú has empezado aún peor: ni siquiera te has dignado a hablar con la gente antes de destruir lo que han construido con tanto empeño.

—¿Sabes una cosa, escritor? Lo mejor habría sido que en vez de a cazar leones hubiese venido a cazar vampiros. Los vampiros venden bien, tendrías un *best seller* asegurado.

Soplo la vela y la oscuridad invade la habitación. Fuera, la luna llena despierta en mí una inquietud felina. Bajo la cortina de los párpados, vuelvo a acordarme de Luzilia. De repente, sin embargo, me asalta otra imagen. La de una joven negra, guapa. Es una chica local que sonrío junto a un río. No tiene rostro, podría ser

cualquier mujer de la aldea. Esta noche duermo con todas las mujeres de Kulumani.

Apenas me he adormecido cuando oigo rugidos. El mundo se queda en suspenso. No hay silencio que siga al rugido de un león.

—¿Lo has oído? —pregunta el escritor, alborotado.

—Es una leona. Todavía está lejos.

Poco a poco, los rugidos se van desvaneciendo. La oscuridad se calla. Por fin, inauguro mi guerra con la noche.

Desde muy temprano, una mujer llamada Hanifa Assulua está barriendo, lavando, limpiando y calentando agua sin decir ni mu. Su presencia tiene la discreción de una sombra. Solo cuando se va, me dirige la palabra sin levantar la vista del suelo.

—¿Se acuerda de mí? —pregunta.

No me acuerdo. Le explico la circunstancia efímera de mi visita. Ha pasado mucho tiempo desde que vine aquí a dar caza a un cocodrilo. Fueron pocos días y me marché para no volver. Quería disculparme por aquella fortuita descortesía, pero ella parece aliviada por mi falta de memoria.

—Dígame la verdad: ¿ha venido a cazar o ha venido a buscar a alguien a Kulumani?

—¿A quién? No conozco a nadie.

—Es mejor así. Aquí tampoco hay nadie.

Y ese día no me dijo nada más, ni los días siguientes. Circulaba por allí sin cuerpo, sin voz, sin presencia. El escritor ha entendido que esa mujer es el puente para llegar a la comunidad de la aldea. Es más: es la madre de la última víctima de los leones. Por eso, Gustavo sigue como una sombra los pasos de la señora de la limpieza. Hanifa está llenando un bidón de agua cuando el escritor le pregunta sobre las circunstancias que rodearon la muerte de su hija.

—¿Qué pasó aquella noche? ¿Estaba fuera de casa a esas horas?

—El león estaba dentro.

—¿Dentro de la casa?

—Dentro —repite, con una exhalación casi inaudible. Se señala el pecho como si sugiriese otra interioridad. Después abraza el recipiente de agua rechazando la ayuda para colocárselo encima de la cabeza—. Tengo que irme a casa, todavía debo cocinar y preparar la fiesta de recepción.

Se yergue con aplomo, como si el bidón de agua formase parte de su cuerpo,

como si fuese el agua la que la transportara a ella.

El administrador aparece a media mañana para presentarnos al rastreador que nos acompañará durante las cacerías. Se llama Genito Mpepe, es el marido de Hanifa, la mujer que nos limpia la casa. Así nos lo presenta Florindo. Después, con voz velada, añade:

—La chica que ha muerto... era hija de este señor...

Despliego un mapa en la mesa y le pido al hombre que me dé indicaciones sobre los sitios donde fueron atacadas las víctimas.

—Solo sé leer la tierra. Los mapas son un idioma que no conozco.

Así me responde el rastreador. Sus maneras son bruscas, casi groseras. Conozco a este tipo de personas. Rudas en el trato, pero excelentes en el arte de la caza. Sin embargo, algo me hace pensar que Genito alimenta un resentimiento, un dolor contra mí.

—¿Tendré derecho a un arma?

No. Respondo con los mismos términos lacónicos. El administrador intenta romper el hielo exclamando con un entusiasmo inoportuno:

—Nuestro cazador tiene una explicación para los ataques de los leones. Venga, explíqueselo al camarada Genito, tiene que saber...

Para mí era evidente: los campesinos habían exterminado a los animales pequeños, que constituyen el alimento de los grandes carnívoros. Desesperados, estos habían pasado a atacar las aldeas. Las personas son una presa fácil para los leones. Esta ruptura en la cadena alimentaria —esa fue la expresión que empleé con cierta arrogancia— era la razón del comportamiento inusual de los leones.

—¡Cerdos! —sentencia el rastreador, encarándonos.

En un primer momento pensé que nos estaba insultando.

—¡La culpa es de los cerdos! —repite.

El escritor levanta la cara como para decir que no entiende, pero enseguida desiste: no entender se ha convertido en su actividad más fructífera desde su llegada a Kulumani. Entonces, Genito Mpepe concluye:

—Los cerdos son los que han enseñado el camino a los leones.

Los cerdos salvajes visitan los patios de las casas, atraídos por los cultivos que hay alrededor. Los leones han seguido su rastro e invadido, así, el espacio que nunca antes se habían atrevido a traspasar.

Más tarde, mientras ordeno mis pertenencias, sorprendo al escritor espiando mi diario. No lo interrumpo. Dejo que sus dedos voraces hojeen el pequeño cuaderno. Con todo, en vez de enfadarme, aquel interés me llena de una vanidad inesperada. A fin de cuentas, ¿el artista en persona reconocía el valor de mis artes?

No sé —y nunca lo sabré— qué piensa Gustavo de lo que lee. Lo único que sé es que, en un momento determinado, sus manos se estremecen y un brillo ilumina su mirada.

Los papeles que tiemblan en la mano de Gustavo me transportan a la infancia. Vuelvo a ver el día en que obligaron a Rolando a comprobar el verdadero contenido de las misivas que nuestra madre redactaba eternamente. Y mi padre, de brazos cruzados, a la espera de dicho juez supremo. En realidad, yo también me lo preguntaba: ¿las cartas que Martina escribía eran fieles a lo que mi padre dictaba?

Lo que sucedió aquella vez fue que mi padre interrumpió el dictado y permaneció un rato callado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella al verlo absorto.

—No creo que obedezcas lo que te mando escribir —dijo él mientras avanzaba hacia su esposa.

Con brusquedad, Henrique Baleiro arrancó la carta de las manos de su mujer. Giró y volvió a girar la hoja acercándosela a la cara, como si mirase a través del papel. Para mí, aquello era la prueba de una antigua sospecha: mi padre no sabía leer.

—Rolando, hijo mío, ven aquí.

Mi hermano se levantó, temblando del alma a los pies. Nuestro viejo le tendió el cuaderno, clavando la mirada en su primogénito.

—Lee en voz alta lo que pone aquí.

Con los ojos abiertos como platos, Rolando no conseguía enfocar. Los renglones bailaban entre sus manos temblorosas. Tenía la voz hecha un ovillo, sin punta por la que devanar.

—¡Lee!

—¿Por dónde, padre?

—Lee. Lee por donde sea.

La mirada de mi madre era una súplica. Rolando me miró fijamente con asombro y terror. Después, respiró hondo y no lo reconocí cuando su voz planeó por el salón:

—Querido Henrique, mi amado marido...

—Venga, sigue...

—... el único amor de mi vida.

Clavé la mirada en la cara de mi madre y vi la tristeza, la tristeza de toda la humanidad.

Falta poco para que empiece la anunciada fiesta de recepción en el centro de la aldea. El escritor quiere ganar tiempo y aprovechar la hora que queda para hablar con testigos y recabar declaraciones. Lo acompaño. Caminamos a la deriva por los senderos de Kulumani. Yo voy delante a paso militar, con la escopeta en bandolera. El escritor me pregunta una vez más por la utilidad del arma en pleno día, en plena aldea.

—Los animales distinguen de otra manera el día y la noche, el campo y la aldea.

Evalúo ahora la dimensión del poblado. Las chozas se extienden más allá del río y alfombran la ladera de la otra ribera. La aldea ha crecido desde la última vez que estuve aquí. Sin duda, son los refugiados de guerra los que se han instalado a orillas del Lideia.

Los aldeanos nos saludan, cediéndonos el paso en los caminos estrechos. Parece que algunos se acuerdan de mí. Y me prodigo en amabilidad:

—*Umumi?*

—*Nimumi* —me responden alegremente, sorprendidos de que los salude en la lengua local.

Sonríen. Sin embargo, la risa se ahoga en una mirada de aprensión. Estos hombres están hermanados por la misma fragilidad: viven condenados, a la espera del golpe final. Durante siglos han vivido al margen del mundo. Por eso sospechan del interés repentino por su sufrimiento. Esa sospecha explica la reacción de un campesino cuando Gustavo le anuncia la intención de la entrevista:

—Ustedes quieren saber cómo morimos, pero nunca ha venido nadie a saber cómo vivimos.

Unos perros escuálidos atraviesan los caminos como sombras errantes. Con todo, esos canes, esquivos de entrada, se rinden a la más mínima caricia y se acurrucan a nuestro lado como si echasen de menos ser personas. El escritor los llama, quiere hacerles carantoñas. La gente lo mira con extrañeza: no se esperan que acaricie a los perros, mucho menos que hable con ellos. Estos animales domésticos no reciben palabra alguna, ni un resto de alimento: comen apenas lo que cazan, para que no adquieran familiaridades existenciales.

En un abrir y cerrar de ojos se han congregado decenas de curiosos debajo del mango. Es increíble cómo un lugar desierto se llena súbitamente de personas que parecen surgir de la arena. Observo con cinismo ese comercio de intereses. El escritor es un ave de rapiña: pide relatos de guerra. Los aldeanos esperan algún lucro. Un

donativo, en el lenguaje local. ¿Cómo se me puede criticar por mi actividad profesional? ¿Practico la caza? Pues el escritor es un necrófago. Se ha embarcado en este viaje para picotear desgracias entre supervivientes cuyo luto es el silencio.

Hurgar en las heridas del pasado: eso es lo que hace Gustavo al escarbar en la memoria de la guerra civil.

—De los tiempos de guerra, ¿qué es lo que más recuerdan?

—No hay nada que recordar, señor —dice un campesino.

—¿Cómo que no hay nada?

—De la guerra todos volvimos muertos.

Giro la cabeza. No quiero que se vea la venganza que florece en mi sonrisa. No hay guerra que se relate. Donde hay sangre, no hay palabras. El escritor está pidiendo a los muertos que le enseñen sus cicatrices.

En ese instante se me ocurre que lo que me complace de la caza es eso: regresar desde más allá de la vida, exento de ser persona.

El ciego que nos perseguía la noche de la llegada también está en la rueda de entrevistados. En un determinado momento, se apoya en los hombros de quien tiene delante y nos saluda con una actitud pomposa. Sigue descalzo, con la misma ropa de camuflaje.

—¿En qué ejército sirvió usted? —pregunta el escritor.

—En todos —responde sin dilación. Y señalando en mi dirección añade—: Me acuerdo perfectamente de la voz de ese hombre.

—¿De mi voz? No es posible.

—Perdóneme, sin ánimo de ofenderlo, pero me gustaría preguntarle: ¿por qué han llamado a un cazador? Deberían haberme llamado a mí, que soy soldado.

—No entiendo —argumenta el escritor—. ¿Qué tiene que ver esto con los soldados?

—¿Es que no lo ve? Esto, señor mío, no es una cacería. Esto es una guerra.

La guerra es la que explica la tragedia de Kulumani. Esos leones no surgían de la sabana. Nacieron del último conflicto armado. Ahora se repetía el mismo desorden de todas las guerras: la gente se convertía en animal y los animales en personas. Durante los combates, los cadáveres se abandonaban en el campo, en las carreteras. Los leones se los comían. En aquel preciso instante las fieras rompieron el tabú: empezaron a ver a las personas como presas. Por fin, el ciego concluyó su largo discurso:

—Los hombres ya no somos los dueños. Ahora, ellos mandan en nuestro miedo.

Después discurrió con elocuencia y sin interrupción:

—En la época colonial sucedió lo mismo. Los leones me recuerdan a los soldados

del ejército portugués. Habíamos fantaseado tanto con esos portugueses que se volvieron poderosos. Los portugueses no tenían fuerza para ganarnos. Por eso, hicieron que sus víctimas se matasen a sí mismas. Y nosotros, negros, aprendimos a odiarnos a nosotros mismos.

El viejo hablaba como si disertara, cargado de convencimiento. En aquel momento era un soldado. Un uniforme imaginario le ceñía el alma.

El escritor lo sabe: la verdadera entrevista tendrá lugar durante la recepción convenida para la hora del almuerzo en la *shitala*, el soportal en el centro de la aldea. Los hombres se reúnen habitualmente debajo de esa sombra. Las mujeres están excluidas. Ni siquiera osan pasar cerca de aquel espacio cubierto. Florindo Makwala habría preferido que fuese en otro sitio, más moderno, menos influido por la tradición. Pero el escritor ha insistido: de una sentada confrontaría las interpretaciones más diversas sobre los ataques de los felinos.

Cuando por fin desembocamos en el soportal, el administrador todavía no había llegado. Estaba cumpliendo con los protocolos del poder: él era el esperado. Los ancianos se levantan para darnos la bienvenida. Cuando me saludan, sujetan con la mano izquierda el codo derecho. Es una deferencia, una señal de respeto. Quieren decirme que mi brazo es «pesado».

Al final, Florindo Makwala aparece acompañado de su guardaespaldas y un secretario que sostiene una carpeta. Un viejo campesino se levanta, con el debido respeto, y recibe al administrador con las siguientes palabras:

—Nunca antes lo habíamos visto en esta *shitala*. Bienvenido al ombligo de la aldea. Siéntese, pero sepa que aquí hablamos nosotros primero...

—Muy bien —admite el administrador—. Después, al final, yo cerraré la sesión...

El anciano espera a que Florindo se instale e, inmediatamente, nos encara, a Gustavo y a mí, con los brazos en jarras:

—¿Por qué han venido a visitarnos?

—¿No les han informado? —pregunta sorprendido el escritor.

—Queremos saber por qué nos han elegido a nosotros.

—¿Cuál es el problema?

—Los otros, los de las otras aldeas, los que no han recibido visitas, se quejarán. Seremos víctimas de esa envidia, y nosotros, que estamos a punto de morir, aún nos moriremos más por vuestra culpa.

—No podemos ir a visitar a todo el mundo —argumento, uniéndome a los esfuerzos de Gustavo Regalo—. ¿Qué sentido tiene lo que está diciendo? Está muriendo gente, todas las semanas hay una víctima más.

—El tiempo no es una carrera. Las piernas del tiempo están en nosotros mismos. Además, ahora es cuando morirá más gente. Al visitar Kulumani, están llamando a los leones asesinos.

—Si no me quieren aquí, me iré —afirmo levantándome de la silla—. Hoy mismo regresaré a la capital.

El administrador se incorpora, afligido, y con los brazos ordena que se siente todo el mundo. Después se dirige a la asamblea en maconde. Se supone que quiere corregir los posibles equívocos. Se hace el silencio. El anciano preocupado acaba sonriendo y se dirige a nosotros en portugués:

—De acuerdo. Vamos a comer primero. Hablaremos luego, que con la barriga llena se conversa mejor.

Nos ofrecen un plato de harina de maíz cocida, que aquí se llama *shima*. En el centro hay una olla enorme repleta de trozos de cabrito. En ella están todos los pedazos del animal: la cabeza, las patas, la carne, los cuernos. Me limito a la harina, regada con una salsa cuya naturaleza prefiero ignorar.

—Déjese de ceremonias —me anima Makwala—. Este es el cabrito que ustedes han ofrecido a la población.

Nos sirven *lipa* y *ugwalwa*, bebidas fermentadas, y no cometo la descortesía de no aceptar, aunque solo me moje los labios. Antes de la comida había circulado una palangana de agua tibia para que nos lavásemos las manos. Sin trapo, dejé que el agua me escurriera por los brazos caídos. Comemos en silencio. Se oye el masticar febril de la carne. Solo cuando los huesos, ya limpios, regresan a la olla, alguien nos dirige la palabra. El anciano tenía razón: el ambiente se ha destensado, hay risas, se hacen bromas. A Gustavo y a mí nos preguntan si tenemos mujer. Ante la respuesta negativa, todos se miran entre sí.

—¿Ninguno de los dos está casado?

De repente vuelve a instalarse la sospecha: ¿tan hombres y tan solteros? Solo podíamos ser hechiceros, solo ellos permanecen solitarios la vida entera.

—Perdónenme que lo dude, pero ¿ustedes viven en la ideología de Dios?

El anciano vuelve a la carga. Comenta el hecho de que hayamos rechazado servirnos de la olla grande. ¿Quién en este mundo rehúsa semejante invitación?

—Están equivocados, hermanos. Esos, los blancos, comen carne todos los días. Y es esa gula la que acabará con el mundo.

—El problema —corrige otro campesino— no es lo que comen, sino cómo comen.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Gustavo.

—Ustedes comen solos. Quien hace eso son los hechiceros.

Y el hombre amasa con la mano un poco de *shima*, la moja lentamente en el guisado de coles y lo deja gotear antes de llevárselo a la boca.

—Los que comen solos esconden algo. Puede estar seguro, señor Escopeta, de que no somos nosotros los que les recibimos mal. Son ustedes los que han llegado

mal.

—Olvidémonos de todo esto —proclama, conciliador, el escritor—. Lo que quiero preguntar es lo siguiente: ¿esos leones que han aparecido son de verdad?

—¿Cómo que si son de verdad? —preguntan, a coro, los presentes.

Explican su asombro: existe el león de la sabana, que aquí se llama *ntumi va kuvapila*; existe el león fabricado, al que conocen por *ntumi ku lambidyanga*; y existen los hombres leones, llamados *ntumi va vanu*.

—Y todos son de verdad —concluyen por unanimidad.

Inesperadamente, una voz femenina se hace sentir, herética e imprevista:

—La cacería debería ser otra. ¡Los enemigos de Kulumani están aquí, están en esta asamblea!

La intervención alarma a todos los presentes. Sorprendidos, los hombres miran a la intrusa. Es Naftalinda, la esposa del administrador. Y está desafiando la más antigua de las prohibiciones: las mujeres no entran en la *shitala*. Y mucho menos están autorizadas a emitir una opinión sobre asuntos de tamaña gravedad. El administrador acude para rectificar el incidente:

—Camarada primera dama, por favor, este es un encuentro privado...

—¿Privado? Aquí no hay nada privado. Y no me miren así, que no les tengo miedo. Soy como los leones que nos atacan: he perdido el miedo a los hombres.

—Naftalinda, por favor, estamos reunidos aquí según dicta la antigua tradición —solicita Makwala.

—Una mujer ha sido violada y casi asesinada en esta aldea. Y no lo han hecho los leones. Ya no existe ningún lugar prohibido para mí.

Avanza con arrogancia entre los ancianos, sonríe con desdén al administrador y se detiene, por fin, delante de mí:

—Ha vuelto a Kulumani, Arcángel Baleiro, ¿no? Pues dé caza a esos violadores de mujeres.

—Querida, tienes que pedir la palabra —le advierte Florindo Makwala.

—La palabra es mía, no se la tengo que pedir a nadie. Estoy hablando con usted, Arcángel Baleiro. Apunte el arma a otro objetivo.

—¿Qué estás diciendo, esposa?

—Fingen estar preocupados por los leones que nos quitan la vida. Yo, como mujer, pregunto: ¿qué vida nos queda todavía que nos puedan quitar?

—Querida Naftalinda, por el amor de Dios. Hay una agenda para esta reunión.

—¿Sabe por qué no dejan hablar a las mujeres? Porque ya están muertas. Esos de ahí, los poderosos del gobierno, esos ricos de ahora, las usan para trabajar en sus campos.

—Maliqueto, por favor, llévese a la primera dama. Está interrumpiendo nuestro *workshop*.

—Unos pocos se hacen ricos. Hay muertos que trabajan de noche para que unos pocos se hagan ricos.

Una riña se apodera del lugar. De pronto, ya nadie habla en portugués. Aquella pelea sucede en otro mundo. En un mundo donde, para entenderse, muertos y vivos carecen de traducción.

Versión de Mariamar (4)
La carretera ciega

Una palabra que no puede salir de la boca acaba convirtiéndose en baba ponzoñosa.

Proverbio africano

Hoy mi madre me ha informado de que trabaja como asistenta en la casa del administrador, donde se hospeda Arcángel Baleiro. Todos los días se cruza con mi cazador. Quizás lo haga a propósito, para humillarme. Sin que le pregunte nada, mi madre se anticipa:

—Ese Arcángel ha venido enfermo, la enfermedad de los cazadores ya ha entrado en su cuerpo.

Si su intención era herirme, respondo simulando desinterés. No quiero saber nada. Mi nación ya no es solo la aldea, ni siquiera mi casa: es este rincón solitario. El patio en el que estoy confinada.

Observo mis piernas y pienso en lo prescindibles que me resultan ahora. Siento nostalgia de cuando, hace tiempo, me quedé paralizada, como si las extremidades inferiores no hablasen el mismo idioma que el resto del cuerpo. Eso es lo que hoy anhelo: un idioma que el cuerpo no entienda y que no pueda hablar más que en sueños.

«Las piernas nacen en la cabeza, todo el cuerpo empieza en la cabeza, como los ríos descienden del cielo.» Eso decía Adjiru Kapitamoro, mi queridísimo abuelo, y aún hoy creo que tenía razón. Mis piernas se adormecieron cuando mi cabeza despertó. Un día, cuando tenía doce años, me desplomé a los pies de la cama como un saco vacío. La familia se reunió, Adjiru tiró a mi padre de la chaqueta:

—¿Has sido tú, Genito?

Me apresuré a responder, protegiendo a mi padre. Que él no tenía la culpa, que no había que dar explicaciones. Solo había tenido pesadillas aquella noche y visiones que no me atrevía a recordar. Me incorporaron a pulso y volví a desmoronarme, sin fuerza interior.

—Tenía que pasar justo ahora, en medio de toda esta guerra —se lamentó mi padre—. Ahora será una carga más.

—¿Desde cuándo tu hija es una carga? —inquirió Adjiru.

En la infancia, el cuerpo sirve únicamente para una cosa: jugar. Sin embargo, en Kulumani eso no era así. Los niños de la aldea les pedían a las piernas que los ayudasen a escapar, frente a los disparos, a más velocidad que las balas. Era la época

en que las armas barrían nuestras poblaciones. Al atardecer, el ritual era siempre el mismo: empaquetábamos nuestras pertenencias y nos escondíamos entre la maleza. Para mí, esa manera de proceder era como un juego, una diversión compartida con los demás niños. En un mundo de pólvora y sangre inventábamos juegos silenciosos. En aquel escondrijo nocturno aprendí a reírme hacia dentro, a gritar sin voz, a soñar sin sueño. Hasta el día en que la mitad inferior de mí dejó de pertenecerme y caí tendida a los pies de la cama.

Después de la parálisis, era el abuelo Adjiru quien venía a buscarme al atardecer y me tomaba en brazos para llevarme al escondite en el campo. Todos los demás ya se habían ido, solo quedábamos los objetos sin valor desparramados por el suelo de la casa y yo. Mientras esperaba los brazos salvadores de mi abuelo en la soledad de la habitación, una certeza se afianzaba en mí: yo era una cosa y sería enterrada como un objeto en el polvo de Kulumani.

Yo, Mariamar Mpepe, estaba doblemente condenada: a tener un único lugar y a ser una única vida. Una mujer estéril en Kulumani es menos que una cosa. Es una simple inexistencia. La culpa de que yo sea así, decían, era de mi madre. Hanifa Assulua, decían, había sido maldecida. Presionada por los curas católicos, su familia se negó a someterla a los rituales de iniciación. Mi madre era una *namaku*, una muchacha que aún no ha hecho la transición a mujer. La bautizaron en la iglesia, pero no había pasado por la ceremonia de los *ingoma*, el ritual que nos autoriza a cumplir edad. Hanifa estaba condenada a ser una niña eterna.

Mi padre tenía razón: después del entorpecimiento de las extremidades, me convertí en un estorbo. Con todo, él ignoraba que me estaba pasando algo más grave que la parálisis. Es verdad que los ataques de hambre habían ido remitiendo. En cambio, empecé a padecer unas crisis insólitas. Me acometían al final de la tarde, antes de que nos vinieran a buscar para llevarnos al escondite del bosque. Silência era la única que sabía lo que sucedía en nuestro cuarto. En aquellos ataques, según decía mi hermana, me distanciaba de todo lo conocido: andaba a gatas con una destreza de cuadrúpedo, mis uñas rascaban las paredes y mis ojos daban vueltas sin parar. El hambre y la sed me hacían rugir y echar espuma. Para aplacar mi ira, Silência repartía por el suelo platos de comida y cuencos con agua. Mi hermana, acorralada en un rincón, aterrorizada y anegada en llanto, rezaba para no verme nunca más lamiendo el agua y mordiendo los platos.

—Es un hechizo, solo puede ser un hechizo —suspiraba.

A la desesperada, Silência reprodujo a la puerta de nuestra casa el mito de la fundación de nuestra tribu: enterró en el patio una estatuilla que mi abuelo había esculpido en secreto. La leyenda decía que una escultura de madera enterrada por el primer hombre en la arena de la sabana se convirtió en la primera mujer. Ese milagro aconteció al principio del mundo, pero Silência rezó varias noches seguidas para que, en nuestro patio, aquel trocito de madera recibiese el aliento de la vida.

La estatua nunca adquirió alma, pero cada vez que notaba que se avecinaba un ataque, Silência corría a traerme la pequeña centinela de madera. Entonces yo mecía la escultura como si fuese hija mía y, con aquel vaivén, nacía en mí la serenidad de una madre. Después, a cuatro patas, transportaba con los dientes, como hacen las gatas, la muñeca que yo imaginaba mi hija legítima.

Puede que mis piernas estuvieran muertas, pero nunca fui prisionera de mí misma. Todas las mañanas, las voces de la chiquillería irrumpían en nuestro patio.

—¡Sube, Mariamar, súbete encima!

Los muchachos se relevaban para cargarme a cuestras y llevarme lejos en alegres correrías. A caballito, como una niña pequeña, no había juego que no probase. Hoy puedo decir que ejercí mi infancia por delegación de otros niños. Colgada de cualquier cuello, a horcajadas en una espalda anónima, no me di cuenta de cuánto se me aplastaba el pecho contra el sudor de los chicos.

—De esa manera no te crecerán nunca las tetas —me advertía mi hermana Silência.

Los senos, en Kulumani, son una señal: por su volumen, las madres saben cuándo deben someter a sus hijas a los rituales de iniciación. Lo que para mí era un juego inocente, para la aldea era una afrenta. Las mujeres me veían a espaldas de los muchachos y, preocupadas, me volvían la cara. En esa posición, a caballito, las madrinas, las llamadas *mbwanas*, transportan a las niñas a las ceremonias donde van a convertirse en mujeres. Eso era lo que las mujeres no me perdonaban: que yo me anticipase y trastornara un momento que se consideraba recatado y sagrado. Hija y nieta de asimilados, yo no tenía cabida en un mundo guiado por mandamientos arcaicos. Mi pecado se volvía más grave debido a los tiempos de crisis en que vivíamos. Cuantas más certezas nos robaba la guerra, más carecíamos de la seguridad de un pasado hecho de orden y obediencia.

Un día, un grupo de chicos fue a la villa de Palma y robó un ataúd sin usar. Lo trajeron de noche y me dijeron:

—Esta es tu camilla.

A partir de entonces, empezaron a transportarme a todas partes en ese ataúd. Sentada en aquellas andas, veía cómo la gente se inmovilizaba para dedicarme honores que nunca nadie me había brindado antes. Mecida por aquella veneración unánime, declaré:

—Madre, quiero vivir siempre en un ataúd.

Sin embargo, toda esa deferencia acabó por impedirme entender que, a fin de cuentas, aquello no era sino triste vanidad: había que dejar de existir para que advirtiesen mi existencia. Debería haber echado de menos aquel otro refugio vivo en el que había jugado: la espalda de los otros niños. Pero no. Meciéndome en mi trono improvisado, en mi pecho iban creciendo veleidades de reina:

—¡Ahora es cuando me van a crecer las tetas!

—No quieras crecer, hermana, no quieras ser mujer —me aconsejó Silência.

Un día el ataúd amaneció completamente despedazado. Lo había roto el abuelo Adjiru Kapitamoro. De golpe y porrazo, nuestro pariente más anciano avanzó por el patio y destrozó la caja de madera. Todavía puedo oír cómo chillaba a mis padres:

—¿Cómo habéis permitido semejante juego? Por el amor de Dios, es una niña...

Recuerdo haber llorado ante las tablas rotas. Al verme excavar con furia en la arena, Silência creyó que estaba buscando la estatuilla que ella misma había plantado en el patio. Sin embargo, el agujero tenía otra finalidad:

—Voy a enterrar mi ataúd.

Todo eso sucedió antes de la mañana inolvidable en que, con los zapatos puestos y el pelo repeinado, mi abuelo me invitó a salir. No dio muchas explicaciones. Solo las enigmáticas palabras: «Vas a recibir las aguas de Dios».

Estaba acostumbrada a sus extravagancias. Fue él quien, cuando yo estaba aún en estado artesanal, me concedió este nombre, mi nombre definitivo: Mariamar.

—No solo te doy un nombre —dijo—. Te doy un barco entre mar y amar.

Esas fueron sus palabras en mi segundo bautismo. Y dijo más: que yo no necesitaba ningún ritual para ser mujer. La mujer que yo sería estaba ya dentro de mí.

Aquella mañana en la que Adjiru vino a buscarme..., esa mañana se estrenaba un día en el que el mundo adviene. En un instante, los preparativos de salida se cumplieron: un peine de madera aró mi pelo enmarañado y mis pies se comprimieron al encuentro de un calzado improvisado.

—¿Ya te has puesto los zapatos? —comprobó mi abuelo.

¿Para qué calzarme? Hacía mucho que los zapatos eran, en mí, una simple decoración.

—¿Mis padres saben adónde vamos?

—No tengas miedo, soy tu antepasado principal.

Y fue soltando palabras mientras me arreglaba el pelo.

—Entrégate a la bendición, querida nieta. En ti se hará el milagro.

—¿Qué milagro, abuelo?

—Volverás a andar.

Ya se tratase de una enfermedad, ya se tratase de una maldición, él no podía resignarse a verme rebajada a la condición de animal. Respiró hondo antes de proclamar:

—Uno de nuestros proverbios dice así: «Si eres capaz de hablar, eres capaz de cantar; si eres capaz de caminar, puedes bailar». Pues tú vas a cantar, tú vas a bailar, mi nieta querida.

Miré su brazo como si fuese mi prolongación. Y, de hecho, lo era. ¿Cómo lograría cortar yo algún día mi segundo cordón umbilical? Ajeno a mis pensamientos, transportándome en una carretilla, Adjiru Kapitamoro cruzó la aldea con las veleidades de quien está inaugurando la plaza.

Muy tieso a la puerta de la iglesia esperaba el padre Manuel Amoroso. El misionero portugués era el único blanco que conocíamos. El hombre se distinguía no por el color de la piel, ni por la lengua que hablaba, ni por la indumentaria con la que se vestía. Lo que lo diferenciaba era que no se le conocía mujer alguna. Ni hijos que le siguiesen los pasos.

—¡Adjiru Kapitamoro! —anunció el cura, adornando cada sílaba como si tararease una alegre canción.

—Soy yo, padre.

Por primera vez, la voz de mi abuelo me pareció frágil, en busca de amparo. Lo miré a contraluz como para confirmar su estatura. Y respiré de nuevo: por detrás de su imagen se erguía, soberana, la torre de la iglesia. Allí empezaban los caminos verticales hacia el firmamento. Estar al lado de Dios me pareció, entonces, un esfuerzo de alpinismo. La iglesia no invitaba ya a entrar, sino a subir.

Tardé en habituarme a la luminosidad del interior. Poco a poco me fui rindiendo: nunca había visto una casa con tanta pared. En el centro del edificio reinaba la misma cruz que colgaba del pecho de Amoroso, ampliada. En la madera del crucifijo reposaba el segundo hombre blanco de este mundo: con barba, medio desnudo y lleno

de heridas.

—Arrodíllate ante Cristo —ordenó Amoroso.

—No puede, padre. ¿Ha olvidado por qué ha venido aquí, a la misión?

—Ayudémosla. Tiene que hacerlo.

Los dos hombres me sostuvieron de los brazos para después soltarme. Me desplomé como un trapo mojado. Me desparramé por el suelo de piedra y me quedé mirando a Amoroso y a Jesucristo desde aquel ángulo. Los dos blancos se parecían: tristes y abatidos como si la vida pasase siempre en otro sitio, en un lugar inaccesible. Cristo exhibía sus heridas, Amoroso mostraba su mirada de viudo. Ambos nos llamaban a la gran familia de los sufridores. A la familia de los que solo en el sufrimiento se sienten cerca de Dios.

—Entonces, ¿ya ha tomado una decisión sobre mi niña? —preguntó el cura.

El adjetivo posesivo irritó a mi abuelo. ¿Mi niña?

—Esta niña, mi nieta, será siempre mía, la dejo aquí un tiempo, solo hasta que vuelva a andar —esas fueron sus airadas palabras a la salida de la iglesia—. Yo mismo vendré a buscarla para llevármela, por su propio pie, de vuelta a casa —prometió, enfático, mi abuelo.

El sacerdote portugués pareció no escucharlo. Contemplaba, embebido, el techo de la iglesia como si mirase más allá de lo que veía. Se quedó inmóvil, sin advertir que Adjiru ya se había marchado. Estaba satisfecho: en una región predominantemente musulmana, la demostración de un milagro podría reportar creyentes y beneficios. Sonriendo, me dijo:

—Tu querido abuelo, cuando se muera, irá directo al cielo.

—¡Mi abuelo no se va a morir nunca!

Para mí, Adjiru Kapitamoro tenía la misma vida que un árbol: siendo suelo, ya pertenecía al cielo.

Durante los dos años que pasé en la misión, las visitas de mi abuelo eran mi sol. En algunas ocasiones se quedaba callado mirando el horizonte. Otras veces quería saber si Dios me prestaba atención.

—¿Y qué tal van las letras? —me preguntaba.

—Siempre escribo, abuelo. ¿Quiere leer?

—No, hija mía. Si leo yo, ¿sabes qué sucederá? Que dejaré de ver el mundo. Léeme la historia de la reina de Egipto.

Era su texto preferido. Me lo sabía de memoria y al dedillo. Mi abuelo cerraba los ojos y yo recitaba, siempre con el mismo tono:

Se cuenta que Ra, el dios del Sol del Antiguo Egipto, cansado de los pecados de los hombres creó a la diosa Sejmet para castigar a quienes tenían que ser castigados. Y es lo que hizo la diosa, dicen, incluso con un celo excesivo. La venganza de Sejmet recayó también sobre gente inocente. Desesperados, los seguidores de Ra pidieron ayuda a su dios, pero este no los pudo ayudar. Entonces, los egipcios tuvieron la idea de preparar una bebida del color de la sangre y emborracharon a la diosa. Así las cosas, ella se quedó dormida y volvió a ser recogida por Ra.

Una vez terminada la narración, mi abuelo permanecía con los ojos cerrados. Después me besaba las manos y decía: «Mi diosa eres tú, querida nieta».

La presencia constante de Adjiru en la misión me tranquilizaba, pero engrandecía otras ausencias. Una vez, vencí el miedo:

—Dígame, abuelo: ¿mis padres están enojados conmigo?

—Es que ahora la guerra es a tiempo completo. Por eso no te visitan. Todos se han ido, solo quedamos yo y unos cuantos como yo, de esos que no cuentan.

—¿No tiene miedo de que lo maten?

—Soy tan flacucho que no hay tiro que me alcance.

En realidad, fuera, los disparos y las explosiones aumentaban. El padre Amoroso estaba muy solicitado para funerales cada vez más frecuentes, cada vez más lejanos. La población de Kulumani, incluyendo a mis padres, hacía meses que se había trasladado a Palma. Ya no vivían allí más que Adjiru y sus cinco hermanos. Estaban convencidos de que, por ser viejos, se ahorrarían la muerte. Sin embargo, lo que los salvaba no era la edad: pagaban por su seguridad. Lo que cazaban se lo daban a los soldados de uno y otro ejército.

—Es así, Mariamar —me recordaba Adjiru—. En la guerra se mata a los pobres. En la paz, los pobres se mueren.

Una vez, el clan de los Kapitamoros trajo a la iglesia al hermano mayor. Su nombre era Vicente y venía herido, desvaído, con los pies desmayados surcando el suelo. Sujeto por los brazos, Vicente entró en el recinto sagrado sin distinguir un

palmo en la penumbra reinante. Aunque estaba ciego, fue él quien condujo a los hermanos. Conocía la iglesia como la palma de su mano. Había construido aquellas paredes que, ahora, le daban abrigo.

Lo sentaron en un banco corrido de madera, lo sujetaron hombro con hombro. Adjiru se acercó al sacerdote y le dijo, entre la súplica y la amenaza:

—Esta es la casa de Dios, aquí nadie puede morir. ¿Me ha oído bien, padre Amoroso?

—Oremos, hijo mío, oremos.

Los Kapitamos rezaron a voz en grito y nunca nadie había rezado antes tan inoportunamente ante un altar. El vocerío de los hermanos enloquecidos era intimidatorio: que los divinos se anduvieran con cuidado en caso de que no se produjese el milagro.

Al principio, todavía se podía oír el balbuceo de aquel pariente herido. Lo que él pedía era, no obstante, justo lo contrario que sus hermanos: que el Creador lo dejase partir, harto como estaba de sufrir. Lo que sucedió a continuación fue la prueba exacta de que Dios no escucha a los que más gritan. Vicente Kapitamoro expiró sin que nadie se diera cuenta, con los dedos devotos entrelazados y la cabeza apoyada en las rodillas.

Aquel incidente supuso un golpe en la fe de Adjiru. En adelante, dejó de ir a misa. Se quedaba en la puerta de la iglesia y les pedía a sus hermanos que entrasen y rezasen en su nombre. Que se hicieran pasar por él, que tomasen prestado su nombre y su alma, eso era lo que les solicitaba.

—Nos parecemos mucho, Dios no lo va a notar.

El padre Amoroso, insatisfecho, hizo las debidas cuentas. Estaba desilusionado con la actitud de Adjiru Kapitamoro. Aun así, no podía enfrentarse con tan eminente figura en la aldea. Dejó que el tiempo le trajese inspiración. Y el tiempo trajo la paz. Poco a poco Kulumani recuperó la animación que parecía malograda para siempre. Las heridas de la Historia sanaron, la armonía perdida se restauró. El misionero consideró oportuno aprovechar la ola de reconciliación y pidió a Adjiru un encuentro en el patio de la iglesia para recordarle sus obligaciones sagradas.

—Mañana celebraré una misa por el alma de tu hermano Vicente.

—Querido padre, con el debido respeto: yo no iré.

—¿Y por qué no vendrá?

—Iré a la *matanga*, a nuestra ceremonia de los muertos.

—¿Y cómo se justificará ante Dios?

—Me justifico ante Nungu, nuestro Dios. Con el debido respeto.

Durante años lo habían criticado por acercarse a la misión, convertirse al catolicismo y, en palabras de los habitantes de Kulumani, haberse vuelto un *vamissau*. En su propia defensa, había argumentado: «Los demás tienen los tambores, yo tengo la Biblia». Al principio, la intención de Adjiru en aquella aparente conversión todavía era la de poner los tambores en manos de Dios, hacer bailar al

libro sagrado. Por eso había instruido a Mariamar en las artes de la danza. Ahora, por el contrario, ya no había intención alguna.

Refiriéndose a la inspiración divina, el padre Amoroso fue desgranando un largo rosario de argumentos. La mano de Dios, dijo, es la de un guía ciego. Lo que esa mano pretende es que seamos dueños de caminos. Pero los caminos duran lo que dura una estrella: cuando los vemos, ya hace mucho que han dejado de existir.

—Todo eso no son más que palabras. ¿Qué mano de Dios señala el camino de la guerra, señor Amoroso?

—¿Por qué me llama señor? ¿Por qué ya no me llama padre?

—Vive encerrado. Mire lo que pasa ahí fuera. Verá que, a veces, los dioses mueren en las guerras...

—¿Cómo se atreve a hablar así en plena casa de Dios?

—Esta iglesia la construí yo. Mis hermanos y yo. Empezamos su construcción cuando todavía éramos esclavos.

Hizo una pausa, midió sus palabras y acabó desahogándose, sin pena, como si estuviese entre amigos:

—En aquel momento deberíamos haber tirado la iglesia al río.

—¡Dios me libre!

De puntillas, con la voz trémula de emoción, todo en el cura contrastaba con la tranquilidad de mi abuelo:

—¿Quería ver un milagro, Adjiru? Pues mire a su nieta —y dirigiéndose a mí, ordenó—: Muéstrale, Mariamar, muéstraselo...

Me levanté y caminé hacia Adjiru. Las piernas bamboleantes, pero con pasos firmes. Mi abuelo no pareció sorprenderse.

—Mariamar ya anda, me siento muy feliz. Mas yo le pregunto, señor padre, ¿le ha enseñado a dar patadas?

—¿Patadas? ¿Acaso eso se le enseña a una niña?

—Justamente, padre. Justamente por eso, porque es una niña, debe aprender a dar puñetazos, mordiscos, patadas...

—Esas no son palabras de un creyente. Aquí enseñamos a amar al prójimo.

—De quien más hay que defenderse es precisamente de los más prójimos.

Se levantó y empezó a dar vueltas a mi alrededor golpeándose el pecho con las manos, como si fuera un tambor; luego empezó a ondular los brazos. Mi abuelo sabía que el cura nos prohibía bailar.

—¿Todavía sabes bailar, Mariamar? Vamos, demuéstreme que aún sabes levantar el polvo.

La mirada vigilante del padre Amoroso no me autorizaba a bailar. Ensayé unos pasos torpes por la sala y, sin esperar más, mi abuelo alzó el brazo suspendiendo el patético espectáculo. En tono seco ordenó:

—Ve a hacer la maleta, que mañana vendré a buscarte.

Al día siguiente regresó con una carretilla. Tuve que recordarle que ya podía

andar por mi propio pie. Perentorio, señaló el tosco vehículo y me preguntó:

—Hija mía, ¿sabes qué día es hoy?

—¿Hoy?

—Hoy cumples dieciséis años. Tienes derecho a que te lleven.

Montada en la carretilla recorrí la aldea, oyendo a mis espaldas los gritos desesperados del misionero:

—¡Mariamar ya anda, es un milagro de Dios! ¡Es un milagro! Va en carretilla, pero camina perfectamente. ¡Venid a verlo, es un milagro!

Estupefacta, eché una ojeada a mi alrededor. Hacía meses que no salía de la misión. Kulumani estaba irreconocible. La gente había vuelto a la aldea con el final de la guerra. Mi familia también se había vuelto a instalar en nuestra antigua casa. Y los habitantes parecían haberse multiplicado. Una multitud de vendedores llenaba la carretera que nos unía a Palma.

En casa, solo Silência festejó mi regreso. Mi madre estaba cribando arroz y levantó la cara, sin asomo de entusiasmo. Fui yo la que habló, tras un largo silencio:

—El abuelo dice que hoy es mi cumpleaños.

—El abuelo se inventa el calendario. Por eso todavía no se ha muerto.

—Sea el día que sea, volver es bueno. Volver ahora que hay paz...

Sin quitar la vista del cedazo, Hanifa Assulua protestó a la sordina. ¿Estaba hablando de paz? ¿De qué paz?

—Quizás para ellos, para los hombres —dijo—. Porque nosotras, las mujeres, seguimos despertándonos todas las mañanas para una guerra antigua e interminable.

Hanifa Assulua no tenía dudas sobre la condición de las mujeres de Kulumani. Amanecíamos de madrugada como soldados somnolientos y recorríamos el día como si la Vida fuese nuestra enemiga. Regresábamos de noche sin que nada ni nadie nos reconfortase de las batallas a las que nos habíamos enfrentado. Mi madre desgranó esa retahíla de reproches sin tomar aliento, como si fuese algo que hacía mucho tiempo que quería decir.

—Por eso, hija mía, deja en la misión esa cháchara de la paz. Durante todo este tiempo que tú has vivido allí, nosotros hemos tenido que sobrevivir aquí.

Me acusaba. Como si yo tuviese la culpa no solo de su soledad, sino de la infelicidad de todas las mujeres. Atravesé el pasillo con el paso apenado de la prisionera que regresa a la celda.

Diario del cazador (4)

Rituales y emboscadas

Donde los hombres pueden ser dioses, los animales pueden ser hombres.

Cuadernos del escritor

Hanifa viene a llamarme bien entrada la noche. Está tan alarmada que decido seguirla sin cambiarme de ropa. Con una camiseta larga que me tapa las rodillas, parezco un fantasma incompetente.

—Los leones han llegado a mi casa.

Desde que anocheció rondan la aldea. Hanifa los había oído de lejos.

—Yo no he oído nada —confieso.

La mujer no tiene dudas. Son unos tres y caminan en dirección a la aldea. Ya no los volveríamos a oír. A medida que se acercan se van haciendo más cautelosos. Cargo el arma y salgo al exterior, midiendo la oscuridad y el silencio. Hanifa viene detrás de mí. El escritor, encogido por el miedo, cierra el cortejo. En un instante llegamos al patio de la casa del matrimonio Mpepe.

—No encienda la linterna, señor escritor —pide la mujer sigilosamente.

—¿Y cómo veo dónde piso? —pregunta Gustavo.

—¡Silencio los dos! ¡Y usted, Hanifa, llame ahora mismo a Genito! —ordeno.

—Está durmiendo.

De repente, Hanifa señala unos arbustos que se mueven y me incita:

—¡Dispare, son los leones! ¡Dispare!

El dedo índice se tensa en el gatillo. En ese arco de huesos y nervios reside la decisión de los dioses: borrar una vida en el deflagrar de un relámpago. Sin embargo, en este caso, el dedo, tembloroso, duda. Ese retraso es providencial: una silueta emerge de la penumbra con las manos en alto como un espantapájaros borracho.

—¡No dispare, soy yo, Genito!

El rastreador había ido a comprar aguardiente a la población vecina. Enarbola una botella a modo de prueba.

—Ahora entra, Hanifa. Sabes que no quiero que estés aquí de noche.

—Su esposa ha venido a avisarnos —la justifica el escritor— porque creía que los leones rondaban por aquí.

El rastreador mira hacia los matorrales de los que acaba de salir. Sacude la cabeza, se lleva la botella a la boca y se sirve generosamente. Confirma que su esposa ha entrado en casa. Se sienta en el suelo y nos invita a beber con él. Ninguno de nosotros acepta. Nos quedamos mirando las estrellas hasta que Genito rompe el silencio.

—Hanifa sabía que era yo. Ella sabía que yo iba a llegar.

—No lo entiendo —dice Gustavo.

—¿Sabe qué ha pasado aquí? Una emboscada. Hanifa quiere matarme.

—Vaya por Dios, qué disparate...

—Hanifa piensa que tengo la culpa de cosas terribles.

—¿Qué cosas?

—Cosas nuestras. Ya saben: aquí no hay policía, no hay gobierno, e incluso Dios solo lo hay a veces.

En casa saco las balas del cargador de la escopeta y aprieto, repetidas veces, el gatillo con el dedo. Un temblor intermitente subsiste, pero en general mi cuerpo obedece con prontitud. Como siempre, tardo en reconciliarme con el sueño. Con la mirada clavada en el techo, rememoro la última visita al centro psiquiátrico. No se me va de la cabeza la despedida de Rolando, sus manos alargadas como alas se arremolinan ciegas por la habitación. Así permanezco un rato. Como dicen en Kulumani, la noche solo acaba cuando se callan las lechuzas. Sin la presencia de esas aves, la noche no tiene techo. Y existen, sin que ellos mismos lo sepan, quienes espantan a esas aves agoreras. Y a esos ahuyentadores de lechuzas les debemos el despuntar de un nuevo día. Las manos de Rolando fabrican, desde la lejanía, cada uno de mis insomnios.

Por la mañana temprano, el administrador entra en nuestros aposentos, presuroso y furtivo, como si lo persiguieran los leones. Echa un vistazo a la calle antes de cerrar la puerta, se enjuga la frente con un pañuelo y, después, se desploma en el sofá de escay negro.

—Mi esposa no puede verme aquí. ¡Esa mujer está insoportable!

El hombre explica sus razones precipitadamente. Tenía miedo de que nos hubiésemos llevado una impresión equivocada de lo sucedido en el encuentro en la *shitala*. Lo que allí se puso de manifiesto fue la envidia. El cáncer de nuestra sociedad, según sus palabras. Fue justo ese cáncer el que provocó la destitución de un adjunto suyo en la administración. Se destruyó sumariamente la carrera de un veterano, un cuadro del partido, de nombre Simão Mutapa.

—¿No quieren encender el ventilador? El generador está encendido, la compañía ha mandado más combustible...

El administrador señala en nuestra dirección un ruidoso ventilador. Nos quedamos un rato mirándonos los unos a los otros, callados, esperando a que recupere el aliento. Retoma la palabra para explicarnos que, antes de que llegáramos, el pueblo ya tenía

inventados a los culpables de los tristes acontecimientos.

—Acusaron a Simão Mutapa de la maldición.

Por la aldea se había propagado el rumor de que la familia Mutapa tenía poderes ocultos. Se decía que era en casa de Simão donde se fabricaban los leones. Esclarecerlo sirvió de bien poco, y de bien poco sirvió que las autoridades provinciales enviaran una comisión de investigación. Mutapa abrió su casa y expuso su intimidad para probar su inocencia. Escudriñaron su residencia, el patio, su lugar de trabajo. No encontraron ninguna *mintela*, ningún material de esos con los que se fabrican leones. Pero estaba escrito que él era un hacedor de leones.

—¿Y en qué consisten esas *mintela*? —quiere saber el escritor.

Antiguamente, las *mintela* solo eran raíces, cortezas y huesos. Ahora, los artefactos mágicos incluyen desperdicios de la modernidad urbana: ácido de baterías de coches, viejas carcasas de teléfonos móviles, teclados de ordenador.

—Debió de haber una razón para tanta sospecha —insiste Gustavo.

El fundamento de la sospecha era únicamente uno: los Mutapa acumulaban posesiones. Para cualquiera de nosotros, los bienes de aquel funcionario eran escasos, casi invisibles. Unos pocos pies de caña de azúcar, unas cuantas bananeras y un alambique donde sus hijas producían *lipa*. A ojos de la aldea, sin embargo, aquella riqueza era enorme e inexplicable. En un lugar en el que nadie puede ser alguien, Simão Mutapa acabó por llamar la atención. Una provocación para la vecindad. Y la vecindad es como los medicamentos: muy buenos, pero solo se presentan cuando aparece la enfermedad. A Simão, acusado de «hacer» leones, lo apalearon y amenazaron de muerte. Al día siguiente, él y su familia desaparecieron por la carretera.

Al atardecer, Naftalinda Makwala viene a vernos para avisarnos de que en la aldea se está preparando algo. Que estuviéramos atentos, pero que no saliésemos de casa ni nos expusiésemos. Debíamos mantenernos al acecho sin ser vistos.

—Si salen, corren peligro de muerte —añade.

—¿Qué pasa? —pregunta el escritor, inquieto, descorriendo la cortina de la ventana.

—¡Escritor Gustavo! ¡Salga de ahí! No puede presenciarlo.

La primera dama me llama a un rincón y se coloca delante de mí, apretando sus generosas nalgas contra mi cuerpo. Desde esa ventana acecharíamos la plaza de enfrente.

—Los hombres están a punto de llegar. Quédese aquí, a mi lado —dice.

El ritual que precede a la caza colectiva, el *kuyola liu*, está listo para empezar. La plaza se prepara para recibir a dos decenas de hombres que, de madrugada, se

lanzarán a la persecución de los leones. ¡Cuánto me gustaría estar presente! ¡Ojalá pudiese participar! Naftalinda comprende mi desilusión:

—Usted es como yo, que soy mujer: nos quedamos fuera. Hagámonos compañía. ¿Acaso no estamos bien aquí, en esta sombra?

¿Sombra? Dentro de la casa reina la oscuridad. En el exterior se extinguen los últimos rayos de luz. El ritual se ha convocado de urgencia. Ellos, los jefes de las familias, los de la tierra, quieren ser los que ahuyenten la amenaza que pesa sobre la aldea. No quieren entregarme a mí, un extraño, los laureles de esa batalla contra las fuerzas invisibles más poderosas.

Los hombres de Kulumani y algunos más de otras poblaciones vecinas se han reunido. Cada uno ha traído un arco, una escopeta, un machete, una red. Han recogido alimentos y agua que cargan en cantimploras y sacos. Se apiñan en la plaza alrededor de la *shitala* y se diría que no hay ningún estandarte para el evento, ninguna jerarquía entre ellos. Azuzan a los perros, que empiezan a excitarse con tanto movimiento. Un joven que quiere unirse al grupo es rápidamente apartado. Todavía no ha cumplido con los rituales de iniciación. Poco a poco, como si hubiese un maestro de ceremonias escondido, empiezan a sonar cánticos y se ensayan tímidos pasos de baile. El cuerpo de Naftalinda no se resiste y va moviendo las nalgas, apretándose a mí cada vez más. Una especie de vértigo me desequilibra. ¿Y si el administrador me sorprendiese en aquel templado balanceo con su esposa? De repente, uno de los bailarines exclama.

—*Tuke kulumba!*

Es el grito de instigación. Entonces, como empujados por una ola invisible, los hombres golpean acompasadamente el suelo con los pies y una nube de polvo envuelve sus cuerpos.

—¡Ya está! ¡Ya se ha levantado el polvo! —susurra la primera dama con la cara pegada a la mía—. Ahora —dice—, la rabia se apodera de mí, ya no puedo seguir viendo este espectáculo.

Y se va a la parte de atrás de la casa, donde se reúne con Hanifa, que prepara la comida.

De pronto, el administrador Makwala atraviesa la plaza. Lo acompaña el agente de policía. Grita a la vez que se sacude el polvo:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Es una manifestación? ¿Está debidamente autorizada?

Aprovecho la ausencia de la primera dama y me escapo furtivamente de la casa, desobedeciendo las instrucciones estrictas de mantenernos escondidos y cautos. El escritor me sigue con la cámara de fotos en bandolera. Nos unimos a Florindo

Makwala en el centro de la plaza. Los aldeanos interrumpen la ceremonia y, en silencio, nos observan con animosidad. En la mirada que nos lanzan queda patente: somos intrusos, estamos contaminando el momento. De inmediato, el escritor comprende que hacer fotos está fuera de lugar. Y basta una palabra en maconde para que el administrador pierda su autoridad, incapaz de hacer más preguntas.

Uno de los cazadores se aparta del grupo y se acerca a mí para sacar una bala de la cartuchera que llevo en bandolera.

Examina el proyectil dándole vueltas entre los dedos. Después me pregunta:

—¿Sabe quién la ha hecho?

—¿Quién ha hecho la bala?

—Sí.

—No se puede saber...

Altanero, el hombre sonrío. Después levanta la lanza a la altura de la cabeza, me mira a los ojos y proclama:

—Yo sí sé quién ha hecho mi arma.

A continuación, rueda sobre sí mismo haciendo piruetas acrobáticas y tocando el suelo con la punta de los dedos en cada voltereta. Recoge una piedra del tamaño de un puño y la enarbola desafiando, esta vez, al administrador Makwala. Se dirige a él en maconde. El policía me va traduciendo:

—Ustedes pueden vender todo esto, el cielo, la tierra, las aguas. Pueden incluso vendernos a nosotros, pero los espíritus no hablan con el dinero.

Da unos saltos más y vuelve a disertar:

—Entre todas las piedras del mundo, hay una que no es terrestre. Es la piedra voladora.

Con toda su fuerza, lanza el guijarro al aire, con tanto ímpetu que se pierde más allá de la copa de los árboles. Todo el mundo lo sabe, esa piedra nunca más caerá al suelo. Convertida en ave, la piedra guiará a los aldeanos en busca de la presa. Tras una pausa, se reanuda la danza. El policía advierte:

—No sé si vale la pena que sigamos aquí...

Los hombres empiezan a deshacerse de la ropa. Después, en sus cuerpos desnudos se vierte una infusión hecha con corteza de árboles. Esa poción los hará inmunes a cualquier accidente.

Echo un vistazo a la parte de atrás de la casa. De espaldas, Hanifa está ocupada apagando el fuego de la cocina. Mientras se celebra el ritual del baño, ninguna hoguera puede estar encendida. En cuanto se termine el lavado, Hanifa y todas las demás mujeres volverán a encender el fuego.

Los hombres bailan durante un rato y, a medida que dan vueltas y saltan, van perdiendo la cordura, y en poco tiempo rompen a rugir, gruñir y mancharse la barbilla de babas y espuma. Entonces lo comprendo: aquellos cazadores han dejado de ser personas. Son leones. Esos hombres son los mismos animales que pretenden cazar. Aquella plaza lo confirma: la caza es una brujería, la última brujería autorizada.

Por fin, los hombres parten en silencio y así, callados como en una formación militar, recorrerán la sabana palmo a palmo durante días, sin pedir comida, agua o abrigo. Una quietud extraña reina ahora en Kulumani. Una a una, las hogueras se encienden de nuevo en las chozas.

Extasiado, el escritor comenta:

—¡Un espectáculo inolvidable! ¡Una exhibición telúrica! ¡Qué pena no haber podido fotografiarla!

—¿Le ha gustado? —pregunta Naftalinda. Su sonrisa es enigmática, casi derrotada. Y después vuelve a indagar—: ¿Cuántos hombres había en la ceremonia?

—Quizás unos veinte.

—Los otros eran doce.

—¿Los otros? ¿Qué otros?

—Los que han matado a Tandi, mi asistente. Eran doce. Algunos de ellos estaban ahí bailando ante ustedes.

—¿La han matado?

—Han matado su alma, solo ha quedado el cuerpo. Un cuerpo herido, un resto de persona.

Naftalinda relata lo que pasó: la asistente atravesó, por descuido, el *mvera*, el campamento de los ritos de iniciación de los muchachos. Se trata de un lugar sagrado y está terminantemente prohibido que una mujer cruce ese territorio. Tandi desobedeció y fue castigada: todos los hombres abusaron de ella. Todos se sirvieron de ella. Llevaron a la chica al puesto de salud local, pero el enfermero no aceptó tratarla. Tenía miedo de las represalias. Las autoridades del distrito recibieron una queja pero no hicieron nada. ¿Quién, en Kulumani, tenía el valor de sublevarse contra la tradición?

—Mi marido se mantuvo callado, incluso cuando lo amenacé se quedó de brazos cruzados...

No sé qué responder. Doña Naftalinda se levanta y mira el camino que han tomado los cazadores. Sin parar de atizar el fuego, murmura:

—No sé qué van a buscar en el campo. Ese león está dentro de la aldea.

Ya de noche, el administrador pasa por la casa. Está inquieto, algo lo ha asustado en el ritual de los cazadores. Quiere que se organice inmediatamente una expedición. Urge que nos anticipemos y que seamos nosotros los que matemos a los leones.

—Esa gente no puede ser, esos tradicionales no pueden tomarnos la delantera.

Florindo Makwala espera una declaración mía, un compromiso de urgencia. Con todo, hasta que él no se ha ido no me decido. Bajo la luz trémula del quinqué, inspecciono mi equipo mientras el escritor, a petición mía, se encarga del coche, del combustible y de los faros. Las instrucciones que le doy a Gustavo son sumarias, en un tono casi militar. Para tratar de corregir la autoridad de mis órdenes, cuando nos acostamos le explico:

—Hay que resolver esto rápidamente. No me gusta el ambiente que se está creando.

Por la mañana temprano, cuando aún despunta la luz, conduzco el vehículo por esbozos de pistas.

—¿Por qué no viene con nosotros el rastreador? —pregunta el escritor, temeroso.

—Genito ha bebido. Además, quiero que se hagan una idea del paisaje. Este es un viaje exploratorio.

—¿Sabremos volver? —pregunta de nuevo Gustavo.

En el asiento trasero, el administrador no tiene dudas: volveremos sin dificultad. Que él, aun sin ser de Kulumani, conocía bien los alrededores. Su esposa, Naftalinda, lo acusaba de gobernar sin salir de la administración, pero no era verdad.

Casi no oigo nada, ocupado como estoy intentando seguir el rastro.

—Hanifa tenía razón, los leones han estado por aquí.

A los pocos kilómetros desembocamos en uno de esos claros que se abren para vigilar los campos de cultivo. En el centro del descampado se yergue un árbol frondoso, y en el tronco panzudo hay dos jóvenes atados, semidesnudos, con señales de haber sido maltratados. Paramos y bajamos del coche para informarnos de lo ocurrido.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Florindo Makwala en portugués.

Los jóvenes nos miran como si se les hubiese prohibido hablar. El administrador intenta el diálogo, esta vez en maconde. En vano. Siguen mudos. Paciente, Florindo insiste. Responden moviendo la cabeza sin pronunciar palabra. Makwala concluye dirigiéndose a nosotros:

—Han acusado a estos desgraciados de ser fabricantes de leones. Los cazadores los han atado esta noche al pasar por aquí. Más tarde, cuando regresen, harán justicia.

Cuando les desatamos las muñecas, los muchachos permanecen inmóviles, pegados al tronco del árbol.

—Podéis iros...

—¿Adónde? —pregunta, por fin, uno de ellos.

—Adonde queráis, ahora sois libres.

No se mueven. A mí me da la sensación de que se han incrustado en la materia vegetal del árbol. Nos vamos de allí y los condenados siguen plantados a la sombra del miedo. Se quedarán en el lugar esperando el regreso de sus verdugos.

Vuelvo a conducir por pistas cubiertas de hierba. Tengo la impresión de ir viajando en canoa, entre olas verdes que ondean hasta el límite del horizonte. El todoterreno avanza tan lentamente que iríamos más deprisa si caminásemos.

Detengo el vehículo en la cima de una colina, me quito el sombrero y finjo que oteo el cielo.

—¿Estamos perdidos? —pregunta Gustavo con miedo.

—Estar perdido es bueno. Significa que hay caminos. Lo grave es cuando deja de haberlos.

—Pregunto si todavía eres capaz de encontrar caminos.

—Aquí, en la sabana, los caminos son los que nos encuentran a nosotros.

Por detrás de mí oigo la carcajada de Florindo Makwala. En la cara del escritor está estampada la humillación. Todas mis palabras, todo mi silencio, sirven para acusarlo: él es urbano, ni siquiera sabe lidiar con el suelo que pisa. Esa es la verdad: en este universo, hasta para andar Gustavo necesita tenerme como maestro.

Cuando regresamos al coche, el sol está en el cenit y el calor crea espejismos en el herbazal.

—Nos hace falta un whisky con hielo —bromea Florindo.

Ambos intercambian chistes de mal gusto. De repente, los mando callar. Simulo estar oyendo algo que a ellos se les ha escapado. Mi tono grave les asusta:

—Quietos y sin salir del coche. Bajo ninguna circunstancia, ¿entendido?

Agachado, con el arma lista para disparar, finjo ir buscando el terreno más silencioso para mis pasos y, poco a poco, desaparezco entre los arbustos. Después solo se oye el silencio; una soledad terrible rodea a los que aguardan en el coche, paralizados por el miedo. Los oigo hablar en voz baja.

—¿Tardará mucho? —pregunta Florindo.

Aquella conversación a media voz, que apenas sirve para disimular la aprensión, se interrumpe súbitamente. Porque decido disparar al aire. Para crear aún más temor, irrumpo en la escena corriendo, saltando por encima de los matojos y gritando que hay que largarse de allí. El escritor se precipita al volante y, enseguida, el jeep arranca a una velocidad de vértigo.

—¿Qué ha pasado, Arcángel? —pregunta, temblando, el escritor.

—No puedo contarle.

El administrador se mantiene callado. Si no puedo nombrar el motivo del susto, lo que acaba de ocurrir escapa, entonces, a la razón humana. Cuando llegamos a la aldea, me retiro sin pronunciar palabra. Desde la habitación escucho el diálogo de Florindo y Gustavo:

—¿Qué demonios habrá pasado?

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Empiezo a padecer las creencias de esa pobre gente. Quién sabe si ha visto alguna cosa de esas...

—¿Alguna cosa de esas?...

—Sí, por ejemplo, la serpiente coja.

El administrador es más explícito: en la aldea hay una serpiente que circula por el silencio de los tejados y a lo largo de los caminos. Esa criatura venenosa busca a las personas felices para morderlas y envenenarlas sin que ellas se den cuenta jamás. Y es por esa razón por lo que, en Kulumani, todo el mundo padece la misma infelicidad. Todos tienen miedo, miedo de la vida, miedo de los amores, miedo de los amigos incluso. Unos llaman «diablo» a ese monstruo. Otros lo llaman *shetani*. La mayoría, sin embargo, lo designa como «la serpiente coja». El escritor interrumpe el largo relato:

—Perdone, querido administrador, pero para mí esa serpiente somos nosotros mismos.

Versión de Mariamar (5)
Unos ojos de miel

El murmullo de una muchacha hermosa se oye mejor que el rugido de un león.

Proverbio árabe

Mis ojos de miel: fueron mis ojos los que cautivaron a Arcángel Baleiro cuando hace dieciséis años nos visitó por primera vez. El cazador me encontró a la orilla de la carretera y, sin saberlo, me salvó de las embestidas de Maliqueto Próprio, el agente de policía. De eso ya he hablado. Lo que no he dicho es que Arcángel regresó al cabo de unos días para hacerme proposiciones y promesas. Que me llevaría a la ciudad. Y que seríamos tan felices que perderíamos los recuerdos de todo lo que habíamos vivido antes.

—Vente conmigo —insistió el cazador—. Juntos seremos felices.

Aterrada, lo rechacé. Lo que me prometía iba mucho más allá de lo que yo sabía soñar. Miré en torno para ver si alguien nos escuchaba. Hablábamos en ese espacio del patio que hace las veces de cocina, ese rincón donde las mujeres más se olvidan de vivir. Miré el fuego encendido eternamente, la leña apilada, las cazuelas puestas boca abajo. Observé todo aquello como si no fuese obra de nadie. Como si las brasas de nuestra cocina no las recogiese nadie para encender otra hoguera en casa de un vecino. Como si no fuesen manos femeninas las que eternizaran esa lumbre.

—¿No me dices nada, Mariamar?

Escuchar es hablar. El cazador hablaba de cosas que yo no conocía: la ciudad, la felicidad, el amor. ¡Cuánto bien me hacía su manera de hablar! ¡Qué daño me hacían sus palabras! Con todo, no cedí a sus propuestas. Al fin y al cabo, la felicidad y el amor se parecen. No se intenta ser feliz, no se decide amar. Se es feliz, se ama.

—Vamos a ser felices, Mariamar.

—¿Quién te ha dicho que quiero ser feliz?

Me contempló como si hablase en una lengua incomprensible.

Aquella noche hubo tambores y danzas. Al principio me mantuve inmóvil, viendo a los demás mover sus cuerpos con sensualidad, el suelo estremeciéndose como si los tambores redoblasen en las profundidades. Me contuve hasta que mis pies entraron en combustión. Para librarme de aquel fuego me fui entregando, poco a poco, al compás de la música, dando vueltas en el patio iluminado por la luz de la luna. Al verme bailar, Arcángel se acercó y me agarró de la cintura invitándome a girar con él.

—Suéltame, cazador, aquí los que danzan no se tocan.

—Me da igual, yo bailo a mi manera.

Me acordé de lo que decían los hombres de Kulumani: nadie caza con nadie. Y es que bailar es como cazar. Cada bailarín se apodera del universo entero. Giré sobre mí misma antes de encararlo:

—Yo contigo no bailo. Yo bailo para ti. Siéntate y mira cómo me convierto en reina.

Sumiso, obedeció. La realidad, por su parte, dejó de obedecerme a mí, porque me vi danzando desnuda en el patio, rodando por el suelo, perdiendo poco a poco la compostura humana. Arcángel cayó rendido, sin habla, sin gesto. Verlo así, frágil e indefenso, me hizo sentirme más mujer. Le susurré palabras dulces al oído y él se disolvió en mi regazo. Ni siquiera nos dimos cuenta de que la hoguera se había apagado: otro fuego se había encendido dentro de nosotros.

Mientras me vestía, anuncié lo que Arcángel tanto esperaba:

—Ven a buscarme mañana temprano. Me escaparé contigo.

—Vendré, sí. Antes de que se despierte la aldea pasaré a buscarte.

Aquella noche me visitaron todos los sueños que existen para soñar. Hasta que amaneció permanecí en el umbral de la puerta de mi habitación, con las manos cruzadas sobre la maleta apoyada en mi regazo. En aquella maleta había puesto mi futuro. Doblados y ordenados como si fuesen ropa, aguardaban todos mis devaneos y esperanzas.

Nunca llegué a deshacer la maleta, porque a la mañana siguiente el cazador no vino a buscarme. Se ha olvidado, pensé, para mitigar la pena. Un pequeño lapsus que Arcángel rectificaría más tarde: volvería a Kulumani, donde, para abreviar la espera, mi maleta de viaje continuaba intacta.

Poco a poco, como quien muere sin padecer enfermedad alguna, sucumbí ante la evidencia: Arcángel me había abandonado. Uno a uno, mis sueños se fueron convirtiendo en una pesadilla recurrente: de lo más profundo del sueño ascendían voces imprecisas:

—*Dombe! Dombe!*

A lo lejos, más allá de la neblina, se oía a la gente gritar. Nos tomaban por criaturas de raza blanca. Ese era el motivo de que nos llamaran *dombe*, que es el nombre que se da a los peces. Así se denomina a los portugueses desde que desembarcaron aquí hace siglos. Desaguados en las playas, procedentes del líquido horizonte, no podían sino haber nacido en el océano. Que era de donde nosotros veníamos, Arcángel y yo.

Tendido a mi lado, inconsciente, el cazador parecía muerto. Esa era mi pesadilla: Arcángel y yo naufragábamos en una playa cuando huíamos en canoa, río abajo. La

corriente nos arrastraba más allá del estuario hasta depositarnos en un rompiente, entre restos repartidos por la arena.

Poco a poco, de las dunas iban emergiendo sombras, siluetas resplandecientes acudían en nuestra dirección. Vienen a rescatarnos, pensaba. Pero cuando se inclinaban sobre nosotros, lo que hacían era robarnos la ropa y las pertenencias. La horda enfurecida iba subiendo el tono, alentándose acompasadamente:

—*Dombe! Dombe!*

—No nos maten, por favor, no nos maten —suplicaba yo, llorando.

—Sois peces, vamos a destriparos.

—¡Soy una persona! ¡Soy negra, miradme!

Entonces constataba lo ridículo de la situación. ¿Cómo puede alguien demostrar su propia raza? Quería hablar en maconde, pero no me salía ni una simple palabra. De nuevo, los gritos acompasados, como un ritual de ejecución. De pronto, una visión que surge de la profundidad de la nebulosa: Genito Mpepe, machete en mano, al mando de la turba aulladora:

—*Dombe! Dombe!*

Era el fin. Mi padre se prepara para acuchillar a mi amante. A mi lado, desfallecido, Arcángel no advierte el inminente peligro. Veloz como un rayo, el machete surca el aire pero no llega a alcanzar a la víctima. Inesperadamente, el cuerpo del cazador se licúa, ola tras ola, hasta hacerse mar, mar y nada más que mar. En el último instante, Arcángel se salvaba convirtiéndose en agua. En el sueño, yo también me entregaba a ese último abandono uniéndome al destino de mi amado. Ya que nadie venía a salvarme, prefería diluirme en otra sustancia.

El sueño me enseñó una decisión: quería morir ahogada. Nunca quise nada con tanto ahínco. Morir en el agua es como regresar. Eso fue lo que sentí al ver el mar por primera vez: nostalgia de ese vientre al que, en aquel momento, retornaba. Nostalgia de esa muerte dulce, de ese latido de un corazón al unísono, de esa agua que, en definitiva, es nuestro cuerpo entero.

Mi madre, Hanifa Assulua, se quejaba de que en Kulumani estábamos enterrados. Era justo al revés. Estábamos ahogados. Anteriormente, antes de nacer todos nosotros, habíamos estado ahogados. La luz que nos recibió en el parto fue la primera playa en la que desembocamos.

Anoche mi padre llamó a la puerta de mi habitación. Intrigada, la entreabrí:

—Me voy al campo con los visitantes. Mañana iremos a cazar leones.

Nunca antes mi padre se había despedido. Salía de madrugada, nadie se percataba de que partía. Esta vez, sin embargo, me miró con los ojos vacíos y me tocó el cuello como cuando era pequeña.

—¡No me toque! —reaccioné con violencia.

—Solo he venido a decirte adiós —murmuró, sumiso.

Me sorprendió merecer aquella despedida. En Kulumani los padres no prestan atención a las hijas, pocas veces hablan con ellas y nunca les hacen caricias, mucho menos en público. El cariño es tarea de las madres. Así que, ¿por qué motivo Genito Mpepe me dedicaba aquella atención súbita e inesperada? Entonces me dije: lo que está pasando aquí no es solo una despedida. Me está pidiendo disculpas. Genito Mpepe sabía que no volvería de la expedición. Se presentaba ante mí para pedirme perdón. Me pedía la absolución por no haber sido nunca mi padre. Más grave aún: por haber sido mi padre simplemente para no dejarme ser persona, libre y feliz.

Resulta raro lo mucho que el corazón habita en nuestra mente. Durante años he elucubrado y deseado su final. He rezado con fervor para que lo devorase una fiera, como le sucedió a Silência. Pero ahora, ante aquella repentina manifestación de humildad y asaltada por los remordimientos, me dejaba vencer.

—¡Padre, por favor, no vaya a esa cacería!

Me miró por encima del hombro con un desconcierto que, poco a poco, se fue convirtiendo en desamparada tristeza:

—¿Por qué me dices eso, Mariamar?

—Es que he soñado, padre. He soñado con el mar.

Genito Mpepe era experto en presentimientos. Esa capacidad de adivinación hacía de él un rastreador excelso. El futuro se deslizaba por sus sueños y al día siguiente no había sorpresa que lo asaltara. ¿Cómo, esta vez, dejaba escapar lo que para mí era un presagio evidente?

—Solo me pides eso, Mariamar, porque tienes miedo de que mate a tu querido cazador. No me quieres proteger a mí.

—No vaya, se lo pido.

—Tengo que ir. No puedo echarme atrás. Esos hombres ya me han pagado.

Dio media vuelta y arrastró los pies con paso contrariado. Se demoró contemplando el tronco del tamarindo. Yo rompí el silencio:

—Me puse muy triste cuando se murió ese árbol.

Entonces mi padre me lo reveló: cuando estuve enferma de las piernas, la que me curó fue mi madre. No fue la misión, no fue el padre Amoroso. Mi madre hizo *takatuka* conmigo. Transfirió su dolor a ese árbol que, después, no soportó el peso y murió. El *takatuka* consiste en eso: en trasladar el mal de alguien a una cosa. Eso es lo que pasó conmigo: Hanifa Assulua cambió las heridas de mi alma por la vida del tamarindo. Eso fue lo que mi padre me reveló en su despedida.

Diario del cazador (5)

El hueso vivo de la hiena muerta

Un ejército de ovejas liderado por un león es capaz de derrotar a un ejército de leones liderado por una oveja.

Proverbio africano

El administrador está impaciente. La «Operación León», como ha empezado a llamar a la cacería, tarda en dar resultados. En el ínterin, ha recibido un ultimátum de los superiores de su partido. La inversión externa en la región podría estar en riesgo en caso de no resolverse ese foco de tensión.

—Incluso he pensado en inventarme un informe diciendo que todo va bien.

—¿Un informe falso?

—Es lo que hacemos nosotros, los subordinados. Nunca decimos que hay un problema. Admitir que hay problemas causa problemas con los jefes. Pero Naftalinda ha leído el informe y me ha amenazado con denunciar públicamente la falsedad. Por eso, mi querido cazador, solo hay una solución: dese prisa, mate a esos leones.

Al poco de irse Florindo, llama a nuestra puerta su esposa en persona, la corpulenta Naftalinda. Se asegura de que el administrador ha estado aquí y después me llama a un lado y me susurra al oído:

—Florindo tiene prisa. Quiere mostrar resultados. Incluso ha encargado armas para distribuir las entre la gente. Tenga cuidado, amigo mío. Aquí hay personas que lo quieren matar.

Esa misma tarde salgo a solas. Me dirijo hacia el bosque que flanquea la carretera que lleva a Palma. Un palpito me dice que la caminata será productiva.

El presentimiento se confirma. A la media hora de camino aparece la leona a contraluz en la otra orilla de un riachuelo seco. El animal no parece asustado, es como si esperase el encuentro. Sin previo aviso, se lanza al ataque y en un instante salva la distancia que nos separa. Más asombroso aún que la carga de la leona resulta mi propio grito:

—¡Que Dios me ayude!

Esa invocación desesperada es lo que me queda cuando el gatillo de la escopeta permanece suspendido aguardando a que mi dedo lo apriete. ¿Qué maldición pesa sobre mí que, en vez de disparar, empiezo a encomendar mi alma? En mi interior luchan el vaticinio de mi madre y la herencia de mi padre.

Sin embargo, he aquí que, de repente, la leona interrumpe el ataque. No verme correr despavorido la sorprende, quién sabe. Está enfrente de mí, con los ojos

clavados en los míos. Le resulto extraño. No soy quien ella espera. En el mismo instante deja de ser leona. Cuando se va, ya ha cambiado de existencia. Ya ni siquiera es una criatura.

Llego al campamento tan derrotado y vacío que me acuesto en la terraza dispuesto a dormir al raso. He tenido a la leona al alcance de una bala y he fallado como si fuese un novato embargado por la ansiedad. No me merezco un techo. Tal vez los dioses me perdonen más fácilmente así, humilde y expuesto.

No soy de los que, cuando sufren, recurren a los cielos. Rezar, solo rezo mientras duermo. Los sueños son mis únicas oraciones. Que Dios no se lo tome a mal, pero apenas me queda un alma pequeña y temporal. Ese espíritu no despierta más que de noche, en forma de susurro delicado para que nadie pueda oírlo. Pido disculpas por esa degradación a la categoría de animal. Tener alma, sin embargo, es un peso que solo muerto soy capaz de soportar. Por eso he amado tanto en tantos amores equivocados. Por eso cazo. Para vaciarme. Exento de ser hombre.

La sublime oportunidad fallada por mi culpa me ronda obsesivamente la memoria. La leona sigue encarándome, evaluando mi alma. En sus ojos hay una luz divina. Se me ocurre el más extraño de los pensamientos: que aquellos ojos capaces de hipnotizar a un ciego ya los he visto en algún lugar.

Un dulce cansancio me debilita el cuerpo, me acomete la misma dolencia que hace que las mariposas revoloteen, atontadas, alrededor del quinqué. Me quedo dormido. Y sueño. Soy lo opuesto a un cazador tradicional que, la víspera, sueña con el animal que va a matar. En mi caso, sueño conmigo mismo cobrando vida justo después de haber muerto a manos de criaturas salvajes. Esas fieras son ahora mis monstruos privados, mi creación predilecta. Nunca más dejarán de ser mías, nunca más dejarán de recorrer mis noches. Porque, al fin y al cabo, yo soy su prisionero domesticado.

La vieja iglesia de Kulumani se me aparece en sueños. Cuando abro los portones oxidados doy con un cura blanco. Es portugués, su cara me resulta familiar. Es difícil creer que sea un sacerdote. El pelo desgredado, la sotana raída y sucia le otorgan la apariencia de un mendigo.

—Entra, hijo mío —me invita el cura—. Hace mucho tiempo que mi rebaño te espera fervorosamente. Tu nombre es Arcángel y te ha enviado Dios.

Mis ojos se adaptan a la penumbra: esos a los que el cura ha llamado «rebaño de creyentes» son, en definitiva, leones y leonas. Los felinos están sentados con deferencia y escuchan con devoción humana el mensaje que el sacerdote propaga desde el púlpito. Y juntos, fieles y cura rezan para que mi misión llegue a buen término: que acabe con los hombres brutales que dan caza a leones inocentes. El cura levanta el cáliz.

—Esta es mi sangre —proclama.

Luchando por contenerse, los leones inundan de saliva los bancos de la iglesia. Con los brazos abiertos, peleando con la voz para que no se ahogue entre los rugidos de las fieras, el misionero proclama:

—No has venido a matar leones. ¡Has venido a matar a una persona!

Maldito sueño, pienso al despertar. Pongo al corriente al escritor de los fantasmas que me atormentan de noche. Gustavo sonrío y comenta:

—Es curioso que soñemos siempre con las mismas fieras: leones, tigres, águilas, serpientes. En el fondo, queremos ser aquellos que nos pueden devorar.

Por la mañana temprano, parto a los áridos descampados que se extienden al norte de la aldea acompañado por el escritor y el rastreador Mpepe. Los leones han merodeado por allí la noche anterior. Tengo fe en que la persecución sea fácil: en el extenso arenal, las huellas de los leones se dibujarán perfectas. A ese territorio lo llaman Kuva Vila. Y tienen razón: la expresión en maconde quiere decir «vacío». El lugar está desierto, maldito. Dicen que allí jamás ha caído la lluvia, ni siquiera una gota distraída.

No hemos avanzado mucho cuando avistamos, a lo lejos, una hiena solitaria. Camina como un espejismo contra el fondo impreciso del arenal. El escritor tiene dificultades para divisar al animal. Luego, cuando encuentra la presa, aparece en su rostro el fulgor de un instante, el relampaguear de los sentidos. Después le explico: ese es el vicio. No es matar lo que me fascina. Es el encuentro con el milagro esquivo, ese momento fugaz e irrepetible. De sopetón, me sacude la orden firme de Genito Mpepe:

—¡Dispare, mátela!

—¿Matar a una hiena?

—¿No la ve? Lleva algo en la boca, parece un trozo de pierna.

Temo que mis dedos me desobedezcan una vez más. En esta ocasión, sin embargo, la escopeta cumple con su naturaleza mortífera. Un disparo certero y el animal cae abatido, desterrado de la vida. De pronto, todo aquello me causa extrañeza. ¿Por qué razón esta vez he tenido acceso a mis dedos? El recuerdo de mi madre, empapada con mi sangre, como si me pariese por segunda vez, resurge en mí. De nuevo escucho su profecía: mi destino no era ser cazador. Pero ¿por qué esa premonición solo se manifiesta ahora?

—¡Gran tiro, ha caído redonda! —aclama el rastreador.

Pero lo cierto es que por primera vez he disparado sin nervio, sin alma: el tiro ha desgarrado el silencio sin que haya sido consciente de haber apretado el gatillo.

Cuando me inclino sobre la presa confirmo que lleva un hueso en la boca. No es fácil soltarlo de sus poderosas mandíbulas. No hay duda: se trata de un fémur humano. El animal lo había desenterrado al escarbar en las arenas funestas.

—¿Sabe lo que quiere decir esto? —pregunta Genito—. Quiere decir que los leones han matado a otra persona.

Cuando llegamos a Kulumani, una multitud de gente se aglomera frente a la administración. Han oído el disparo y esperan buenas noticias. Luego se desilusionan cuando identifican la carga que hemos depositado en la parte trasera del vehículo.

—Esa hiena es de alguien —me susurra al oído el ciego de la casaca militar.

Enseguida se logra el consenso: ese animal no obedecía a su instinto, había cumplido un trabajo por encargo. Nadie, ni siquiera un animal, puede meter el hocico en el suelo prohibido de Kuva Vila. Se sabía que allí, desde tiempos inmemoriales, no se habían enterrado más que los restos inmortales de antiguos guerreros de las contiendas épicas que se sumaban en el tiempo: las guerras contra los *ngunis*, las guerras de los alemanes, la guerra contra el ejército portugués, la guerra civil y otras guerras domésticas que no han merecido título alguno.

Se decide llevar el hueso fatídico a una anciana hechicera llamada Apia Nwapa. Un hueso no surge de la nada. Y en este caso, lo que es más grave aún, el hueso surge exactamente de la nada. Rechazo la consulta a los espíritus. No tengo tiempo para distracciones. No obstante, el escritor insiste: la visita a la hechicera es vital y no puedo zafarme de acompañar a los participantes a la ceremonia. De ese modo, conseguiría otras bendiciones para el éxito feliz de mi misión.

—Voy a pedir permiso al río.

La hechicera se ajusta el sombrero sobre la cara, y en ese instante ella misma se convierte en sombra. Apia Nwapa rebosa vanidad: gente forastera (incluido un representante del administrador en persona) se ha sentado en su territorio.

La mujer se recuesta pesadamente en el tronco de un baobab. Se acomoda con las piernas juntas y tendidas, como si aquella fuese su iglesia privada. Se queda un rato mirando al escritor, a Maliqueto Próprio y a mí. Después, vuelve a anunciar:

—Para concederos autorización para cazar, primero tengo que pedir permiso al río.

—¿Al río? —pregunto, impaciente.

—El río tiene sus propias autoridades. En el Lideia vive el *ngwena* mayor. Usted conoce bien a ese cocodrilo...

—¿Lo conozco?

—Es el mismo cocodrilo que mató tiempo atrás.

No puedo hacer otra cosa sino sonreír. *Ngwena*, ¿el cocodrilo? Yo tenía licencia de armas, estaba autorizado a matar a los leones asesinos. ¿Ahora me hacía falta esperar la sentencia de un cocodrilo imaginario? Eso es lo que pregunto, entre la timidez y el escepticismo. La voz de Apia sigue siendo contenida, pero ya no elige las palabras:

—¿Imaginario? ¿Acaso duda del cocodrilo? ¿Qué clase de africano es usted?

—Dejemos de hablar de mí. Hemos venido aquí para que nos ayude a identificar el hueso que hemos encontrado en la boca de la hiena.

Depositán el hueso a sus pies. La hechicera no se mueve, se limita a contemplar a distancia el resto de esqueleto. Cierra los ojos y respira hondo, como si indagara sobre el olor.

—Este hueso todavía está muy vivo. Esta muerte ha sido por encargo.

Los huesos son nuestra única eternidad. Se va el cuerpo, se apagan los recuerdos. Quedan los huesos para siempre. Esos son los argumentos de Apia Nwapa: lo que allí se presentaba no solo era un fémur. Por el contrario, era la prueba viva de la vida de alguien.

—Sí, ¿pero de quién?

—Mi boca no señala a nadie. Vosotros sabéis de quién.

—¿Hemos venido aquí para escuchar esto? —pregunto, desafiante.

—Voy a adelantarle algo. El señor es cazador y descubrirá lo que esconden mis palabras —hizo una pausa y, con los ojos cerrados, añadió—: Una mujer tendida en el suelo ha caído más bajo que el polvo. Al final, alguien quedará encinta de un esqueleto.

El mensaje parece indescifrable, pero Maliqueto cree entender claramente su sentido. Una vez lejos de la casa de la hechicera, nos aparta a la orilla de la carretera y aclara:

—Ese hueso es de Tandi, la asistente del administrador, la mujer a la que

violaron...

Los gritos en la aldea reiteran el luto: ya se ha propagado la noticia de la nueva víctima de los leones asesinos. Que se trate de Tandi no sorprende a nadie. Después de haber sido violada, la muchacha se convirtió en un *vashilo*, uno de esos seres sonámbulos que atraviesan las noches. Así, expuesta y solitaria, se entregó a la voracidad de los leones. Tandi se había suicidado.

Cuando me acuesto, todavía se oye por las calles el llanto de las mujeres. Lloran a la que ha muerto. Más que su muerte, lamentan su vida breve, plúmbea y escasa. Las últimas palabras de la hechicera resuenan en mí:

—Recuerde, cazador, no es usted el que aprieta el gatillo: el disparo sobreviene por voluntad de otro que, en ese instante, invade su ser.

Esa fue, para mí, la única vez que Apia Nwapa dijo la verdad.

A la mañana siguiente voy a visitar a Genito Mpepe. Doy unas palmadas a la entrada del patio. Quien acude a la puerta es su esposa, Hanifa. El rastreador, dice ella, está con resaca.

—Mi marido es un *kwambalwa* —afirma—. Podría decir que es un borracho, pero lo que ese hombre es solo puede decirse en mi lengua: un *kwambalwa*.

—Lo que se ve por ahí, esparcidas por el patio, son garrafas de alcohol...

—No se sorprenda, señor. Yo soy la que preparo esas garrafas, soy yo la que le doy de beber.

Para las mujeres de Kulumani, más valía un borracho que un marido. En su caso, sin embargo, la elección estaba entre el escupitajo de la serpiente y el aliento del demonio. La violencia de Genito cuando estaba sobrio acababa doliendo más que su crueldad en los momentos de embriaguez.

—Venga —me pide, guiándome entre atajos—, venga a ver cómo ese hombre duerme todavía.

Genito está enroscado en una estera junto al pozo.

—Parece un animal —comenta Hanifa—. A veces le pido a Dios que no se despierte nunca más —confiesa.

Sonrío, incómodo. Sacudo la cabeza como para aliviar la gravedad de sus declaraciones. Con todo, la anfitriona retoma la palabra con mayor amargura:

—Si no se despertase, no lo tendría que matar.

—¿Qué dice, Hanifa?

—Ese hombre me dio cuatro hijas, pero me las ha quitado a todas.

—Me han dicho que a la mayor la mataron los leones.

—La mató Genito...

Aquella madrugada fatídica, Silência escapaba de Kulumani, huía del régimen despótico de Genito Mpepe.

—Acompañeme a ver su sepultura. Está aquí mismo, a unos pasos.

Vamos por un descampado hasta un bosquecillo cercano. La sepultura está señalada con una cruz de madera y una gran piedra de granito. Sobre la losa improvisada habían depositado unas flores silvestres. Algunas aún están frescas.

—Qué flores tan bonitas. ¿Las traen ustedes?

—¿Nosotros? Las trae usted.

—¿Yo?

—Todas las madrugadas, usted se arrodilla aquí y conversa con la fallecida.

Hanifa me conduce de regreso a su casa, una duda me atormenta el pensamiento: ¿cómo ha sido capaz de inventarse que yo le llevo flores a Silência? Está loca la mujer, pienso.

En el patio oigo a alguien toser por detrás de la cerca de cañizo. Cuando me dispongo a mirar, Hanifa me tira del brazo y hace que me siente en la única silla disponible.

—No hay nadie, solo son los perros. Los que aún no se han comido los leones.

La anfitriona saca de la cocina una olla con boniato cocido y me sirve en un plato de barro. No tengo hambre, pero no puedo negarme. En silencio, compartimos la comida.

—Hablo de matar a Genito, pero es a Kulumani entero al que querría eliminar.

—¿A qué se debe esa rabia, Hanifa?

—Estamos aquí los dos comiendo juntos. En Kulumani eso está prohibido. ¿Un hombre comiendo al lado de una mujer? Solo si el hombre estuviera hechizado.

—¿Quién sabe si yo mismo no estaré hechizado?

De repente, oigo que la vajilla puesta a secar en el porche se cae. Y veo la silueta de una mujer que corre a esconderse detrás de la casa.

—¿Quién es?

—No es nadie.

—Pero la he visto, he visto a una mujer escondiéndose.

—Es lo que le acabo de decir: aquí, una mujer no es nadie...

Se levanta y, sin ceremonias, me conduce al patio delantero. Es una manera de decirme que el tiempo de la visita está a punto de acabar. Quiere ofrecerme unos pies de mandioca. Los rechazo con gentileza. Antes de irme, me toma de las manos y me

pregunta:

—Dentro de usted veo una tristeza muy profunda. ¿Qué le pasa?

—Nada. No me pasa nada. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Por qué pierde el tiempo hablando con una vieja negra y solitaria como yo?

Versión de Mariamar (6)

Un río sin mar

Sabia es la luciérnaga que se vale de la oscuridad para encenderse.

Proverbio de Kulumani

La noche en que Arcángel llegó, soñé que era una gallina languideciendo en el corral de Genito Mpepe. Las otras gallinas eran mis hermanas. Vivíamos el día a día sin historia de las aves desprovistas de vuelo. Entretanto, a nuestros oídos habían llegado noticias de que en otros corrales las gallinas se habían convertido en buitres. Y rezábamos para que sucediese en nosotras la misma metamorfosis. Como buitres, ascenderíamos a la libertad de los cielos y a los vuelos vertiginosos de las alturas. Sin embargo, el milagro se retrasaba.

Un día, mientras nos daba maíz, el abuelo Adjiru explicó que no eran las celosías del gallinero las que nos separaban de la libertad. El secreto de nuestra sumisión era otro y vivía en nuestro interior: todas las mañanas, Genito Mpepe nos hipnotizaba. Bastaba un dedo, oscilando como un péndulo delante del pico, para que nos sumiéramos en la inmovilidad, ajenas al mundo. Y cuando una de nosotras daba muestras de despertar a la vida, nuestro dueño le colocaba la cabeza bajo el ala e, inmediatamente, regresaba a la letargia eterna.

Ese sueño fue recurrente todas las noches siguientes. Era como si los sueños me quisieran avisar de algo. Ese algo, ahora lo sé, era el miedo. Y todo se ha hecho más claro: no fue por cualquier desfachatez por lo que Arcángel me abandonó. Su alejamiento se debe al miedo. Sufría del pavor arcaico a que bajo la superficie del lago se escondiesen monstruos. La sospecha de que bajo mi dulce apariencia viviese oculta la fiera que lo devoraría. Ese era el temor de Arcángel.

La verdad es que Arcángel no estaba hecho para compartir su forma de vida. La grandeza del cazador está en la soledad. Sus pánicos, sus cobardías, no tienen testigos. Solo la víctima sabe de esas debilidades. De ahí la urgencia del cazador por deshacerse de la presa.

Hace dieciséis años, cuando Arcángel Baleiro me vio bailando en la fiesta de la aldea, la incertidumbre ya habitaba en él. El cazador tenía miedo de lo que decía mi

cuerpo, tenía miedo de quién hablaba a través de mi cuerpo mientras los tambores sonaban. Para él, que no conocía ese idioma, no podía tratarse sino de fuerzas oscuras. Los demonios hablan así, sin palabras, diciéndolo todo en la voluptuosidad de los cuerpos. Ese era su miedo. Sin embargo, no eran los demonios los que hacían que mi cuerpo se estremeciera. Eran dioses que dentro de nosotras, las mujeres, hablan y escuchan. El temor de Arcángel era el mismo que el de todos los hombres. Que regresase el tiempo en que nosotras, las mujeres, éramos divinidades. Al enredarse en mí con la suavidad de la brisa, Arcángel buscaba la protección y la gracia de esas entidades. Con todo, nuestros dioses no eran los mismos. Los suyos dormían en los libros. Los míos se despertaban en la música. Eso fue lo que el cazador no comprendió. Yo no danzaba. Lo que hacía era otra cosa: borraba el tiempo y el peso, como una serpiente que se despoja de su antigua piel.

Lo que ahora me sucedía en esta reclusión impuesta ya me había ocurrido antes. Dieciséis años atrás, cuando Arcángel Baleiro se marchó de la aldea, me postré en el porche de casa viendo desfilan los días. Se estaba produciendo en mí la misma clausura que en un momento determinado afecta a las mariposas. Me estaba convirtiendo en capullo, envuelta en el tiempo y esperando que otra criatura surgiese de mí. Al verme vencida y abatida bajo el porche de nuestra casa, todos creyeron que había vuelto a mis antiguas parálisis, pero solo estaba vacía en apariencia, porque sabía que, aunque efímero, el amor de Arcángel Baleiro había engendrado un fruto. Esperé a que mi barriga se redondease y, el día exacto en que cumplía diecisiete años, me presenté ante mi madre en una afrenta triunfal:

—¿Pensaba que no era mujer? Ponga la mano aquí y sienta lo que llevo en las entrañas.

Inerte en mi mano, su brazo se desplomó antes incluso de tocar mi vientre.

—¿Has oído tronar y ya te crees que está lloviendo, Mariamar? Pues todavía quedan muchos nudos en la cuerda del tiempo.

—No la entiendo, madre.

Mentía. Sabía lo que mi madre sugería. Cada mes de embarazo, las mujeres de Kulumani hacen un nudo en una cuerda que pasa de generación en generación.

—Nosotras somos mujeres —dijo ella—. Estamos hechas para superar el sufrimiento.

Después, ni una palabra más, solo esbozó una sonrisa enigmática que rozaba el desdén. Sin haber dicho nada, mi madre hurgaba en la vieja herida: yo estaba seca, mi aridez no tenía cura.

—No me mires así, hija mía. Sabes perfectamente de quién es la culpa.

No había duda: yo no podía ser madre debido a los golpes que había recibido de

mi padre. Hasta el enfermero había confirmado las graves secuelas de las patadas.

—Hay bebés que nacen y mueren en nuestras entrañas —afirmó Hanifa, poniendo fin al diálogo.

Palabras escritas en el destino, pues aquella misma noche una pesadilla desbordó mi sueño: dentro de mí, una fiera carnívora devoró a mi hijo. Mi bebé mulato, mi niño impuro, natural de la carretera, se extinguía como un sueño en la oscuridad. Me desperté aturdida, las sábanas húmedas: la sangre me visitaba enrojeciéndome los muslos. Grité insultando a mi madre y clamando que estaba pariendo. Aquella sangre en la cama era una criatura en sí misma, un coágulo vivo, una sangre-persona.

—Este es mi hijo, este es su nieto —grité con las manos abiertas, goteando un rojo espeso en el umbral de la habitación de Hanifa Assulua.

Hoy lo sé: la historia de mi infancia no es otra cosa que una verdad a medias. Para desmentir una media verdad se necesita mucho más que la verdad entera. Esa verdad enorme, tan vasta que se me escapaba, solo era una: no fueron los castigos físicos los que me dejaron estéril. Esa era la versión endulzada inventada por mi madre. El delito era otro: durante años, mi padre, Genito Mpepe, había abusado de sus hijas. Primero pasó con Silência. Mi hermana sufrió callada, sin compartir aquel terrible secreto. En cuanto me despuntaron los senos, la víctima fui yo. Cuando caía la tarde, Genito migraba fuera de sí por vía de la *lipa*, el aguardiente de palma. Ya bien bebido, entraba en nuestra habitación y la pesadilla comenzaba. Lo increíble era que, en el momento de la violación, yo me exiliaba de mí, incapaz de ser la que allí yacía bajo el cuerpo sudado de mi padre. Un proceso extraño hacía que olvidase, al instante siguiente, lo que acababa de sufrir. Esa amnesia súbita tenía una intención: evitaba quedarme huérfana. En definitiva, todo aquello sucedía sin llegar a suceder nunca. Genito Mpepe desertaba a otra existencia y yo me convertía en otra criatura, inaccesible, inexistente.

Hanifa Assulua, mi madre, siempre fingió que no sabía nada. Que era una invención de los vecinos, un delirio de quien quería esconder sus propias deshonras. Cuando las evidencias la ahogaron, me mandó llamar para preguntarme con la voz temblorosa:

—¿Es verdad?

No respondí, la mirada clavada en el suelo. Mi silencio fue, para ella, la confirmación:

—¡Maldita!

Sin reaccionar, la vi abalanzarse sobre mí y agredirme con puñetazos y patadas, insultándome en su lengua materna. Lo que decía entre babas y espumarajos era que yo tenía la culpa. Que toda la culpa era mía. A pesar de que Silência ya la había

alertado, yo era la que provocaba a su hombre. No se refería a Genito como «nuestro padre». Ahora era «su hombre».

—Fuera de esta casa. No te quiero aquí nunca más.

No llegué a irme. Al contrario, me enclaustré entre paredes y nunca nadie se ha internado tanto en una casa. Hanifa Assulua hizo comparecer a un hechicero y ese *uwavi* me hizo beber una poción amarga. Durante un día entero me serví de una pequeña vasija de barro. Al día siguiente, el veneno había hecho efecto. Me había convertido en un cuerpo sin alma. Savia venenosa en vez de sangre era lo que me corría por las venas.

Mi madre se vengaba: tiempo atrás había transmitido mi enfermedad al árbol de nuestro patio. Ahora hacía *takatuka* al revés: desplazaba de mí la vida para dársela al árbol muerto. En un instante, el tamarindo renació verde y altivo. A cambio, me convertí en una criatura inanimada. Solo me quedaba un sentido: la audición. Por lo demás, me rodeaba una oscuridad antigua y congénita.

Lo que Hanifa Assulua pretendía era mucho más que eliminarme físicamente. Morir era poco. Había que borrar mi nacimiento. Los muertos no están ausentes: permanecen vivos, nos hablan en sueños, nos pesan en la conciencia. El castigo que me estaba reservado era el exilio absoluto. No el exilio de Kulumani, sino el de la razón y el del lenguaje. Se me declaró loca. La locura es la única ausencia perfecta. En la enajenación mental permanecía visible, pero encerrada; enferma, pero sin herida; magullada, pero sin dolor.

El abuelo Adjiru intentó salvarme, probó sus propios *mintela*. De nada le sirvió. Convocaron al padre Amoroso. Esta vez, sin embargo, el sacerdote portugués no intentó un milagro.

—Llévenla enseguida a un hospital —fue lo único que dijo.

Me llevaron a Palma y el enfermero diagnosticó sin pestañear: esto son cosas sin causa.

—Con suerte, volverá a caminar.

Estuve ingresada un tiempo en la enfermería sin atisbo de mejora. La medicina había desistido de mí, pero no fue por eso por lo que no me llevaron de vuelta a Kulumani. En el hospital de Palma permanecí con menos vida y menos compañía aún. Solo después entendí el aplazamiento de mi regreso. Mi abuelo Adjiru había muerto esos días. No quisieron que estuviera presente. No para ahorrarme la despedida, sino para que esa despedida me durase la vida entera.

En el primer aniversario de la muerte del abuelo, me llevaron a visitar su tumba. El difunto había expresado su deseo de verme presente en la ceremonia. Yo ya había regresado a casa, pero mi condición no se había alterado. Nadie, en aquel estado, quiso transportarme por la carretera. Podía contagiar a los vehículos. Optaron por trasladarme en una embarcación río abajo hasta el bosque sagrado donde reposaban Adjiru y el bisabuelo Muarimi.

Fui pasando de brazo en brazo hasta el casco de la embarcación. En ese momento, mi cuerpo resbaló y caí, desamparada, en las aguas del río Lideia. Dicen que desaparecí en el profundo lecho y estuve sumergida un tiempo infinito. Finalmente, cuando me sacaron, tenía en la mirada el deslumbramiento de quien acaba de nacer. Poco a poco fui compareciendo ante el mundo. Di unos pasos tambaleantes y sacudí los hombros como si me liberase de un fardo invisible. No había duda, según atestiguaban en coro las voces de los parientes:

—¡Mariamar ha vuelto! ¡Mariamar ha vuelto!

Boquiabiertos, sus miradas se concentraban en mí. Yo era el centro del universo. Se hizo el silencio, toda la familia inmóvil, esperando lo que vendría después.

—¿Dónde están mis hermanas? —fueron mis primeras palabras.

Hicieron que se personaran Silência, mi hermana mayor, y las gemelas Igualita y Uminha. En silencio besé a Silência y me arrodillé para ponerme a la altura de mis hermanas pequeñas. Solo habían pasado unos meses, pero las niñas habían envejecido tristemente. Siempre me había preguntado si en Kulumani existían los niños. ¿Se puede llamar niño a una criatura que labra la tierra, corta leña, carga agua y, al final del día, ya no tiene alma con que jugar?

De repente, mi padre interrumpió el silencio, levantó los brazos y proclamó:

—Vamos a ver el mar.

—¿El mar? —dijo mi madre, sorprendida.

—Iremos toda la familia —exclamó, perentorio, Genito Mpepe—. Eso es lo que le prometí al abuelo.

Yo no quería que me llevaran al mar. Solo deseaba regresar al regazo de mi madre y que me acunase, y volver a ser pequeña. Ese era el único mar que quería. Entonces entendí el motivo por el que el padre Amoroso hablaba tanto del diluvio final. Era a lo que yo aspiraba: a que una inundación se llevara este mundo por delante. Este mundo que obligaba a una mujer como Hanifa a tener hijos, pero que no la dejaba ser madre; que la obligaba a tener marido pero no le permitía conocer el amor.

Toda la familia se extasió ante la vastedad del océano, el infinito vivo, ese horizonte sin contorno que parecía nacer en nosotros. Mis hermanas, paralizadas por el asombro, perdieron el verbo, embriagadas ante aquella inmensidad. Fui la única

que caminó hacia donde rompen las olas. Lo que me fascinó no fue la ausencia de límites. Lo que me encantó fue la espuma, los jirones de espuma que se soltaban de la cresta de cada ola. Como aves blancas, sin cuerpo ni alas, esos jirones se desataban en un vuelo ciego que se disolvía en el aire. En mis labios devané y dejé escapar mil veces la palabra «espuma». Si un día tuviera una hija, la llamaría así: Espuma.

El nombre que elegí para esa hija imposible es, a fin de cuentas, exacto. Porque mi descendencia se hará de la misma materia que se desprende de las olas y revolotea hasta no ser más que ausencia. Nunca tendré hijos, nunca habrá nadie a quien pueda dar un nombre.

Y, sin embargo, con cada luna llena me asaltan los espasmos y, en la soledad de mi lecho, doy a luz. Decenas de hijos, he tenido decenas de hijos, ninguna mujer ha parido tantas veces. Han nacido bebés y más bebés y todos se han extinguido al minuto siguiente como estrellas fugaces surcando los cielos. Mis hijos imposibles se han desvanecido, pero los verdaderos dolores de esos partos imaginarios me perseguirán la vida entera.

Mi madre, Hanifa Assulua, que conoce el sufrimiento, me había prevenido: los dolores pasan, pero no desaparecen. Migran a nuestro interior, se alojan en algún lugar de nuestro ser, sumergidos en el fondo de un lago.

Diario del cazador (6)

El reencuentro

Solo soy feliz antes de vivir. No tengo otros recuerdos que los que sueño. Por eso escribo.

Extracto robado de los cuadernos del escritor

Entierran a Tandi por la mañana temprano. Al funeral asiste poca gente. Mujeres sobre todo. El administrador acude acompañado de su esposa. A fin de cuentas la difunta fue siempre su empleada doméstica. La ausencia del jefe sería sospechosa a ojos de la aldea. En contraste con su marido, Naftalinda está deshecha. En un momento determinado quiere tomar la palabra. Sin embargo, el llanto le impide hablar. Se recompone, se enjuga las lágrimas y, poco a poco, adopta la gloriosa pose de la exaltación:

—Los leones rodean la aldea y los hombres siguen enviando a las mujeres a vigilar las huertas, siguen mandando a sus hijas y a sus esposas a recoger leña y agua de madrugada. ¿Cuándo vamos a decir que no?, ¿cuando ya no quedemos ninguna?

Esperaba que las demás mujeres la siguiesen en aquella invitación a la revuelta, pero ellas se encogen de hombros y se alejan, una a una. La primera dama es la última en abandonar la ceremonia. En su fuero interno, se siente la última de las mujeres. Como yo me siento el último de los cazadores.

Al final del sepelio, Florindo se acerca a mí para anunciarme que las escopetas llegarán al día siguiente.

—Tendrá refuerzos.

—No los necesito. Tengo bastante conmigo mismo. Guarde esas armas para otros menesteres. Para combatir a los cazadores furtivos, por ejemplo.

—Maliqueto y Genito recibirán armas y estarán a sus órdenes.

—No voy a ordenar nada. Si quiere crear otro equipo, adelante. Lo que yo tengo que hacer, lo haré solo.

La discusión se hace densa. Los presentes se alejan en señal de reprobación. Aquel no es, ciertamente, ni el lugar ni el momento oportuno, pero el administrador está demasiado exaltado:

—¿Sabe cuánto arriesgo políticamente? ¡Yo, que tanta fe había puesto en esta cacería para mi ascenso! ¿Qué es lo que quiere, que me involucre en otros métodos?

El escritor nos empuja lejos de la iglesia. Él retoma el diálogo:

—No le entiendo, querido Makwala. ¿Qué quiere decir con «otros métodos»?

—A decir verdad —responde el gobernante—, estoy empezando a desconfiar de

la autenticidad de esos leones. Porque entran en la aldea, incluso de día, con una intención casi humana...

El escritor se ríe, pero Florindo no se aplaca: esos animales van en busca de alguien, olfatean las puertas, son autores de una muerte por encargo. Solo puede tratarse de leones fabricados: ¿qué otra razón los lleva a no comerse la carne envenenada que previamente se les ha puesto como cebo? Y ¿por qué motivo desgarran la ropa colgada en los tendederos?

—Puede estar seguro de que ningún león de verdad se comporta así —concluye, enfático, el administrador.

Ya en casa, preparo la comida. El escritor está en la sala, trabajando. Me doy cuenta de que está registrando mis caóticos papeles. Ya no me importa. Yo también leo sus cuadernos y hasta le robo algunas frases. A cambio, empiezo a tomarle un gusto tardío a escribir. En la escritura hay algo que me recuerda al placer de la caza: en la página en blanco se esconden sobresaltos y sorpresas infinitas.

Sirvo el plato de Gustavo, lleno su vaso. El escritor empieza a sentirse incómodo con mis atenciones. Durante la comida ninguno de los dos pronuncia una palabra. Al final, voy a la habitación y vuelvo para lanzarle bruscamente la escopeta a los brazos.

—¿Qué haces, Arcángel?

—Es tuya. La escopeta es toda tuya.

—Por favor, Arcángel, ¿para qué demonios quiero yo esta porquería de arma?

Levanto la palma de la mano para sugerirle que me escuche, sin interrupción.

—¿Recuerdas lo que pasó la noche en que Hanifa nos llamó? ¿Te acuerdas de cuánto tardé en disparar?

Con sumo cuidado, el escritor coloca el arma en el suelo, como si estuviese manipulando una carga explosiva. Espero que termine la delicada operación y prosigo:

—Hace días quisiste saber con qué mano disparaba. Pues ni con la derecha ni con la izquierda. Ya no disparo.

—No te entiendo.

—Mis dedos ya no me obedecen, mis dedos han muerto. La verdad es esta: ya no puedo cazar.

Levanto muy alto los brazos enseñando los dedos arqueados como ganchos viejos. El escritor no sabe qué decir. Me muestro tan sincero, tan derrotado, que le cuesta ver desmoronarse la imagen que se había construido de mí.

—Ya no tengo manos —concluyo, vencido.

Observo mis manos como si nunca las hubiese visto, como si me resultaran completamente extrañas, del mismo modo en que, en el hospital, mi hermano

Rolando contempla la inutilidad de su cuerpo.

—No se lo digas a nadie —le ruego apenas sin voz.

—Nadie lo sabrá —me tranquiliza Gustavo. A continuación, me pregunta—: Perdona, ¿pero no sería mejor aceptar la oferta del administrador y cazar con la ayuda de Genito y Maliqueto?

—Nunca.

—No lo entiendo. Al final, ¿quién va a matar a los leones?

—Tú.

—¿Cómo?

—Los vas a matar tú.

—¡Estás loco!

—Yo lo supervisaré todo, no te preocupes. En el momento preciso, solo tendrás que apretar el gatillo.

Esperaba que el hombre fuese más enfático, que se negase del todo. No obstante, Gustavo Regalo parece ponderar la situación. Quizás el escritor empiece a ceder a unas ganas reprimidas. Vuelve a levantar el arma, la sopesa y apunta a un blanco imaginario.

—¿Crees que acertaría al bicho? —pregunta.

En el alma del escritor aflora un sentimiento nuevo. En él despunta un entusiasmo casi pueril. Y pienso: todo lo que hemos construido tan cuidadosamente durante siglos para alejarnos de nuestra animalidad, todo lo que el lenguaje ha recubierto con metáforas y eufemismos (el cuello, el rostro, la cintura) se transforma en un instante en su sustancia desnuda y cruda: la carne, la sangre, el hueso. El león no solo devora personas. Devora nuestra propia humanidad.

—¿Y si fallo? —quiere saber Gustavo.

—No te preocupes, escritor. No es tanto para matar al león para lo que te entrego la escopeta. Es para que me defiendas a mí.

Espero que el escritor me defienda. Al parecer, ya se ha adelantado en la defensa de alguien: ha enviado un informe al gobierno central denunciando la inercia de Florindo ante la violación de Tandi.

—¿Has hablado con Naftalinda? —le pregunto.

—Ella misma me pidió que denunciase el crimen. Y Hanifa, la asistente, también me abordó: declaró que su marido, Genito Mpepe, iba a la cabeza del grupo de violadores.

—¿Confías en lo que dice Hanifa después del episodio de aquella noche?

—El mismo Genito Mpepe confesó que estaba en el *mvera* al mando de esos energúmenos.

El sueño de los leones en la iglesia me viene a la mente. Y recuerdo el extraño vaticinio del padre Amoroso: «No has venido a cazar leones. ¡Has venido a matar a una persona!».

El funeral de Tandi, tan despoblado y modesto, me había perturbado más de lo que imaginaba. No me dejaron participar en los entierros de mi madre y de mi padre. No tenía la edad apropiada. No sé si hay una edad apropiada para contemplar la muerte. La desaparición de Tandi me afectó como si me hubieran arrancado una parte de mí. En mis manos tuve un hueso de aquella mujer. ¿Cómo puedo dormir sin que me visiten fantasmas?

El techo va ganando peso y voy deslizándome en una somnolencia dulce y poco común. En esa frontera entre la vigilia y el sueño, veo a mi cuñada en mi habitación con la ligereza de una sombra. Estoy soñando, no quiero salir del sueño. Luzilia surge entre la neblina, Luzilia se insinúa por la casa, Luzilia entra en mi cuarto. Guapa, perfumada, seductora. Se abraza a la escopeta y empieza a bailar con ella. Acaricia el arma como si de ella recibiera vida con la que ella se llena. Sentado, inmóvil, sigo sus sinuosas insinuaciones. La mujer roza con la cara el cañón de la escopeta mientras clava su mirada en mí, midiendo mis ojos.

—¡Cuidado! ¡Está cargada! —la aviso.

—Lo sé, por eso bailo con ella. No hay baile que no sea así de peligroso, casi fatal —añade la enfermera—. Empezamos en los brazos de la vida, acabamos bailando con la muerte.

Los labios de Luzilia besan el gatillo y, después, chupan el cañón con lascivia. Sus ojos permanecen clavados en los míos. Sin embargo, me mantengo frío y distante. Ya se sabe: hay un momento para amar, hay un momento para cazar. Nunca se mezclan. Si cediese, estaría traicionando una antigua tradición: en tiempo de caza no puede haber sexo.

—¿No lo ves, Arcángel? Soy la serpiente coja...

Entonces lo entiendo: la mujer pretendía apropiarse de mi alma. Para mi sorpresa, Luzilia empieza a desnudarse y su cuerpo va emergiendo con una voluptuosidad lenta. La luz que incide sobre ella le confiere una irrealidad lunar. Se acerca, se pone de espaldas y se apoya en mí dibujando las curvas de su cuerpo. En mi pecho se procede a la fundición de los hielos: me despliego, abierto hasta el tuétano de par en par, sin voz, cual inflamada llama.

—¿No dices nada, mi Arcángel querido? —pregunta.

Lo que me pide es una tarea hartamente difícil: estoy secuestrado por la tentación, cuando quiero hablar me falta la garganta, cuando la quiero tocar me faltan los dedos. Exactamente igual que en la caza, en el amor también he dejado de ser dueño de mi

cuerpo. Lo que sale de mí no es más que un soplido inarticulado:

—¿Hablar yo?

De repente, me desafía. La boca, los dientes, la lengua, todo en ella se conjuga para extraerme el alma. Y casi me muero, abandonado en el abismo del sueño.

Amanezco somnoliento y camino por el pasillo mientras en el exterior se anuncian los primeros indicios de la mañana. Me cruzo con el escritor, que me dice a quemarropa:

—Acaba de salir de aquí una mujer.

—¿Una mujer? ¿Qué mujer?

—No sé, no la conozco. Ha llegado de Maputo, ha venido buscándote. Dice que se llama Luzilia.

—¿Luzilia?

Por fuera impávido, por dentro como un volcán: heme aquí atrapado por sorpresa como un animal emboscado. En apariencia inmóvil pero corriendo por dentro, impetuoso, adolescente, rendido a la tentación. Y ya sentía el cuerpo de Luzilia contra el mío, embelesado por gemidos y suspiros. No solo buscaba la consumación de un sueño, sino la cicatrización de la herida del rechazo.

Una hora después, Luzilia regresa. Me saluda con un beso en la cara que casi me roza los labios. Atenúa en su piel el roce áspero de mi barba mal afeitada. Siento sus senos contra mi pecho y así permanecemos un rato.

—Sabía que vendrías.

—Mentira. Ni siquiera lo sabía yo.

—¿Cómo está mi hermano?

—Estoy aquí por él. Tu hermano..., no sé cómo decírtelo...

—¿Ha muerto?

—No, todavía no.

—¿Cómo que todavía no?

—Rolando quiere que vuelvas a Maputo urgentemente. Hay cosas que quiere decirte antes de morir.

—Necesito un día más aquí. Después regresaremos juntos.

—Entonces me vuelvo a Palma, allí me alojo en una pensión. Ven a verme mañana.

—No te vayas, Luzilia. Quiero enseñarte el río. Luego te llevaré a Palma en coche.

Desde la orilla más elevada del Lideia contemplamos el valle en silencio absoluto. Solo después de sentarnos en las piedras de granito, la enfermera se dispone a hablar:

—Hay cosas que te debo revelar. Primero sobre tu madre, sobre su muerte.

—Sé lo que pasó. Estaba enferma.

—Tu madre murió de *kusungabanga*.

—¿Es el nombre de una enfermedad?

—Digamos que sí. Una enfermedad que mata a los otros, a los que no están enfermos.

En un primer momento no lo entiendo, pero después Luzilia me lo explica: en la lengua de la provincia de Manica, el término *kusungabanga* significa «cerrar con cuchillo». Antes de emigrar en busca de trabajo, hay hombres que cosen la vagina de su mujer con aguja e hilo. Muchas mujeres contraen infecciones. En el caso de Martina Baleiro, esa fue su infección mortal.

—Rolando lo sabía, por eso mató a tu padre. No fue un accidente. Vengó la muerte de vuestra madre.

La rabia me invade el corazón: ¡mi hermano mató a mi padre! Y me repito a mí mismo «mi padre» como si fuese más mío que de Rolando. La acusación cede poco a poco a otro sentimiento semejante a la envidia.

—Dime, Luzilia, ¿mi hermano puede dormir?

Rolando dormía, me confirma su esposa. ¿Cómo podía serme indiferente? Mi hermano había conseguido el exilio total que yo siempre había anhelado. Envidiaba en Rolando la locura y el sueño. Envidiaba en él a su mujer, el amor correspondido que nunca tuve.

Me aparto de Luzilia y me acerco a la empinada pendiente para divisar mejor el valle. Desde que he llegado a Kulumani las aguas del río han crecido. En las lejanas montañas de su nacimiento ya debe de estar lloviendo. El río no duerme nunca. En eso se parece a mí.

—Aquí, junto a este río, enamoré a una muchacha...

Esgrimo aquel recuerdo difuminado como si fuera un arma, movido por unas ganas absurdas de hacer daño a Luzilia. Y prosigo:

—Sé que había dos hermanas, pero no recuerdo sus nombres ni sus caras. Llegué a besarme con una de ellas, pero no me acuerdo de ninguna. Quizás si las volviese a ver...

—¡Ay, los hombres! Una mujer nunca se olvidaría de eso. Apuesto a que ellas se acuerdan de ti.

—Confieso que en aquel momento yo bebía mucho, e incluso llegué a consumir

ese aguardiente que se fabrica por aquí.

—¿Y qué habías venido a hacer a este fin del mundo?

—Vine a matar a un peligroso cocodrilo.

—¿Y lo conseguiste?

—¿Acaso dudas de mis dotes de cazador?

—No siempre has cazado a quien querías.

Hago como si no la escuchara. Sigo el ejemplo de los felinos que disimulan estar distraídos antes de lanzarse sobre la presa. Ya no sé lidiar con Luzilia si no es como cazador.

—Hay algo que no comprendo. ¿Es verdad que entiendes lo que dice Rolando, su manera de hablar?

De repente, me siento cercano a la desconfianza de mi padre frente a la fidelidad de las cartas de mi madre. ¡Dios mío! ¡Cuánto me parezco a Henrique Baleiro! Luzilia está muy lejos de mis pensamientos cuando responde:

—No te olvides de que soy enfermera. Además, ¡hace tanto que cuido de él! Escucho a tu hermano como quien lee las líneas de la mano.

Y que no olvidase que Rolando sabía hacer uso de la escritura. Siempre había sido su arma, su refugio. Del bolsillo de los pantalones, Luzilia extrae dos trozos de papel. Escoge el más arrugado y me lo entrega. Es una carta de Rolando, reconozco su caligrafía de eterno niño bien educado. No me gusta leer en voz alta. Me siento frágil, ridículo, al desnudo. Por eso, leo en sordina.

Querido hermano: me imagino que el estado en que me encuentro te duele. Quiero que sepas que no sufro. Al contrario, soy feliz porque nunca más podré volver a ser un Baleiro. Me despojé de mi nombre heredado con el mismo placer con el que algunas viudas queman los trajes del marido que las tiranizó. Después de aquel disparo dejé de sentir miedo, dejé de sentir miedo de la persona que fui. Ya no me espera ningún crimen. Estoy vacío, como solo puede estarlo un santo. ¿Te acuerdas de cómo nos llamaba nuestra madre? Angelitos míos, así nos llamaba. Aquí, en este refugio en el que estoy, no hacen falta ángeles ni demonios. Nos bastamos nosotros mismos. Sí, yo maté a nuestro padre. Lo maté y lo mataría de nuevo si él volviese a nacer. Cumpló órdenes. Recibí esas órdenes sin palabras. Bastó la mirada triste de nuestra madre. No sientas pena de mí, hermano. La locura, primero, fue mi coartada. Después se convirtió en mi absolución. Nuestra madre siempre había avisado: una bala mata en ambas direcciones. Al matar al viejo Baleiro, yo mismo me suicidé. Una vez, después del fallecimiento de nuestra madre, dijiste: ojalá me muriera. Ahora puedo decírtelo. No es la muerte la que concede ausencia. El muerto aún está presente: todo el pasado le pertenece. La única manera de dejar de existir es la locura. Solo un loco está ausente.

Esas líneas confirmaban mi antigua sospecha: mi hermano se hacía pasar por loco. La única criatura realmente enferma era yo, con mis atormentadas noches, con los crueles recuerdos de un pasado mal vivido.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? ¿Mi hermano y tú habéis hecho el amor alguna vez?

Luzilia no responde. Solo sonrío, triste. Despliega lentamente el segundo papel y lo agita delante de mí.

—¿Reconoces esto?

Es mi vieja carta, aquella misiva desafortunada en la que, hace muchos años, me declaré enamorado. Sin decir más, Luzilia avanza hacia mí, su sonrisa triste adquiere ahora un cariz enigmático. Me besa.

—Vamos a Kulumani, vamos a tu habitación.

—No podemos. El escritor comparte el espacio conmigo.

—Vamos a Palma, allí estaremos más tranquilos.

Entramos en el coche. La mano de Luzilia retrasa mi gesto para arrancar el vehículo. Susurra a mi oído:

—Tenías razón, esta es tu última cacería. Porque he venido a buscarte...

Partimos en silencio, la mano de Luzilia siempre apoyada en mi brazo.

—Esta noche... —e interrumpe la frase, buscando la palabra.

—¿Sí?

—Esta noche hazme sentir miedo de mí misma.

Miro la carretera de arena que se abre ante nosotros, con más curvas que distancia, y pienso: la vida es la espera de lo que puede ser vivido.

Versión de Mariamar (7)

La emboscada

Ten cuidado con los leones, pero ten más cuidado todavía con la cabra que vive en el cubil de los leones.

Proverbio africano

Desde la llegada del cazador, los días han transcurrido espesos pero vacíos como las nubes de invierno. Durante todo este tiempo he estado prisionera en mi propia casa, husmeando los frustrados preparativos de las expediciones de caza. Oía los pasos de mi padre colándose de madrugada y el ruido del jeep me empujaba a la ventana para espiar a Arcángel Baleiro.

Sin embargo, poco a poco, el interés por mi amado se ha ido desvaneciendo. ¿Por qué no me enviaba una señal de su deseo de volver a verme? La verdad solo era una: para él, yo había muerto. Ya no había ilusión que prolongar. Esa decepción profunda es la que me hizo renunciar a él. Ya no quería escaparme de casa, renunciaba al reencuentro con el cazador. Prescindía del río, del viaje y del sueño.

No era la única persona a la que Arcángel Baleiro decepcionaba. Los ancianos de la aldea, impacientes, empezaron a reunirse en la *shitala* y un ambiente de conspiración dominó Kulumani. Florindo Makwala, el administrador, comenzó a dejarse ver en las reuniones de los ancianos. Su presencia era algo inédito en la aldea. Makwala se había desmarcado siempre de ese mundo que él calificaba como «tradicional», se había distanciado siempre de la gestión de las cosas invisibles. Por eso resultaba extraña aquella proximidad repentina.

Esta misma tarde ha sucedido algo inesperado. El administrador Florindo Makwala ha venido a nuestra casa. No es costumbre que los jefes se desplacen de su residencia para tratar asuntos de gobernación. Esta vez, no obstante, Makwala ha venido a pedir favores. Mi padre y él, encerrados en la sala, negocian un rato. Empiezo a temerme que el motivo del negocio sea yo. El temor se confirma cuando, más tarde, me llaman para recibir una orden perturbadora:

—Esta noche te irás con el administrador —sentencia Genito Mpepe.

—¿Pero no estoy prisionera? —pregunto.

—Dormirás en su casa —afirma mi padre, a disgusto.

En presencia del visitante me contengo, apabullada por dentro. En cuanto Florindo se marcha, sin embargo, mi súplica irrumpo:

—Padre, no me haga eso. Por el amor de Dios, no quiero...

—No tienes que querer.

—Pero, *ntwangu*, por favor, piénsalo bien —declara mi madre, actuando en mi defensa de improviso—. Ese Florindo, ese gusano rastrero...

Mpepe no permite argumento alguno. Que nos callemos. ¿Acaso sabíamos que, en el silencio de la noche, se conspiraba contra su persona? ¿Acaso entendíamos lo frágil y aislado que se sentía? Hacer favores al administrador era su oportunidad soberana para conseguir protección y respeto.

En silencio, mi madre me prepara un baño, me viste y me peina. El ocaso acecha cuando ella me acompaña a la residencia de Florindo Makwala. Permanece inmóvil en la carretera viéndome entrar al recinto y me llama:

—El pañuelo, hija mía...

Y me pasa la mano por la cara fingiendo que me arregla el peinado. Se queda así, prisionera de su propio gesto. Me mira lentamente antes de decir:

—No te preocupes, hija mía, estás muy guapa.

Y se marcha de regreso a casa. Me quedo sola, indecisa, a la entrada de lo que el administrador siempre ha insistido en decir que no era una «casa» sino una «residencia». Mi titubeo es breve: el administrador me recibe en la puerta y me invita a entrar en su despacho. Hay un gran sofá que se apresura a ocupar mientras yo recorro con la vista las paredes, donde destaca un calendario enorme con una mujer china lascivamente tendida sobre el capó de un coche.

—Falta la foto de Su Excelencia, tu madre Hanifa estaba limpiando y acabó rompiendo el cristal. Espero fondos para un marco nuevo...

Espero de pie mientras el administrador se hunde en sí mismo, la cabeza inclinada sobre las rodillas.

—¡Estoy tan desesperado, Mariamar!

No tardará, pienso, en deshacerse en lágrimas. En un impulso maternal me siento a su lado, pero después me quedo quieta, como se espera de alguien de mi estatus.

—Dame la mano —me pide Florindo.

Torpe y aturdida, tiendo el brazo y entreabro los dedos. Continúo así un rato sin que el administrador responda a mi gesto.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Miento, negando tímidamente con la cabeza. Un olor acre me quita el aliento. Florindo Makwala me agarra la mano y me conduce por el despacho como hacen las parejas de ancianos cuando se retiran a su habitación. Recorre un pasillo oscuro y, delante de la puerta del fondo, acerca su cara a la mía. Vuelvo la cabeza de manera abrupta, pero él insiste y me susurra al oído:

—Tengo un problema con mi esposa, Naftalinda.

Por fin, se explica. El motivo de mi presencia estaba, finalmente, muy lejos de lo

que sospechaba. En realidad, la desesperación de Florindo era otra. Naftalinda se había ofrecido como cebo para los leones. Su esposo había intentado disuadirla. En vano. La primera dama insistía en que dormiría desnuda y al raso durante varias noches seguidas, hasta que los leones se sintiesen atraídos y la devorasen. Esa era su intención declarada a menos que él, Florindo, se comportase como un hombre íntegro y asumiese una postura firme en el asunto de Tandi y unos cuantos más.

—Mi esposa, mi única y exclusiva esposa...

Naftalinda no le prestaba oídos. El administrador estaba aterrorizado. Era imperioso disuadirla de ese propósito suicida. La primera dama solo escucharía a alguien como yo, alguien que viviese en la misma soledad, que hablase el mismo lenguaje.

—¿Está seguro de que yo soy la persona adecuada, señor administrador? En casa todos dicen que ni siquiera soy persona...

El administrador estaba más que convencido. Naftalinda y yo teníamos una cosa en común: habíamos nacido el mismo año, ambas habíamos estudiado en la misión, ambas estábamos condenadas a no tener hijos y, por tanto, destinadas a no ser nunca mujeres.

—Entra en esa habitación y habla con ella, pero una cosa, no la llames nunca por su antiguo nombre. Ahora ya no le gusta...

En Kulumani recibimos nombres según la época y la edad. Oceanita fue el nombre inicial de Naftalinda, cuando aún era un bebé, debido al volumen de su llanto. Cuando lloraba era una marea creciente. Cada lágrima era un huevo de agua que caía estruendosamente al suelo.

La niña se hizo adolescente y su cuerpo se multiplicó en volumen. Su familia, preocupada, la puso al cuidado del padre Amoroso: para tanto cuerpo necesitaría muchas almas. En la misión nos encontramos la dos. Mi objetivo era curarme de la parálisis. El de ella ganar ligereza. Yo volví a caminar. Ella no perdió peso jamás. A pesar de haberse cambiado el nombre, nunca dejó de ser gorda. Cuando nos despedimos en la puerta de la misión, noté por primera vez acritud en su mirada y aspereza en su voz:

—No me llames Oceanita nunca más. Ahora soy Naftalinda.

La mandaron a la ciudad y no supe más de ella hasta que hace pocos días regresó a Kulumani acompañando a su marido y a mi cazador de leones. Desde ese día solo la he visto de lejos, cuando invadió triunfalmente la *shitala* de los hombres. Para mí seguía siendo Oceanita, pero para todos los demás no necesitaba ningún nombre. No era más que una esposa, una esposa muy particular. Era la primera dama de una aldea sin damas.

Ahora, la voluminosa esposa del jefe no quiere sino morir. Se me pasa por la cabeza que su voluntad suicida resulta, en definitiva, de la más pura generosidad. Era tan carnosa que los animales se saciarían y dejarían tranquila a la aldea durante muchas lunas. O quién sabe si los cazadores aprovecharían el momento y emboscarían a las maléficas fieras...

El administrador abre la puerta con sumo cuidado y me hace una señal para que entre sola. Avanzo en la penumbra, guiada por el ruido de una respiración jadeante. Se diría que los aires que espira se desploman, cansados, de su ancho pecho como aves heridas despeñándose por un precipicio.

Paso a paso voy descifrando sombras hasta detectar, por fin, la presencia de la primera dama. Está sentada en un viejo sillón, toda budificada, con los dedos metidos en dos copas de vinagre.

—Es para reblandecer las uñas —anuncia sin saludarme.

Su voz estridente es como la uña en el cristal. Mi escalofrío le pasa desapercibido. No levanta la vista de las manos.

—Me encantan mis uñas —afirma soplándose los dedos. Y añade—: Son la única parte delgada de mi cuerpo.

El olor a vinagre adereza el temor irracional que me había asaltado desde que entrara en aquella casa. Es una trampa, pienso, temblando. No es al león, es a mí a quien quieren capturar. La mirada inquisidora de la anfitriona, por fin, se clava en mí:

—Ya te he perdonado, amiga mía.

Ahora, tantos años después, se confesaba: siempre había sentido envidia de mí, de mi figura esbelta, de mis ojos rasgados. Esa envidia se volvía insoportable siempre que me subía a espaldas de los chicos y corrían conmigo y se caían conmigo formando un solo cuerpo y riéndose conmigo en una única carcajada.

—¡Cómo te odiaba, Mariamar! ¡Le pedí a Dios tantas veces que se te llevara!

Más habituada a la luz, la contemplo con la misma lentitud con que un estibador, en el puerto, inspecciona la carga. Mi mirada se asemeja al andar a tientas de un ciego. Miro fijamente a Oceanita sin llegar a verla nunca. Los codos invisibles, los hoyuelos lunares, los pliegues y repliegues: aquella mujer era una plantación de carnes. Entonces me percató: la irrita que la observe. Cuando intenta incorporarse parece un astro despegando del universo.

—Te ayudo —me ofrezco.

—No es necesario —rechaza enérgicamente.

Pero enseguida se desploma, como si le faltasen las rodillas. Y se apoya en mí como un barco amoldándose al muelle. Parece que le haya tomado el gusto a este apoyo prolongado. La aparto con cuidado, retrocedo unos pasos para volver a mirarla. Cuando hace unos días la divisé de lejos no pude evaluar su tamaño. Ahora lo constato: Naftalinda está tan gorda que, incluso de pie, parece siempre acostada.

De repente, se levanta la falda y me enseña sus partes prohibidas, y yo, de golpe, desvío la mirada. La primera dama, sin embargo, sigue inmóvil, como una estatua,

exponiéndose sin pudor.

—¡Mírame bien! Mírame sin miedo, las dos somos mujeres. ¿Cómo puede un hombre desearme a mí? ¿Cómo puedo seducir a Florindo, dime?

—No me hagas esto —le suplico.

—¿Qué te ha dicho Florindo? ¿Te ha dicho que me he ofrecido como comida para los leones? Pues no lo ha entendido. Quiero que me coman, quiero que me coman en sentido sexual. Quiero quedarme embarazada de un león.

Un león excavaría como un minero hasta llegar a su centro. Ese era su plan secreto. La miro. Es guapa de cara, tiene los ojos profundos, soñadores.

—¿Sabes qué, Mariamar? Siento nostalgia de nosotras, de la misión. La misión no era solo una casa religiosa: era un país. ¿Lo entiendes? Nosotras dos vivimos en el extranjero. Somos más blancas que ese Arcángel.

La ayudo a volver a sentarse en el sillón y le anuncio que voy a pasar la noche con ella, compartiendo la habitación como hacíamos en la misión.

—Naftalinda...

—Llámame Oceanita...

—¿Puedo acostarme en ese rincón?

—Donde quieras, pero primero ayúdame a salir, quiero cumplir mi sueño.

—No puedo. He prometido que no te dejaría salir.

—No será sino salir y entrar.

—Vamos, pero solo un momento, y aquí mismo, al lado de la casa.

Me toma de la mano y me lleva a un descampado enfrente de la administración. En la aldea todo el mundo duerme, en el campo no se oye más que el triste piar de los chotacabras. Naftalinda contempla las casas oscuras y se lamenta:

—Florindo me da pena. Es un payaso. Se cree que la gente lo venera. Nadie lo respeta, nadie lo quiere.

Da unos pasos en dirección a los arbustos que rodean el patio, elige un viejo tronco, se sienta en él y se coloca así, como si rezase. Naftalinda se adormece mientras yo me mantengo vigilante, a distancia. Poco a poco también me vence el sueño, hasta que, en cuestión de un segundo, sucede todo en una mezcla confusa y precipitada: un chasquido en la hierba, un rugido ahogado, una sombra que se proyecta como una bala de fuego sobre Naftalinda. Como un relámpago, veo a una leona enroscarse en su extenso cuerpo y las dos, casi indistintas, se abrazan en una danza fatal.

—¡Socorro, la leona! ¡Ayuda!

A gritos, acudo a socorrerla. La leona se extraña ante mi ataque. Con un ímpetu que nunca antes hubiera adivinado en mí, crezco en fuerza y tamaño y obligo a la leona a apartarse. Sería el momento oportuno para que Naftalinda escapara, pero rechaza mi ayuda y corre, de nuevo, a entregarse a la agresora. En un abrir y cerrar de ojos rodamos las tres: uñas y garras, babas y suspiros, rugidos y gritos se confunden. La rabia duplica mi cuerpo: muerdo, arañó, doy patadas. Sorprendentemente, la leona

acaba cediendo. Se retira, vencida, con la dignidad de una reina destronada. Y desaparece en la oscuridad por la carretera.

Permanezco tendida sobre Naftalinda unos segundos cuando, de repente, el firmamento se descarga en mi espalda. El dolor es inmenso, grito con desesperación, ruedo sobre mí misma y, de reojo, atisbo a Florindo con una porra erguida por encima de la cabeza, listo para asestarme el golpe final.

—¡Soy yo! ¡Soy yo, Mariamar!

Un coro de voces hace eclosión:

—¡Mátala, Florindo! ¡Esa mujer es la leona en persona!

A nuestro alrededor se reúne la aldea entera pidiendo justicia. A mi lado, Naftalinda está cubierta de sangre. Se arrodilla, abre los brazos protegiéndome el cuerpo y proclama en una especie de alarido.

—¡Que nadie toque a esta mujer! ¡Nadie!

Florindo Makwala, empuñando aún la porra, confuso, ordena a la muchedumbre que se aleje. Se arrodilla a mi lado para conocer mi estado. Su voz también suena arrodillada cuando murmura:

—Perdona, Mariamar, en la oscuridad no he visto que eras tú.

En un primer momento, la gente se echa atrás. Pero después, al unísono, retoman la exaltación inicial e invocan mi ejecución inmediata. Y se reproduce la enloquecida embestida. Me asalta un sueño antiguo, voy a morir como siempre he soñado, tendida en la extensión de una playa, unas siluetas suspendidas como buitres están listas para devorarme el alma. Y ya no me duelen los golpes, ni las patadas, ya no distingo los improperios ni me doy cuenta de que, como una ola del mar, la multitud se disuelve. Quien hace que la horda alucinada se desvanezca es Florindo Makwala, agigantado en cuerpo y voz. Así, visto desde el suelo, parece una montaña, y su mandato es el de una divinidad airada:

—¡Atrás! ¡Atrás u os mato con mis propias manos!

Maravillada, Naftalinda contempla al esposo como si no lo reconociera. Después, suspira:

—¡Mi hombre, mi hombre ha vuelto!

El administrador se mantiene como una estatua amenazadora hasta que, de repente, se oyen disparos. Primero, lejos. Durante unos instantes la gente se queda inmobilizada, entre la expectativa y el recelo. Después hay más tiros, esta vez más cerca. Los mirones corren en dirección a la carretera. Enseguida se propaga un vocerío, vibrante pero imperceptible. Pienso que ha llegado Arcángel. El cazador ha venido a salvarme, al final comparece ante mi corazón exhausto. Los gritos son ahora claros:

—¡Han matado a los leones! ¡Han matado a los leones!

Me incorporo con dificultad y, tambaleante, también me dirijo hacia la carretera. Y allí está él, ¡mi salvador! Con el arma al hombro, destaca en la oscuridad y camina en mi dirección. Poco a poco, sin embargo, su figura se hace más precisa y

compruebo que no se trata de Arcángel Baleiro. Es Maliqueto, el policía. Rodeado por la muchedumbre, que lo recibe gloriosamente, blande en la mano derecha la oreja sangrienta del león abatido.

—He matado a este león allí en la sabana.

—Pero hemos oído los disparos aquí cerca...

—A la otra, a la leona, la han matado aquí mismo, en la carretera.

Una aclamación eufórica lo saluda. Nadie nota que Florindo carga, a solas, a su esposa herida de vuelta a casa. Soy la única que no tiene casa donde regresar. Soy la única que lloro en el oscuro suelo de Kulumani.

Diario del cazador (7)

El demonio santo

De huesos y sol, no de vida, se hace el tiempo. Porque la vida está hecha contra el tiempo. Sin medida, tejida de ínfimos infinitos.

Extracto robado a los cuadernos del escritor

Oigo tiros en plena noche. Me dan ganas de salir de Palma, tomar la carretera y buscar el origen de los disparos, que parecen proceder de Kulumani. Pero estoy preso, anclado al suelo en el que acabo de amar como nunca antes había amado. Junto a mí duerme la única mujer del universo. Luzilia descansa, medio desnuda en la cama, como si aquella mohosa pensión fuese su palacio.

—¡Cuánto echaba de menos despertarme!

Luzilia se despereza como si estuviera naciendo. Hace horas que la observo en la penumbra de la habitación de la pensión de Palma.

—¿Hace mucho que me miras?

—Desde siempre.

—Pues yo me he despertado como si siempre hubiese estado durmiendo. ¿Y tú?

—Hace poco he oído tiros. Venían de Kulumani. Tengo que ir.

Luzilia parece no haberme escuchado. Se viste con esa lentitud que solo la felicidad confiere. Después, vuelve a sentarse y habla abrazada a la almohada.

—He soñado con una loca, una loca que conocí, internada en el hospital. ¿Sabes lo que hacía?

La mujer recogía mariposas, les raspaba las alas y las metía en un frasco. ¿Y qué hacía con ese polen? Rellenaba su propia almohada. Decía que así volaba mientras dormía.

—Esta almohada debe de estar llena de polen.

La llave del coche cuelga de mi mano. Luzilia comprende el mensaje. Sugiere que regrese a Kulumani y después vuelva a buscarla. Quiere dormir más, prolongarse como mariposa en busca de nuevas alas.

Palma es una ciudad pequeña. Es imposible que dos vehículos no se crucen en sus calles. Por poco no me choco con el coche que transporta a Florindo Makwala. Abre la ventanilla y, sin bajar del jeep, quiere saber qué hago allí, lejos de la aldea.

—He estado cazando por estos parajes, pero he oído tiros procedentes de Kulumani.

—Han matado a los leones. Mis hombres han matado a los leones.

—¿Y qué hace aquí el administrador de Kulumani? ¿No debería estar festejándolo con sus hombres, con su pueblo fiel?

—Naftalinda resultó herida, la he traído al hospital. Nada grave, pero se ha quedado ingresada.

—¿Alguien más está herido?

—Genito está muerto.

Genito había matado a la leona, Maliqueto al león. A mí, el último cazador del mundo, no me quedaba sino la constatación del éxito de aquellos infames matadores. A mí, Arcángel Baleiro, que sabía de balas y no de escritura, no me quedaba sino redactar el informe de la incidencia.

Sin embargo, el administrador no quiere que parta inmediatamente a la aldea. Me pide que me detenga unos minutos en el centro de salud. Naftalinda se alegraría mucho de verme. Luego regresaríamos juntos a Kulumani.

La primera dama ocupa una habitación individual. Las sábanas cubren muy parsimoniosamente su vasto cuerpo. El hombro de Naftalinda está envuelto en una ancha venda que en ella parece un trapo mínimo. La mujer toma mi mano y me mira de manera maternal:

—Tengo que pedirle una cosa. Llévase a Mariamar a Maputo.

—¿A Mariamar?

—La hija menor de Hanifa. En una semana yo también iré y me ocuparé de ella.

—Quédese tranquila, lo haré.

—Es un hombre bueno, me recuerda a Raimundo, el ciego de la aldea. En los dos hay algo parecido, algo raro...

—¿Algo raro?

—Ese ciego va de acá para allá por las noches, duerme al raso y nunca lo han atacado los leones. ¿Sabe por qué no lo han atacado nunca?

—¿No me diga que es uno de esos hombres leones?

—Al contrario. Es porque él, entre todos los hombres de la aldea, es el único que es completamente persona, completamente humano. Igual que usted, nuestro cazador...

—Y ahora yo también —interrumpe Makwala.

—Sí, tú también. Has vuelto a ser mi hombre, mi Florindo —después, vuelve a dirigirse a mí—: Si lo hubiese visto anoche...

—Tengo que irme, doña Naftalinda —me apresuro a decir, pero con delicadeza.

—Déjeme que lo vea. Parece muy feliz, muy joven.

—Esta noche he dormido en buena compañía.

—Pues yo también. Esta noche, después de tanto tiempo, he sido feliz. Incluso con dolores, he querido bien, he dormido bien y he soñado bien.

Naftalinda soñó que su madre la arrullaba de nuevo en sus brazos. Sin embargo, le cantaba en portugués, lo que en la vida real nunca había sucedido. Todas las canciones de cuna habían sido en maconde.

—Anteanoche —dice la primera dama— mis sueños no sabían hablar con mis recuerdos. Esta noche sí. Esta noche me ha mecido el tiempo.

En el camino de regreso, Florindo me confiesa que va a abdicar el cargo. Volverá a ser profesor. No es una elección, es una renuncia.

—Gustar, lo que se dice gustar, me gusta más la política, pero con Naftalinda no puede ser —y tras una pausa añade—: Usted hará el informe de la cacería, yo haré la denuncia de los que violaron a Tandi.

—Cuénteme qué pasó con Genito.

La historia era simple, pero enigmática como todo lo que sucede en Kulumani. El hombre había muerto al matar a la leona, junto a la carretera. La misma leona que había atacado a Naftalinda y Mariamar.

—¿Pilló a Genito por sorpresa?

El administrador no conocía los pormenores. Sí que sabía que el rastreador y la leona habían muerto abrazados, como si se hubiesen reconocido, íntimos parientes.

—Nos costó mucho separar los cuerpos. Parecía un parto al revés. Dicen que hasta el escritor lloró. No pudo hacer fotos.

Me imagino al escritor y sus lágrimas. Con toda seguridad lágrimas inventadas, como las palabras que crea. Y pienso que, a fin de cuentas, el viaje le ha servido. Ahora, Gustavo Regalo sabe lo que es un león. Y sabe mejor lo que es un hombre. Nunca más preguntará el porqué de la caza. Porque no hay respuesta. La caza sucede de espaldas a la razón: es una pasión, un vértigo alucinado.

—¿Está triste porque no ha sido usted quien ha matado a los leones? —me pregunta Gustavo, a bocajarro.

—¿Triste yo?

—Sé lo que me va a responder. Que usted no mata, que usted caza.

He pasado la noche con la mujer de mis sueños. ¿Cómo voy a estar triste? Quizás,

sí, ahora querría todas las noches que hay en el tiempo. El cazador es un hombre adicto a los milagros. El cazador es el demonio santo.

Versión de Mariamar (8)

Sangre de fiera, lágrima de mujer

Cuando las telarañas se juntan, pueden amarrar a un león.

Proverbio africano

Confieso ahora lo que debería haber anunciado desde el principio: yo nunca he nacido. Mejor dicho: nací muerta. Hoy mi madre todavía espera mi lloro natal. Solo las mujeres saben cuánto se muere y cuánto se nace en el instante del parto. Porque no son dos cuerpos los que se separan: es la laceración de un único cuerpo, de un cuerpo que querría guardar dos vidas. No es el dolor físico lo que en ese momento más abrumba a la mujer. Es otro dolor. Es una parte de sí que se desprende, el desgarro de un camino que, poco a poco, devora a nuestros hijos, uno por uno.

Por eso no hay mayor sufrimiento que el de dar a luz un cuerpo sin vida. En los brazos de mi madre depositaron aquella criatura inanimada y todos salieron de la habitación. Dicen que cantó para acunarme, invocando la misma letanía con la que había celebrado sus anteriores partos. Horas después, mi padre tomó en brazos mi cuerpo sin peso y dijo:

—Vamos a enterrarla a la orilla del río.

Al borde del agua se entierra a los que no tienen nombre. Allí me dejaron, para que me acordase siempre de que nunca había nacido. La tierra húmeda me abrazó con el mismo cariño que mi madre me había dedicado en sus vencidos brazos. Conservo en la memoria aquel oscuro regazo, y confieso que lo echo de menos como se echa de menos a una abuela lejana.

Sin embargo, al día siguiente, se dieron cuenta de que la tierra se movía en mi tumba reciente. ¿Un animal subterráneo se ocupaba de mis restos? Mi padre se provisionó de un machete para defenderse de la criatura que emergía del suelo. No llegó a usar el arma. Una pequeña pierna sobresalió del polvo y revoloteó como un mástil ciego. Después aparecieron las costillas, los hombros y la cabeza. Estaba naciendo. El mismo temblor convulso, el mismo grito desamparado de los recién nacidos. Estaba siendo parida del vientre del que nacen las piedras, los montes y los ríos.

Dicen que mi madre, en ese momento, envejeció todo cuanto tenía que envejecer. Ser viejo es esperar achaques. En ese instante, Hanifa Assulua era toda ella una enfermedad. Mi padre observó el rostro grave de mi madre y preguntó:

—¿Acaso soy padre de un topo?

Entonces, una luz extraña se posó en mi pequeña carita. Y en ese momento se vio la profundidad de mis ojos, tan profundos como el remanso de las aguas del río. Los presentes contemplaban mi rostro y no soportaban el incendio de mi mirada. Mi padre, temeroso, titubeaba:

—Sus ojos, esos ojos...

Una sospecha fue despuntando en todos: yo era una persona no humana. Nadie se atrevió a hablar. Sin embargo, mi madre no tardó en apercibirse: en mis ojos claros se traslucía otra alma lejana. Se preguntaba, en solitario llanto, la razón de que mis ojos fueran así de amarillos, casi solares. ¿Alguna vez se han visto semejantes ojos en una persona negra? Quizás mis ojos se iluminasen así de tanto buscar en los sombríos subterráneos.

Las tinieblas, dicen, son el reino de los muertos. No es verdad. Como la luz, la oscuridad solo existe para los vivos. Los muertos habitan en el crepúsculo, en ese intersticio entre el día y la noche donde el tiempo se enrosca en sí mismo.

Quien vive en la oscuridad inventa luces. Esas luces son personas, voces más antiguas que el tiempo. Mi luz siempre ha tenido un nombre: Adjiru Kapitamoro. Mi abuelo me enseñó a no tener miedo de las tinieblas. En ellas descubriría mi alma nocturna. En realidad, fue la oscuridad la que me reveló lo que siempre he sido: una leona. Eso es lo que soy: una leona en un cuerpo de persona. Mi apariencia era humana, pero mi vida sería una lenta metamorfosis: la pierna convirtiéndose en pata, la uña en garra, el pelo en melena, la barbilla en mandíbula. Esa transmutación se ha demorado todo este tiempo. Podía haber sido más célere, pero yo estaba atada a mi principio. Y tuve una madre que solo cantó para mí. Esa nana ensombreció mi infancia y retrasó al animal que había en mí.

Poco a poco, no obstante, algo fue cambiando en nuestra casa. A ejemplo de las leonas, me fueron dejando a mi suerte. Poco a poco, Hanifa Assulua me abandonó, sin culpa, sin una palabra de consuelo. Como si hubiese comprendido que yo solo había ocupado su vientre y morado en su vida por accidente.

Después de la contienda con la leona regreso a casa, la espalda dolorida y los brazos destrozados. No me presento ante mi madre. No me atenderá. El único amparo que me resta es el interior de mí misma. Procedo como los animales heridos, me acurruco en posición fetal. Cuando ya floto entre el sueño y la vigilia, el abuelo Adjiru comparece ante mí. No es una visión. Es él, mi abuelo. Está en el porche, sentado en una estera. Aquel era su trono más antiguo.

—¿No quiere ir adentro? —le pregunto.

—Se espera aquí, en el porche —responde.

Quiero tomar su mano, me rechaza. Que otras manos ya lo amparan, me explica. Entonces me pide que lo escuche. Que yo ignoraba verdades sobre mi existencia. Inspira hondo, como si supiese que tiene el tiempo contado, y después habla sin interrupción. He aquí lo que Adjiru Kapitamoro dice:

Quizás tú, querida nieta, creas que no eres humana. Hay visiones que te asaltan, hay delirios que te perseguirán para siempre, pero no creas en esas voces. La vida es la que te ha robado la humanidad: de tanto tratarte como si fueras un bicho, te has creído que eres un animal. Pero eres una mujer, Mariamar. Una mujer en cuerpo y alma. Y más que eso: tú, Mariamar, puedes ser madre. Yo mismo inventé que eras una mujer seca, infértil. Me inventé esa falsedad para que ningún hombre de Kulumani se interesara por ti. Así te quedarías soltera, disponible para salir y echar nuevas raíces lejos de aquí, libre para tener hijos con alguien que te tratase como a una mujer. Ese hombre lo encontraste. Ese hombre ha vuelto. Yo mismo lo llamé para que volviera a Kulumani. ¿Que cómo lo llamé? Pues como se llama a un cazador. Fabriqué leones y la fama de los leones se extendió por toda la nación. Ese es mi secreto: no soy, como pensaban, un escultor de máscaras. Soy un hacedor de leones. No porque sea un hechicero, sino porque desde que he muerto soy un dios. Y por eso sé de las mentiras del pasado y de las ilusiones del futuro. Enseguida, querida nieta, serás de nuevo mi Mariamar Mpepe. Lejos de Kulumani, lejos del pasado, lejos del miedo. Lejos de ti misma.

Con los ojos cerrados, escucho la larga narración de Adjiru y adivino sus intenciones. No quiere perder mi compañía. El único dios que me queda necesita más de mí que yo de él. Por eso insiste en que en mi existencia todo ha sido correcto. Yo era humana, hija de humanos. Yo era así, solitaria y furtiva, dudosa de mi naturaleza, debido a los maltratos que sufrí en la infancia.

Vuelvo a abrir los ojos solo para confirmar que Adjiru ya no está allí. Inspiro hondo y escucho otra voz dentro de mí. Y esa voz llena de nuevo mi mente: no hay Adjiru, no hay leones fabricados, no hay dioses que enmienden el pasado. La verdad es muy diferente: no es la vida la que me ha deformado. Ya llegué, de nacimiento, negada como mujer. Visité el mundo de los hombres solo para cazarlos mejor. Mis piernas no se paralizaron por casualidad. El animal que había en mí pedía otra posición, más a gatas, más pegada al suelo, más cerca de los olores. Tampoco soy estéril por casualidad. Mi vientre está hecho de otra carne, estoy compuesta de almas cambiadas.

La aparición de Adjiru ya está lejos de mí cuando, de madrugada, voy a ver a la leona muerta. Junto a la carretera de Palma, en la orilla de arena roja, la leona yace como si descansara. Es la misma que atacó a Naftalinda, la misma contra la que luché. Si no fuese por la mancha de sangre bajo su omóplato, nadie diría que estaba muerta. Habían dejado al policía Maliqueto vigilando el trofeo para evitar que los

hechiceros pudiesen robar la carne. Los hechiceros, las hienas y los buitres son los únicos que comen carne de león. Todos los mirones se habían aburrido ya y solo Maliqueto permanecía como guardián de los despojos.

Ignorando la presencia del policía, me postro ante la felina. Contemplo sus ojos abiertos, la lengua colgando como si solo estuviese sedienta y cansada. Me libero de la ropa y, completamente desnuda, me tiendo al lado de la leona, apoyando la cabeza en su cuerpo inmovilizado. ¿Y si todavía se podía escuchar el latido de su corazón? Demasiado tarde: no oigo más que mi pecho.

Maliqueto mira hacia mí con una mezcla de recelo y extrañeza. Luego vuelve a mirar al suelo y afirma:

—Se han llevado el cuerpo de tu padre hace muy poco.

—¿De mi padre?

—Sí. Genito Mpepe ha muerto. La leona lo mató. ¿No lo sabías?

No respondo. No sé medir lo que siento. Quizás no sienta nada. O quizás esa muerte ya hubiese ocurrido hace mucho tiempo dentro de mí.

—Fue muy raro —prosigue el policía—. Es como si tu padre no hubiera sabido reconocer el peligro. Caminó hacia la leona, sin arma, dicen que hasta hablaba con ella.

¿Genito hablaba con la leona? Algo me sonaba a falso en aquel relato. Con todo, hacía ya mucho que había renunciado a buscar alguna verdad en este mundo. Quiero hablar. Una cavernosa e incomprensible voz surge de mi garganta. Maliqueto me pregunta, asombrado:

—¿Qué has dicho?

No he dicho nada. Cuando intento repetirlo más claro confirmo que, una vez más, he perdido la capacidad de hablar. Sin embargo, esta vez es diferente: en adelante ya no habrá más palabras. Esta es mi última voz, estos son mis últimos papeles. Y aquí dejo escrito con sangre de fiera y una lágrima de mujer que he sido yo la que ha matado a esas mujeres, una a una. Soy yo la leona vengativa. Mi juramento persistirá sin descanso y sin tregua: eliminaré a todas las mujeres que queden hasta que, en este cansado mundo, solo queden hombres, un desierto de machos solitarios. Sin mujeres, sin hijos, acabará la raza humana.

Como un fósforo devorado por el fuego, así veo el futuro. El cielo seguirá el ejemplo de la humanidad: morirá tan estéril como yo. Y ningún río acogerá en sus orillas los cuerpos difuntos de los niños. Porque no nacerá nadie. Hasta que los dioses vuelvan a ser mujeres, nadie más nacerá bajo la luz del sol.

Esta noche partiré con los leones. A partir de hoy las aldeas se estremecerán con mi engolado lamento y las lechuzas, de miedo, se convertirán en aves diurnas.

Este presagio será, para los de Kulumani, la confirmación de mi estado de locura. Que me he vuelto así por distanciarme tanto de mis dioses, esos que traen nubes y derraman lluvias. Que he perdido la razón por haber dado la espalda a las tradiciones y a los antepasados que velan por la tranquilidad de nuestra aldea. Pero yo no

obedezco sino al destino: voy a unirte a mi otra alma. Nunca más me pesará la culpa como me sucedió la primera vez que maté a alguien. En aquel momento, todavía era demasiado persona. Sufría de esa dolencia humana llamada conciencia. Ahora ya no hay remordimiento, porque, mirándolo bien, nunca he llegado a matar a nadie. Todas esas mujeres ya estaban muertas. No hablaban, no pensaban, no amaban, no soñaban. ¿De qué les servía vivir si no podían ser felices?

Por la misma razón, unos años antes, maté a mis hermanas pequeñas. Fui yo quien ahogó a las gemelas. Todo el mundo cree que fue un accidente de barco, pero fui yo quien saboté la embarcación y la lanzó bogando a las olas del mar. Es mejor que aquellas niñas no crecieran nunca, porque solo se hubieran sentido vivas en el dolor, en la sangre, en el llanto. Hasta que un día, de rodillas, pedirían perdón a sus propios verdugos. Como he hecho yo con Genito Mpepe todos estos años.

Fui yo quien condujo a Silência hasta la boca de la muerte aquella madrugada fatal. Era mi hermana, mi amiga. Más que eso, era mi otra persona. Por su parte, sin embargo, los celos eran un obstáculo profundo. Silência siempre quiso ser yo, vivir lo que yo vivía, amar a quien yo amaba. Mi hermana siempre se apropió de mis sueños. Así sucedió con el cazador Baleiro. Enseguida me arrepentí de haberle relatado mis encuentros con el visitante. Porque ella me acusó de invertir la situación, como si aquella historia le perteneciese. En el fondo, lo que la torturaba eran los celos. Porque ella no tenía alma en sí misma para inventarse otra vida. El miedo la había matado. Por eso, cuando dejó de vivir no hubo fallecimiento.

Llego al final. Todo final es un principio, decía Adjiru Kapitamoró. Pero no este final. Este es el desenlace de todo, el desmoronamiento de los últimos cielos. Solo hay un deseo que no he cumplido: volver a ver el mar. Tal vez por eso, cuando noto que me duermo, en mi último sueño humano me invade aquel mismo sueño. El mar extendiéndose, aves de espuma surcando los aires, y Arcángel Baleiro resucitando esta vez del sueño de los ahogados y llevándome lejos de Kulumani, a ese lugar donde viven los espejismos y nacen los viajes.

Diario del cazador (8)

Flores para los vivos

He recorrido vastos abrigos, pero no he encontrado sombra sino en la palabra.

Cuadernos del escritor

Florindo Makwala me conduce hasta el león muerto, como si fuese una excursión a mi propio fracaso. No he cazado a ninguno de los leones. Mi hermano Rolando puede estar tranquilo: esta no ha sido mi última cacería. Esta no ha sido ni siquiera una cacería. Y mi madre, dondequiera que esté, puede enorgullecerse de su vaticinio: la caza y yo no convergemos ya en el mismo destino.

Por el camino pasamos a buscar a Gustavo Regalo. Lo encuentro sumergido en sus papeles habituales.

—Deja el trabajo, vamos a ver al león abatido.

—No es mi trabajo, estoy releiendo tu diario.

—¿Vale la pena?

—Escucha, yo soy escritor y sé valorar: quien escribe así no necesita cazar.

Se me hace un nudo en la garganta. Gustavo no tiene ni idea del valor de aquella recompensa. Fue una breve nota la que dio comienzo a mi historia con Luzilia. Eran las cartas lo que hacía arrodillarse a mi padre ante su mal amada esposa. Era envidia lo que yo alimentaba por Rolando cuando él se quedaba en casa, sentado como un soberano en compañía de los libros. Yo siempre he sido el de la calle, el del campo. Lo que Gustavo me daba ahora era una casa. Quizás por eso le ofrezco mi vieja escopeta. Gustavo la rechaza. Y yo le pregunto:

—Entonces, ¿no intercambiamos? ¿Tú cazas y yo escribo?

—Tú me has dado lo que, en la caza, está antes que la escopeta.

Y salimos a ver al león, el trofeo de una guerra tan costosa. El vehículo recorre, despacio, una pequeña distancia y se detiene junto a una colina. Sin decir palabra, bajamos del jeep y tomamos un atajo paralelo al río. Es temprano, el rocío todavía brilla en perlas sobre la hierba y las telarañas. Con la cámara de fotos colgando del pecho, el escritor avanza detrás de mí. Los espinos me rozan las piernas y los brazos. Un rastro de sangre es mi herencia. Soy un cazador que sangra más que la víctima.

—¿Quién ha matado al león? —quiere saber Gustavo.

—Ha sido Maliqueto —responde Florindo Makwala, que va a la cabeza—. Genito Mpepe mató a la leona, la que atacó a Naftalinda.

A la leona la mataron junto a la carretera. A esas horas ya se la habían llevado a la aldea, donde se exhibiría como una prueba del éxito de la cacería. Faltaba el macho, que era imponente. Por eso, el administrador había pedido que se fotografiase al león y no a la leona: la imagen rendiría más en los telediarios de la nación.

Más adelante, junto a un matorral, está el animal. Tendido como solo un felino se puede tender. Ha perdido su dignidad real. Lo que más impresiona son las garrapatas que le chupan el hocico. A medida que notan el sabor amargo de la muerte se dejan caer como fugaces guisantes grises. He venido a ver al león, el rey de la selva, y estoy absorbido por unos parásitos insignificantes. Imagino que una de esas garrapatas va creciendo y revienta como una granada de sangre, tiñendo de rojo todo el escenario.

—Hazme una foto junto al trofeo —insiste el administrador posando garboso con un pie encima del animal. Ilusión que no disipo: lo que allí hay ya no es un león. Es un despojo vacío. No es más que una carcasa desechada, una piel rellena de nada.

Voy a visitar a Hanifa Assulua. No me quedaré para el funeral de Genito. Quiero, al menos, expresarle mis condolencias. Además, tengo el encargo de llevarme a su hija, la única que ha sobrevivido.

Antes de entrar en el patio recojo unas flores silvestres. No quiero llegar con las manos vacías. Arrodillado, rebuscando entre las hierbas, la voz de Hanifa me sobresalta:

—¿Otra vez las flores?

Quiero explicarle que es Genito el destinatario de mi gesto, pero la viuda camina delante de mí a paso ligero sin ganas de escucharme. Ya a la sombra del porche, me ofrece una silla y se sienta en la estera. En silencio, se deja rodear por las vecinas vestidas de negro. No hay palabras para hablar de quien ha muerto. Por eso, en silencio, le entrego las flores con la debida explicación.

—Son para Genito. Flores cuando no hay palabras.

—¿Qué se puede hacer? Vivimos sin pedirlo y morimos sin tener permiso.

—Me da pena que haya acabado así.

—No es la viudedad lo que me duele. Ya era viuda hace mucho tiempo —desdramatiza Hanifa cuando nos saludamos.

Lo que le preocupaba era su hija Mariamar. Estaba enferma y en Kulumani nadie podía curarla.

—Tengo los papeles del hospital que confirman que hay que ingresarla. Mi hija se ha vuelto loca.

—He hablado con el administrador. Se viene conmigo. Pero ¿y usted?, ¿se va a quedar aquí sola?

—Tengo tumbas de las que ocuparme.

—Su hija vendrá a visitarla.

—Mariamar no puede volver. Nunca más. La matarían los vivos, la perseguirían los muertos.

Hanifa entra en casa y regresa, unos minutos después, con una muchacha del brazo.

—Esta es mi hija.

La joven está envuelta en una *capulana* que le cubre parcialmente la cara. Camina con pasos desanimados, como si fuese un espantajo. De su mano pende un cuaderno en cuya tapa puede leerse: *Diario de Mariamar*. Cuando su mirada se cruza con la mía, un vértigo me fulmina. De repente, esos ojos de miel me transportan a un pasado que parecía desvanecido. Desvío el rostro, soy cazador, sé escapar de las trampas. Esos ojos con tanta luz oscurecen el mundo. Pero es una oscuridad buena, un suave entorpecimiento de infancia. Los ojos de Mariamar, de tan claros, me devolvían a algo que, sin saberlo, había perdido mucho tiempo atrás. Ahora, me dirijo a ella como si retomase una conversación interrumpida y la voz casi me falta cuando le pregunto:

—¿Solo llevas este cuaderno? ¿No llevas una maleta de ropa?

—No habla —interfiere la madre—. Desde ayer ha perdido el habla.

Mariamar gesticula señalando el cuaderno. Ese balbuceo me recuerda a Rolando, mi pobre hermano, toda la vida tan íntimo de las palabras y ahora sin acceso a los vocablos más básicos. La muchacha de ojos de miel agita los brazos, la *capulana* se despliega como si tuviera alas y la madre traduce:

—Dice que este cuaderno es su única ropa.

Les doy tiempo, me aparto un poco para que las dos, Hanifa y Mariamar, cumplan con el adiós. Pero no hay despedida. La mano que se demora en la mano: es la única conversación entre madre e hija. Esa demora tiene un fin que casi se me escapa: hay una especie de collar que la madre deposita, discretamente, en la mano de la hija.

—También me gusta regalar collares —le digo.

—No es un collar —corrige Hanifa—. Lo que le estoy dando a Mariamar es la antigua cuerda del tiempo. Todas las mujeres de la familia han contado los meses de sus embarazos en este largo cordón.

El regalo conmueve a Mariamar. Una sombra nubla sus ojos y el cuaderno se le cae de las manos. Así, entreabierto en el suelo, puedo leer la primera de las páginas. Está escrito: «Dios fue mujer...». Sonrío. En ese momento estoy rodeado de diosas. En una y otra parte de la despedida, en ese desgarrar de mundos, son mujeres las que cosen mi historia desgarrada. Contemplo las nubes, que caminan con el torcido y pesado paso de la preñez. Enseguida se pondrá a llover. En Palma me aguarda la mujer que he esperado toda la vida.

Ya instalado en el coche, con Mariamar sentada a mi lado, me despido con torpeza:

—Adiós, Hanifa.

—¿Ha contado usted los leones?

—Desde el primer día sé cuántos son.

—Sabe cuántos son, pero no sabe quiénes son.

—Tiene razón. Ese arte nunca lo aprenderé.

—Lo sabe perfectamente: los leones eran tres. Todavía falta uno.

Miro a mi alrededor como si vigilase el paisaje. Es la última vez que contemplaré Kulumani. Será la última vez que escuche a esa mujer. Con el debido respeto por las postreras cosas, Hanifa Assulua me susurra:

—La leona que queda soy yo. Ese es el secreto que solo usted conoce, Arcángel Baleiro.

—¿Por qué me cuenta eso, Hanifa?

—Esta es mi confesión. Esta es la cuerda del tiempo que dejo en sus manos.



MIA COUTO (Beira, Mozambique, 1955) es uno de los nombres más importantes de la literatura en lengua portuguesa, y el autor mozambiqueño más traducido. Comprometido con la causa africana, ha recibido numerosas distinciones, entre otras, el Premio Nacional de Literatura en Portugal (1993), el Premio Nacional de Literatura en Mozambique (1995), el Premio Vergílio Ferreira (1999), el Premio Africa Hoje en Maputo (2002), el Premio Unión Latina de Literaturas Románicas (2007), el Premio Eduardo Lourenço 2011 «por ensanchar los horizontes de la lengua y la cultura portuguesas», el Premio Camões (2013) y el Premio Internacional Neustadt de Literatura (2014), y fue elegido finalista del Premio Man Booker International en 2015. Es miembro de la Academia Brasileña de las Letras. Algunas de sus novelas se han llevado al cine, como es el caso de *Tierra sonámbula* (Alfaguara, 1998; 2016) y *El último vuelo del flamenco* (Alfaguara, 2002; 2016). Ha publicado también poesía y libros de relatos, entre los que destaca *Cada hombre es una raza* (Alfaguara, 2004). En la actualidad vive en Maputo, donde trabaja como biólogo. *Jesusalén* (Alfaguara, 2012) y *La confesión de la leona* (Alfaguara, 2016), uno de los mejores libros del año según *World Literature Today*, son sus dos últimas novelas.

Notas

[1] En Mozambique, un asimilado era una persona negra o mulata que vivía en la ciudad y estaba integrado en la vida colonial; hablaba y escribía en portugués, tenía un trabajo estable (a menudo era funcionario) y llevaba una vida cristiana. (*N. de la T.*) <<